

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.ºs 423 y 424

VOLTAIRE

Historia del imperio  
de Rusia bajo Pedro  
el Grande

TOMO I



Precio: Una peseta

MADRID, 1921



Voltaire

—

HISTORIA DEL IMPERIO DE RUSIA

TOMO I

MCMXXI

---

ES PROPIEDAD  
Copyright by Calpe, Madrid, 1921.

---

B 62324

VOLTAIRE

---

# HISTORIA

DEL

# IMPERIO DE RUSIA

BAJO PEDRO EL GRANDE

TOMO I

La traducción del francés ha sido  
hecha por Luis Gutiérrez del Arroyo



R:1093507

Entre las múltiples facetas del espíritu complejo de Voltaire, la de historiador es quizá de las menos conocidas y la que esa masa que se llama el gran público menos recuerda cuando trata de evocar y reconstituir esta inquietante y perturbadora figura. Y, sin embargo, no es de las menos interesantes, ni por la calidad ni por la cantidad de la obra que en este terreno ha producido.

Su concepto de la Historia y la manera de tratarla representa, en su época, un paso gigantesco sobre los dominantes y privativos hasta entonces en esta rama del saber humano, hasta el punto de haberse asegurado que en el siglo XVIII establece, con Montesquieu, casi como hoy las concebimos, las reglas generales del arte de escribir la historia.

Hoy se entiende, en efecto, que el historiador ha de ser, por de pronto, un erudito, un investigador; ha de documentarse minuciosamente, haciendo una crítica rigurosa de los documentos. Pero se cree también, y más firmemente cada día, no obstante la maravillosa creación de la erudición alemana, orientada casi exclusivamente en este sentido, que este acarreo de materiales es indispensable para la construcción del edificio; pero no es suficiente; falta todavía... levantarlo; después de aquella labor de análisis tiene que venir la de las grandes síntesis; mientras tanto, no surge el historiador:

*tras del erudito se ve el obrero manual, pero no se vislumbra la figura del arquitecto.*

*Voltaire atiende por igual a estos dos aspectos; huye lo mismo de las compilaciones indigestas que de las novelas sin autoridad y sin valor. Analiza, indaga, compulsa, hace la crítica de las fuentes, y después, escogiendo entre el montón inmenso de datos que acumula, sólo los más característicos escribe, sin casi dejar traslucir esta penosa labor previa, verdadera historia; historia al alcance de todo el mundo, despojada de sus formas solemnes, en lenguaje claro y llano, compitiendo en amenidad con la novela, y vestida con un estilo pleno de pureza, propiedad y precisión.*

*Para realizar la primera labor preparatoria, se halla en situación inmejorable, tanto por sus múltiples relaciones sociales, que le permiten, como él mismo dice, interrogar igualmente a los reyes que a los ayudas de cámara, como por sus cargos oficiales, entre ellos el de historiador del rey, que le abren las puertas de los archivos del Estado; para todo ello, espoleado además por su aguda curiosidad intelectual, siempre despierta. Claro que, dada la época en que Voltaire produce, esta labor de análisis e investigación, tocada además de la poca imparcialidad de su espíritu, no tiene todo el rigor exigido por la moderna crítica histórica; pero, con todo, ésta poco ha tenido que rectificar o desechar en aquélla.*

*Para la labor sintética, acaso le falte profundidad; pero cuenta con su maravillosa imaginación,*



con su talento de dramaturgo y novelista, que le permiten hacer de cada capítulo un verdadero cuadro lleno de perspectiva, de luz y de color. Sus repetidos viajes, su trato con tantos ejemplares humanos diferentes, hacen de él un profundo psicólogo, condición indispensable a todo historiador, ya que la Historia, como dice Monod, es una psicología colectiva.

En esta historia de Pedro el Grande resplandecen todas estas cualidades, realzadas por el cariño al asunto y su admiración por la figura del protagonista. Sus gustos aristocráticos, así como su completa fe en el influjo de los grandes hombres, en el poder benéfico del déspota ilustrado, habían de arrastrarle hacia las figuras de Luis XIV de Francia y de Pedro I de Rusia.

En cuanto a la cantidad de su labor histórica, basta citar los títulos de sus obras:

Historia de Carlos XII (1731).—El siglo de Luis XIV (1751).—Anales del imperio (1753).—Ensayo sobre las costumbres de las naciones (1756).—Historia de Rusia bajo Pedro el Grande (1759-63).—Historia del Parlamento de París. Resumen del reinado de Luis XV (1769).

Recordemos, para terminar, que Francisco María Arouet (Voltaire) nació en 1694 y murió en París en 1778.



## PRIMERA PARTE

---

### PROLOGO

En los primeros años del siglo en que vivimos, el vulgo no conocía en el Norte más héroes que Carlos XII. Su valor personal, mucho más propio de un soldado que de un rey; el brillo de sus victorias, y aun de sus desastres, hería vivamente los ojos de todo el mundo, que veía fácilmente estos grandes acontecimientos, y no veía, en cambio, las labores largas y útiles. Los extranjeros dudaban entonces hasta de que las empresas del zar Pedro I pudiesen sostenerse; sin embargo, han subsistido y se han perfeccionado bajo las emperatrices Ana e Isabel; pero, sobre todo, bajo Catalina II, que tan lejos ha llevado la gloria de Rusia. Hoy este imperio está incluido entre los Estados más florecientes, y Pedro, en la categoría de los más grandes legisladores. Aunque sus empresas no necesitasen del buen éxito a los ojos de los sabios, sus resultados han afirmado para siempre su gloria. Se juzga hoy que Carlos XII merecía ser el primer soldado de Pedro el Grande. Uno no ha dejado más que ruinas; el otro es

un fundador en todos los órdenes. Yo me atreví a emitir un juicio análogo hace treinta años, cuando escribí la historia de Carlos. Las Memorias que me han proporcionado hoy sobre Rusia me ponen en situación de hacer conocer este imperio, cuyos pueblos son tan antiguos, y donde las leyes, las costumbres y las artes son de creación moderna. La historia de Carlos XII era amena; la de Pedro I es instructiva.

## CAPITULO PRIMERO

### Descripción de Rusia.

El imperio de Rusia es el más vasto de nuestro hemisferio; su extensión, de Occidente a Oriente, es de más de dos mil leguas comunes de Francia, y tiene más de ochocientas leguas de Sur a Norte, en su mayor anchura. Limita con Polonia y el mar Glacial; toca a Suecia y a la China. Su longitud desde la isla de Dago al occidente de Livonia, hasta sus confines más orientales, comprende cerca de ciento setenta grados; de suerte que cuando es mediodía en el occidente es casi media noche en el oriente del imperio. Su anchura es de tres mil seiscientas verstas de Sur a Norte, lo que equivale a ochocientas cincuenta de nuestras leguas comunes.

Conocíamos tan poco los límites de este país en el siglo pasado, que cuando en 1689 supimos

que los chinos y los rusos estaban en guerra, y que el emperador Camhi, de un lado, y del otro los zares Iván y Pedro enviaban, para terminar sus diferencias, una embajada a trescientas leguas de Pequín, en el límite de los dos imperios, calificamos primeramente este acontecimiento de fábula.

Lo que está hoy comprendido bajo el nombre de Rusia o de las Rusias es más vasto que todo el resto de Europa y como no lo fué nunca el imperio romano, ni el de Darío, conquistado por Alejandro, pues contiene más de un millón cien mil leguas cuadradas. El imperio romano y el de Alejandro no tenían cada uno más que unas quinientas cincuenta mil, y no hay ningún reino en Europa que sea la dozava parte del imperio romano. Para conseguir que Rusia fuese tan populosa, tan abundante, tan llena de ciudades como nuestros países meridionales, serían todavía necesarios siglos y zares tales como Pedro el Grande.

Un embajador inglés que residía en 1733 en Petersburgo y que había estado en Madrid dice en su relato manuscrito que en España, que es el reino de Europa menos poblado, se pueden calcular cuarenta personas por cada milla cuadrada, y que en Rusia no se pueden contar más que cinco; en el capítulo segundo veremos si este ministro se ha engañado. Se dice en el *Diezmo*, falsamente atribuído al mariscal de Vauban, que en Francia cada milla cuadrada contiene aproximadamente doscientos habitantes una con otra. Estas evalua-

ciones no son nunca muy exactas, pero sirven para mostrar la enorme diferencia de la población de un país a la de otro.

Aquí haré observar que de Petersburgo a Pequín apenas si se encuentra una gran montaña en el camino, que las caravanas podrían tomar por la Tartaria independiente, por las llanuras de los calmucos y por el gran desierto de Cobi; y es de notar que de Arcángel a Petersburgo y de Petersburgo a los confines de la Francia septentrional, pasando por Dantzig, Hamburgo, Amsterdam, no se ve ni una colina un poco alta. Esta observación puede hacer dudar de la verdad del sistema que sostiene que las montañas no se han formado más que por el acarreo de las olas del mar, suponiendo que todo lo que es hoy tierra ha sido mar hace mucho tiempo. Pero ¿cómo las olas que, en esta hipótesis, han formado los Alpes, los Pirineos y el Taurus, no han formado también alguna colina elevada desde la Normandía a la China, en un espacio tortuoso de tres mil leguas? La geografía así considerada podría auxiliar a la física, o al menos plantearle problemas.

En otro tiempo hemos llamado a Rusia con el nombre de Moscovia, porque la ciudad de Moscú, capital de este imperio, era la residencia de los grandes duques de Rusia; hoy, el antiguo nombre de Rusia ha prevalecido.

No debo investigar aquí por qué se han llamado a los países desde Smolensko hasta más allá de Moscú la Rusia blanca, y por qué Hubner la

llama negra, ni por qué razón Kiev debe ser la Rusia roja.

Puede ser cierto también que Madies el Escita, que hizo una irrupción en Asia cerca de siete siglos antes de nuestra era, haya llevado sus arenas a estas regiones como han hecho después Gengis y Tamerlán y como probablemente se había hecho mucho tiempo antes de Madies. Todas estas antigüedades no merecen nuestras investigaciones; las de los chinos, indios, persas, egipcios, están comprobadas por monumentos ilustres e interesantes. Estos monumentos suponen todavía otros muy anteriores, puesto que es preciso un gran número de siglos antes de que se pueda siquiera establecer el arte de transmitir sus pensamientos por signos permanentes y que todavía es necesaria una multitud de siglos anteriores para formar un lenguaje regular. Pero nosotros no tenemos tales monumentos en nuestra Europa, hoy tan civilizada; el arte de la escritura fué durante mucho tiempo desconocido en todo el Norte; el patriarca Constantino, que escribió en ruso la historia de Kiovia, confiesa que en estos países no se usaba la escritura en el siglo v.

Que otros examinen si los hunos, los eslavos y los tártaros han conducido en otros tiempos familias errantes y hambrientas hacia las fuentes del Borístenes; mi deseo es hacer ver lo que el zar Pedro ha creado, más que desembrollar el antiguo caos. Es necesario siempre recordar que ninguna familia en la tierra conoce a su progenitor,

y que, por consiguiente, ningún pueblo puede conocer su primer origen.

Me sirvo del nombre de rusos para designar a los habitantes de este gran imperio. El de roxolanos, que se les ha aplicado en otro tiempo, sería más sonoro; pero es preciso conformarse con el uso de la lengua en que se escribe. Las gacetas y otras memorias desde hace algún tiempo emplean el nombre de rusianos; pero como este nombre se parece demasiado al de prusianos, yo me atengo al de rusos, que casi todos nuestros escritores les han asignado; y me ha parecido que el pueblo más extendido de la tierra debe ser conocido por un término que lo distinga absolutamente de las demás naciones.

Es necesario desde ahora que el lector, con el mapa a la vista, se forme una idea clara de este imperio, dividido hoy en diez y seis grandes gobiernos, que algún día serán subdivididos, cuando los países del Septentrión y del Oriente tengan más habitantes.

He aquí cuáles son estos diez y seis gobiernos, varios de los cuales comprenden provincias inmensas.

*Livonia.*—La provincia más próxima a nuestros climas es la de la Livonia. Es una de las más fértiles del Norte. Era pagana en el siglo XII. En ella negociaron comerciantes de Brema y de Lubæk, y religiosos cruzados, llamados *portaespadas*, unidos en seguida a la orden teutónica, se apoderaron de ella en el siglo XIII, en la época en que el



furor de las cruzadas armaba a los cristianos contra todo lo que no pertenecía a su religión. Alberto, margrave de Brandeburgo, gran maestro de estos religiosos conquistadores, se hizo soberano de la Livonia y de la Prusia brandeburguesa hacia el año 1514. Los rusos y los polacos se disputaron desde entonces esta provincia. Luego, los suecos entraron en ella; durante mucho tiempo fué asolada por todas estas potencias. El rey de Suecia Gustavo Adolfo la conquistó. Fué cedida a Suecia en 1660 por la célebre paz de Oliva, y, en fin, el zar Pedro la conquistó a los suecos, como se verá en el curso de esta historia.

La Curlandia, que está contigua a la Livonia, ha sido siempre vasalla de Polonia, pero depende en mucho de Rusia. Esos son los límites occidentales de este imperio en la Europa cristiana.

*Gobierno de Revel, de Petersburgo y de Viborg.*—Más al Norte se encuentra el gobierno de Revel y el de Estonia. Revel fué fundado por los dinamarqueses en el siglo XIII. Los suecos poseyeron a Estonia desde que el país se puso bajo la protección de Suecia, en 1561; ésta es también una de las conquistas de Pedro.

Al borde de la Estonia está el golfo de Finlandia. Al Oriente de este mar, y en la unión del Neva y del lago Ladoga, está la ciudad de Petersburgo, la más moderna y más hermosa ciudad del imperio, fundada por el zar Pedro, a pesar de todos los obstáculos reunidos que se oponían a esta fundación.

Se eleva sobre el golfo de Cronstadt, en medio de nueve brazos fluviales que dividen sus barrios: un castillo ocupa el centro de la ciudad, en una isla formada por el gran curso del Neva; siete canales procedentes de los ríos bañan los muros de un palacio, los del Almirantazgo, del astillero de galeras y varias manufacturas. Treinta y cinco grandes iglesias son otros tantos ornamentos de la ciudad, y entre esas iglesias hay cinco para los extranjeros, sean católicos romanos, sean protestantes, sean luteranos; son cinco templos erigidos a la tolerancia y otros tantos ejemplos presentados a las demás naciones. Hay cinco palacios; el antiguo, que se llama el de estío, situado sobre el río Neva, está rodeado de una inmensa balaustrada de hermosas piedras todo a lo largo de la ribera. El nuevo palacio de estío, cerca de la puerta triunfal, es uno de los más hermosos trozos de arquitectura que hay en Europa; los edificios elevados para el Almirantazgo, para los cuerpos de cadetes, para los colegios imperiales, para la Academia de Ciencias, la Bolsa, el almacén de mercancías, el de las galeras, son otros tantos monumentos magníficos. La casa de la policía, la de la farmacia pública, donde todas las vasijas son de porcelana; el almacén de la corte, la fundición, el arsenal, los puentes, los mercados, las plazas, los cuarteles para la guardia de Caballería y para los guardias de a pie contribuyen tanto al embellecimiento como a la seguridad de la ciudad. Actualmente

tiene cuatrocientas mil almas. En los alrededores de la ciudad hay quintas de recreo cuya magnificencia asombra a los viajeros; hay una en la que los juegos de agua son muy superiores a los de Versalles. No había nada en 1702; era esto un pantano intransitable. Petersburgo está considerado como la capital de la Ingria, pequeña provincia conquistada por Pablo I. Viborg, conquistada por él, y la parte de Finlandia perdida y cedida por Suecia en 1742, son otro gobierno.

*Arcángel.*—Más arriba, subiendo al Norte, está la provincia de Arcángel, país enteramente nuevo para las naciones meridionales de Europa. Tomó su nombre de San Miguel Arcángel, bajo cuya protección se puso mucho tiempo después de que los rusos se hubiesen convertido al cristianismo, que no han abrazado hasta principios del siglo xi. Hasta mediados del siglo xvi, este país no fué conocido por las demás naciones. Los ingleses, en 1533, buscaron un paso por el mar del Norte y del Este para ir a las Indias Orientales. Chancelor, capitán de uno de los buques equipados para esta expedición, descubrió el puerto de Arcángel en el mar Blanco. No había en este desierto más que un convento, con la pequeña iglesia de San Miguel Arcángel.

Desde este puerto, remontando el río Dwina, los ingleses se internaron, y al fin llegaron a la ciudad de Moscú. Se hicieron fácilmente los dueños del comercio de Rusia, el cual, de la ciudad de Novgorod, donde se hacía por tierra, fué

trasladado a este puerto de mar. Es cierto que es inabordable durante siete meses del año; sin embargo, fué mucho más útil que las ferias del gran Novgorod, caídas en decadencia por las guerras contra Suecia. Los ingleses obtuvieron el privilegio de comerciar allí sin pagar ningún derecho, y así es como todas las naciones deberían acaso comerciar unas con otras. Los holandeses compartieron luego el comercio de Arcángel, que no fué conocido de los demás pueblos.

Mucho tiempo antes, los genoveses y los venecianos habían establecido comercio con los rusos por la embocadura del Tanais, donde fundaron una ciudad llamada Tana; pero desde las devastaciones de Tanerlan en esta parte del mundo, esta rama del comercio de los italianos quedó destruída; el de Arcángel ha subsistido, con grandes ventajas para los ingleses y los holandeses, hasta la época en que Pedro el Grande abrió el mar Báltico a sus Estados.

*Laponia rusa. Gobierno de Arcángel.*—Al occidente de Arcángel y en su gobierno está la Laponia rusa, tercera parte de esta comarca; las otras dos pertenecen a Suecia y a Dinamarca. Es un gran país, que ocupa cerca de ocho grados de longitud, y que se extiende en latitud del círculo polar al cabo Norte. Los pueblos que lo habitan eran confusamente conocidos en la antigüedad bajo el nombre de trogloditas y de pigmeos septentrionales; estos nombres convenían, en efecto, a hombres de una altura, en su mayoría, de tres

codos, y que habitan en cuevas; son hoy tal como eran entonces, de color tostado, aunque los demás pueblos septentrionales sean blancos; casi todos pequeños, mientras que sus vecinos y los habitantes de Islandia, en el círculo polar, son de alta estatura; parecen hechos para un país montañoso, ágiles, rechonchos, robustos; la piel, dura, para mejor resistir el frío; los muslos y las piernas, delgados; los pies, menudos, para correr más ligeramente por medio de las rocas de que su país está todo cubierto; amando apasionadamente a su patria, que sólo ellos pueden amar, y no pudiendo ni aun vivir fuera de ella. Se ha supuesto, siguiendo a Olaus, que estos pueblos eran originales de Finlandia y que se habían retirado a la Laponia, donde su talla ha degenerado. Pero ¿por qué no han escogido tierras menos al Norte, donde la vida hubiese sido más cómoda? ¿Por qué su cara, su figura, su color, todo, difiere completamente de sus supuestos antepasados? Se podría acaso decir de igual manera que la hierba que crece en Laponia procede de la hierba de Dinamarca, y que los peces especiales de sus lagos proceden de los peces de Suecia. Hay gran probabilidad de que los lapones sean indígenas, como sus animales son un producto de su país; que la Naturaleza los ha hecho unos para otros.

Los que habitan hacia la Finlandia han adoptado algunas expresiones de sus vecinos, lo que ocurre a todos los pueblos; pero cuando dos naciones dan a las cosas más usuales, a los objetos que ven

sin cesar, nombres absolutamente diferentes, puede muy bien presumirse que ninguno de estos pueblos es una colonia del otro. Los finlandeses llaman al oso *karu*, y los laponeses, *muriet*; el Sol, en finlandés, se llama *auringa*; en lengua lapona, *beve*. No hay ninguna analogía. Los habitantes de Finlandia y de la Laponia sueca han adorado en otro tiempo un ídolo que llamaban *Iumalac*; y desde la época de Gustavo Adolfo, al que deben el nombre de luteranos, llaman a Jesucristo el hijo de *Iumalac*. Los lapones moscovitas pertenecen hoy a la Iglesia griega; pero los que vagan por las montañas septentrionales del cabo Norte se contentan con adorar a un dios bajo algunas formas groseras, antigua costumbre de todos los pueblos nómadas.

Esta especie de hombres, poco numerosa, posee muy pocas ideas, y son muy felices por no tener más; pues en ese caso tendrían nuevas necesidades que no podrían satisfacer; viven contentos y sin enfermedades, no bebiendo apenas más que agua en un clima del mayor frío, y llegan a una extrema vejez. La costumbre que se les imputaba de rogar a los extranjeros que hiciesen a sus mujeres y a sus hijas el honor de unirse con ellas viene probablemente del sentimiento de la superioridad que reconocen en esos extranjeros y el deseo de que pudiesen servir para corregir los defectos de su raza. Esta era una costumbre establecida en los pueblos virtuosos de Lacedemonia. Un marido rogaba a un joven bien formado

le diese hermosos hijos que él pudiese adoptar. Los celos y las leyes impiden a los demás hombres entregar a sus mujeres; pero los lapones casi carecían de leyes y probablemente tampoco eran celosos.

*Moscú.*—Cuando se remonta el Dwina de Norte a Sur, se llega, en la parte central del país, a Moscú, la capital del imperio. Esta ciudad fué durante mucho tiempo el centro de los Estados rusos antes de que se hubiese extendido del lado de la China y de la Persia.

Moscú, situado hacia los cincuenta y cinco grados y medio de latitud, en un terreno menos frío y más fértil que Petersburgo, se halla en medio de una vasta y hermosa llanura sobre el río Moskowa (1) y de otros dos pequeños que se pierden con él en el Oca y van en seguida a engrosar el caudal del Volga. Esta ciudad no era en el siglo XIII más que un conjunto de cabañas habitadas por desgraciados oprimidos por la raza de Gengis Khan.

El Kremlin (2), que era la morada de los grandes duques, no fué edificado hasta el siglo XIV: tan poca antigüedad tienen las ciudades en esta parte del mundo. Este Kremlin fué construído por arquitectos italianos, así como varias iglesias, en estilo gótico, que era entonces el de toda Europa. Hay dos de ellas del célebre Aristote, de Bo-

---

(1) En ruso, *Moskwa*.

(2) En ruso, *Kremln*.

lonia, que floreció en el siglo xv; pero las casas de los particulares no eran más que barracas de madera.

El primer escritor que nos dió a conocer a Moscú fué Olearius, quien en 1633 acompañó una embajada de un duque de Holstein, embajada tan vana por su pompa como inútil por su objeto. Un habitante de Holstein debía de quedar asombrado de la inmensidad de Moscú, de sus cinco murallas, del amplio barrio de los zares y del esplendor asiático que reinaba entonces en esta corte. No había nada parecido en Alemania; ninguna ciudad, ni con mucho, tan vasta, tan poblada.

El conde de Carlisle, por el contrario, embajador de Carlos III, en 1663, cerca del zar Alejo, se lamenta en su relato de no haber encontrado ninguna de las comodidades de la vida en Moscú, ni hospedaje en el camino ni auxilio de ninguna especie. Uno juzgaba como un alemán del Norte; el otro, como un inglés, y los dos, por comparación. El inglés se indignó al ver que la mayor parte de los boyardos tenían por cama tablas o bancos, sobre los cuales se extendía una piel o una manta; ésta era la costumbre antigua de todos los pueblos; las casas, casi todas de madera, estaban sin muebles; casi todas las mesas de comedor, sin mantel; nada de pavimento en las calles, nada de agradable y cómodo, muy pocos artesanos, que además eran toscos y no trabajaban más que en las obras indispensables. Estas



gentes hubieran parecido espartanas si hubiesen sido sobrias.

Pero la Corte, en los días de ceremonia, parecía la de un rey de Persia. El conde de Carlisle dice que él no vió más que oro y pedrería sobre las ropas del zar y de sus cortesanos; estos trajes no estaban fabricados en el país; sin embargo, era evidente que se podía conseguir que el pueblo fuese industrioso, puesto que se había fundido en Moscú mucho tiempo antes, bajo el reinado del zar Boris Godunow, la campana más grande que hay en Europa, y que se veían en la iglesia patriarcal ornamentos de plata que habían exigido mucho cuidado. Estas obras, dirigidas por alemanes e italianos, eran esfuerzos pasajeros; es la industria de todos los días y la multitud de artes continuamente ejercitadas lo que hace a una nación floreciente. Ni Polonia entonces ni ninguno de los países vecinos de los rusos les eran superiores. Las artes manuales no estaban más perfeccionadas en el norte de Alemania; las bellas artes apenas eran allí más conocidas al principio del siglo XVII.

Aunque Moscú careciese entonces por completo de la magnificencia y de las artes de nuestras grandes ciudades de Europa, sin embargo, su circuito, de veinte mil pasos; la parte llamada ciudad chinesca, donde se ostentaban las rarezas de la China; el amplio barrio del Kremlin, donde está el palacio de los zares; algunas cúpulas doradas, torres elevadas y singulares, y, en

fin, el número de sus habitantes, que asciende a cerca de quinientos mil, todo esto hacía de Moscú una de las más importantes ciudades del universo.

Teodoro, o Fedor, hermano mayor de Pedro el Grande, comenzó a civilizar a Moscú. Hizo construir muchas casas grandes de piedra, aunque sin ninguna arquitectura regular. Animó a los principales de su Corte a edificar, adelantándoles dinero y suministrándoles materiales. A él se deben las primeras yegudas de hermosos ejemplares y algunos embellecimientos útiles. Pedro, que ha hecho todo, ha cuidado también de Moscú al construir Petersburgo; lo hizo pavimentar, lo adornó y enriqueció con edificios, con manufacturas; en fin: un chambelán (1) de la emperatriz Isabel, hija de Pedro, ha sido allí profesor de una Universidad hace algunos años. Es el mismo que me ha suministrado todas las Memorias sobre las cuales escribo. El hubiera sido mucho más capaz que yo de componer esta historia, aun en mi lengua; todo lo que me ha escrito da fe de que solamente por modestia me ha dejado el cuidado de esta obra.

*Smolensko.*—Al occidente del ducado de Moscú está el de Smolensko, parte de la antigua Sarmacia europea. Los ducados de Moscovia y de Smolensko componían la Rusia blanca propiamente dicha. Smolensko, que pertenecía primera-

---

(1) M. de Schouvalof.

mente a los grandes duques de Rusia, fué conquistado por el gran duque de Lituania al principio del siglo xv, y vuelto a tomar cien años después por sus antiguos dueños. El rey de Polonia Segismundo III se apoderó de él en 1611. El zar Alejo, padre de Pedro, lo recuperó en 1654, y desde esta época ha formado parte del imperio de Rusia. Se ha dicho en el elogio del zar Pedro pronunciado en París en la Academia de Ciencias que los rusos antes de él no habían conquistado nada en Occidente y Mediodía; es evidente que esto es una equivocación.

*Gobierno de Novgorod y de Kiev o Ucrania.*— Entre Petersburgo y Smolensko está la provincia de Novgorod. Se dice que fué en este país donde los antiguos eslavos o eslavones se establecieron primeramente. Pero ¿de dónde venían estos eslavos, cuya lengua se ha extendido por el nordeste de Europa? *Sla* significa un jefe, y *esclavo*, perteneciente a un jefe. Todo lo que se sabe de estos antiguos eslavos es que eran conquistadores. Fundaron la ciudad de Novgorod la Grande, situada sobre un río navegable desde su origen, que gozó durante mucho tiempo de un comercio floreciente y fué una potente aliada de las ciudades anseáticas. El zar Iván Basilowitz (1) la conquistó en 1467 y la despojó de todas sus riquezas, que contribuyeron a la magnificencia de la corte de Moscú, casi desconocida hasta entonces.

---

(1) En ruso, Iwan Wassiliewitch.

Al mediodía de la provincia de Smolensko encontráis la provincia de Kiev, que es la pequeña Rusia, la Rusia roja, o Ukrania, atravesada por el Dniéper, que los griegos han llamado Borístenes. La diferencia entre estos dos nombres, uno duro de pronunciar, el otro melodioso, sirve para hacer ver, con otras cien pruebas, la rudeza de todos los antiguos pueblos del Norte y los encantos de la lengua griega. La capital Kiev, en otro tiempo Kisovia, fué edificada por los emperadores de Constantinopla, que hicieron de ella una colonia; se ven en ella todavía inscripciones griegas de mil doscientos años; es la única ciudad que tiene alguna antigüedad en estos países, donde los hombres han vivido tantos siglos sin construir paredes. Allí fué donde los grandes duques fijaron su residencia en el siglo XI, antes de que los tártaros dominasen a Rusia.

Los ucranios, que se llaman cosacos, son un conjunto de antiguos roxolanos, sármatas y tártaros reunidos. Este país formaba parte de la antigua Escitia. Roma y Constantinopla, que han dominado tantas naciones, son países que están muy lejos de ser comparables en cuanto a fertilidad al de Ukrania. La Naturaleza se esfuerza allí en hacer bien a los hombres, pero los hombres no han secundado a la Naturaleza, viviendo de los frutos que produce una tierra tan inculta como fecunda, y viviendo todavía más de la rapiña; enamorados hasta el exceso de un bien preferible a todo, la libertad, y, sin embargo,

habiendo servido, una tras otra, a Polonia y a Turquía. En fin, se entregaron a Rusia en 1654, sin someterse demasiado, y Pedro los ha sometido.

Las demás naciones se distinguen por sus ciudades y sus burgos. Esta está dividida en diez regimientos. A la cabeza de estos diez regimientos había un jefe, elegido por pluralidad de votos, llamado *hetmán* o *itmán*. Este capitán de la nación no tenía el poder supremo. Hoy los soberanos de Rusia les dan un señor de la corte por *hetmán*; es un verdadero gobernador de provincia, semejante a nuestros gobernadores de comarcas en Estados que tienen todavía algunos privilegios.

Primeramente no había en este país más que paganos y mahometanos: fueron bautizados como cristianos de la comunión romana cuando han sido súbditos de Polonia, y hoy son bautizados como cristianos de la Iglesia griega desde que pertenecen a Rusia.

Entre ellos están comprendidos estos cosacos zaporogos, que son aproximadamente lo que eran nuestros filibusteros: bandidos valerosos. Lo que les distinguía de todos los demás pueblos es que no toleraban nunca mujeres en sus poblaciones, como se supone que las amazonas no toleraban hombres en las suyas. Las mujeres que les servían para perpetuarse moraban en otras islas del río; nada de matrimonio, nada de familia; alistaban a los niños varones en su mili-

cia y dejaban las hijas a sus madres. Con frecuencia, el hermano tenía hijos con su hermana y el padre con su hija. Ninguna otra ley entre ellos que las costumbres establecidas por las necesidades; sin embargo, tuvieron algunos sacerdotes del rito griego. Se ha construído desde hace algún tiempo el fuerte de Santa Isabel, sobre el Borístenes, para contenerlos. Sirven en los ejércitos como tropas irregulares, y desgraciado del que cae en sus manos.

*Gobierno de Belgorod, de Voroneye y de Nijni-Novgorod.*—Si subís al nordeste de la provincia de Kiev, entre el Borístenes y el Tanais, se presenta el gobierno de Belgorod; es tan grande como el de Kiev. Es una de las provincias más fértiles de Rusia; es la que suministra a Polonia una cantidad prodigiosa de ese hermoso ganado que se conoce con el nombre de bueyes de Ukraina. Estas dos provincias se hallan al abrigo de las incursiones de los pequeños tártaros por trincheras, que se extienden del Borístenes al Tanais, guarnecidas de fuertes y reductos.

Subid todavía al Norte, pasad el Tanais; entraréis en el gobierno de Voroneye, que se extiende hasta los límites del Palus-Meotide. Cerca de la capital que llamamos Voroneye (1), en la desembocadura del río de este nombre, que se vierte en el Tanais, Pedro el Grande hizo construir su primera flota, empresa de la que no se

---

(1) En Rusia se escribe y se pronuncia Voronestch.

tenía ni idea en todos estos vastos Estados. En seguida encontraréis el gobierno de Nijni-Novgorod, fértil en granos, atravesado por el Volga.

*Astracán.*—De aquella provincia entráis por el Mediodía en el reino de Astracán. Este país comienza a los cuarenta y tres grados y medio de latitud, bajo el más hermoso de los climas, comprendiendo aproximadamente tantos grados de longitud como de latitud; rodeado por un lado por el mar Caspio; por otro, por las montañas de Circasia, y avanzando todavía más allá del mar Caspio, a lo largo de los montes Cáucagos; bañado por el gran río Volga, el Iaick y otros varios, entre los cuales se puede, según pretende el ingeniero inglés Perri, trazar canales que, sirviendo de lecho a las inundaciones, harían el mismo efecto que los canales del Nilo y aumentarían la fertilidad de la tierra.

El ingeniero Perri, empleado por Pedro el Grande en estos lugares, encontró en ellos vastos desiertos cubiertos de pastos, de legumbres, de cerezos, de almendros. Carneros salvajes, de excelente carne, pastaban en estas soledades. Era necesario comenzar por dominar y civilizar los hombres de estos climas para secundar allí a la Naturaleza, que ha sido forzada en el clima de Petersburgo.

Este reino de Astracán es una parte del antiguo Kaptchak, conquistado por Gengis Khan, y en seguida por Tamerlán; estos tártaros dominaron hasta Moscú. El zar Juan Basilides, nieto de

Iván Basilowitz, y el más grande conquistador entre los rusos, libertó a su país del yugo tártaro en el siglo XVI y añadió el reino de Astracán a sus otras conquistas.

Astracán es el límite de Asia y Europa, y puede hacer el comercio entre una y otra transportando por el Volga las mercancías traídas por el mar Caspio. Este era uno de los grandes proyectos de Pedro el Grande; en parte ha sido ejecutado. Todo un arrabal de Astracán está habitado por indios.

*Oremburgo.*—Al sudeste del reino de Astracán hay una pequeña región recientemente formada, que se llama Oremburgo; la ciudad de este nombre fué edificada en 1734, a orillas del río Iaick. Este país está erizado con las estribaciones de los montes Cáucagos. Fortalezas elevadas de trecho en trecho defienden los pasos de las montañas y de los ríos que de ellas descienden. En esta región, deshabitada en otro tiempo, es donde los persas vienen a depositar y a ocultar de la sagacidad de los ladrones sus efectos substraídos en las guerras civiles. La ciudad de Oremburgo ha venido a ser el refugio de los persas y de sus fortunas, y se ha acrecentado con sus calamidades; los indios, los pueblos de la gran Bukharia, aquí acuden a traficar; viene a ser el almacén de Asia.

*Gobiernos de Kazan y de la Gran Permia.*—Más allá del Volga y del Iaick, hacia el Septentrión, está el reino de Kazan, el cual, como Astracán, entró en la herencia de un hijo de Gengis



Khan, y después, de un hijo de Tamerlán, conquistado igualmente por Juan Basilides. Todavía está habitado por muchos tártaros mahometanos. Esta gran comarca se extiende hasta la Siberia; está probado que ha sido floreciente y rica en otro tiempo; todavía conserva alguna opulencia. Una provincia de este reino, llamada la Gran Permia, y después el Solikam, era el almacén de las mercancías de Persia y de las pieles de Tartaria. Se ha encontrado en esta Permia una gran cantidad de moneda con el cuño de los primeros califas y algunos ídolos de oro de los tártaros (1); pero estos monumentos de antiguas riquezas han sido encontrados en medio de la pobreza y en desiertos; no había traza alguna de comercio; estas revoluciones ocurren con demasiada rapidez y facilidad en un país ingrato, ya que acontecen también en los más fértiles.

El célebre prisionero sueco Stralemberg, que supo aprovechar tan bien su desgracia, y que examinó todos estos vastos países con tanta atención, fué el primero que convirtió en verisímil un hecho que nunca se había podido creer, referente al antiguo comercio de estas regiones. Plinio y Pomponio Mela refieren que en tiempo de Augusto un rey de los suevos hizo a Metulo Celer el regalo de unos cuantos indios arrojados por la tempestad a las vecinas costas del Elba. ¿Cómo los habitantes de la India habían navega-

---

(1) Memorias de Stralemberg, confirmadas por mis Memorias rusas.

do por los mares germánicos? Esta aventura ha parecido fabulosa a todos los modernos, sobre todo desde que el comercio de nuestro hemisferio cambió por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza; pero en otro tiempo no era más extraño ver a un indio comerciar con los países septentrionales del Occidente que a un romano pasar a la India por Arabia. Los indios iban a Persia, se embarcaban en el mar de Hircania, remontaban el Rha, que es el Volga; iban hasta la Gran Permia por el Kama, y de ahí podían ir a embarcarse al mar del Norte o al Báltico. En todo tiempo hubo hombres emprendedores. Los tirios hicieron viajes más sorprendentes.

Si después de haber echado una ojeada sobre todas estas vastas provincias volvéis la vista al Oriente, los límites de Europa y Asia se confunden allí también. Hubiera sido necesario un nuevo nombre para esta gran parte del mundo. Los antiguos dividieron en Europa, Asia y Africa su universo conocido; no habían visto ni la décima parte de él; esto origina que cuando se ha atravesado el Palus-Meotide no se sabe ya dónde acaba Europa y dónde comienza Asia; todo lo que está más allá del monte Taurus era designado con la palabra vaga de Escitia, y después lo fué con la de Tartaria o Tataria. Sería acaso conveniente llamar tierras árticas o tierras del Norte a toda la comarca que se extiende desde el mar Báltico hasta los confines de la China, como se da el nombre de tierras australes a la parte del

mundo no menos vasta situada hacia el polo anártico, y que constituye el contrapeso del globo.

*Gobiernos de Siberia, de los samoyedos y de los ostiacos.*—Desde las fronteras de las provincias de Arcángel, de Resán, de Astracán, se extiende al Oriente la Siberia, con las tierras ulteriores hasta el mar del Japón; toca al mediodía de Rusia por los montes Cáucagos; de ahí al país de Kamtchatka hay como unas mil doscientas leguas de Francia, y de la Tartaria meridional, que le sirve de límite, hasta el mar Glacial, hay alrededor de cuatrocientas, que es la menor anchura del imperio. Esta comarca produce las más ricas pieles, y esto es lo que ha servido para hacer su descubrimiento en 1563. No fué bajo el zar Fedor Iwanowitch, sino bajo Iván Basilides, en el siglo XVI, cuando un particular de las cercanías de Arcángel, llamado Anika, hombre rico para su Estado y su país, advirtió que algunos hombres de aspecto extraordinario, vestidos de una manera hasta entonces desconocida en este cantón y hablando una lengua que nadie entendía, descendían todos los años por un río que desagua en el Dwina (1) y venían a traer al mercado martas y zorros negros, que cambiaban por clavos y pedazos de vidrio, como los primitivos salvajes de América daban su oro a los españoles; él los hizo seguir por sus hijos y por sus criados hasta su país. Eran samoyedos, pue-

---

(1) Memorias enviadas de Petersburgo.

bloques que parecen semejantes a los lapones, pero que no son de la misma raza. Ignoran como ellos el uso del pan; se auxilian como ellos de los ren-gíferos o renos, que enganchan a sus trineos. Viven en cavernas, en chozas, en medio de la nieve (1); pero, por otra parte, la Naturaleza ha puesto entre esta especie de hombres y los lapones diferencias muy marcadas. Me han asegurado que su mandíbula superior es más prominente al nivel de su nariz; sus orejas son más salientes. Los hombres y las mujeres no tienen pelo más que en la cabeza; el pezón es negro como el ébano. Los lapones y las laponas no tienen ninguno de estos caracteres. Me advierten, en Memorias enviadas de estos países tan poco conocidos, que se han engañado en la hermosa historia natural del jardín del rey cuando, hablando de tantas cosas curiosas referentes a la naturaleza humana, han confundido la especie de los lapones con la de los samoyedos. Hay muchas más razas de hombres de lo que se piensa. Las de los samoyedos y los hotentotes parecen los dos extremos de nuestro continente; y si se fija la atención en los pezones negros de las mujeres samoyedas y en el delantal que la Naturaleza ha concedido a las hotentotas, que desciende, según dicen, hasta la mitad de sus muslos, se tendrá una idea de las variedades de nuestra especie animal, variedades ignoradas en nuestras ciudades, donde casi

---

(1) Memorias enviadas de Petersburgo.

todo es desconocido, a excepción de lo que nos rodea.

Los samoyedos tienen en su moral singularidades tan grandes como en lo físico: no rinden culto alguno al Ser Supremo; se acercan al maniqueísmo, o, más bien, a la antigua religión de los magos, solamente en que reconocen la existencia de un principio del bien y uno del mal. El horrible clima en que habitan parece, en cierto modo, excusar esta creencia, tan antigua en tantos pueblos y tan natural en los ignorantes y los infortunados.

No se oye hablar respecto a ellos ni de robos ni de muertes; careciendo casi de pasión, están exentos de injusticia. No hay palabra alguna en su lenguaje para expresar el vicio y la virtud. Su extrema simplicidad no les ha permitido todavía formarse nociones abstractas; el sentimiento solo les dirige; y ésta es acaso una prueba incontable de que los hombres aman la justicia por instinto cuando sus pasiones funestas no les ciegan.

Se convenció a algunos de estos salvajes para dejarse conducir a Moscú. Todo les llenó allí de admiración. Miraron al emperador como a su dios y se sometieron a entregarle todos los años una ofrenda de dos martas cibelinas por habitante. Se fundaron luego algunas colonias más allá del Obi y del Irtich (1); también se construyeron allí for-

---

(1) En ruso, Irtisch.

talezas. En 1595 se envió al país un cosaco, y lo conquistó para los zares con algunos soldados y alguna artillería, como Cortés subyugó a Méjico; pero no conquistó apenas más que desiertos.

Remontando el Obi, en la unión del río de Ir-tich con el de Tobol, se encontró un pequeño lugar, del que se hizo la ciudad de Tobolsk (1), capital de la Siberia, hoy importante. ¿Quién creería que este país ha sido durante mucho tiempo la morada de estos mismos hunos que han asolado todo, hasta Roma, bajo el mando de Atila, y que estos hunos procedían del norte de la China? Los tártaros uzbekos han sucedido a hunos, y los rusos a los uzbekos. Se han disputado estos países salvajes, así como se han exterminado por los más fértiles. La Siberia estuvo en otro tiempo más poblada de lo que hoy está; sobre todo, hacia el Mediodía; se conoce esto por las sepulturas y las ruinas.

Toda esta parte del mundo, desde el grado sesenta, poco más o menos, hasta las montañas eternamente heladas que limitan los mares del Norte, no se parece en nada a las regiones de la zona templada: ni son las mismas plantas ni los mismos animales los que existen sobre la tierra, ni los mismos peces en los lagos y en los ríos.

Más abajo del país de los samoyedos está el de los ostiacos, a lo largo del río Obi. No tienen de común con los samoyedos sino el ser, como ellos

---

(1) En ruso, Tobolskoy.

y como todos los hombres primitivos, cazadores, pastores y pescadores; unos, sin religión, porque no están unidos; otros, que forman hordas, teniendo una especie de culto, haciendo ofrendas al principal objeto de sus necesidades; se dice que adoran una piel de carnero, porque nada les es más necesario que este ganado, de igual modo que los antiguos egipcios agricultores escogían un buey para adorar en el emblema de este animal a la divinidad que lo ha hecho nacer para el hombre. Algunos autores pretenden que estos ostiacos adoran a una piel de oso, porque ésta es más caliente que la del carnero; puede ser que no adoren ni a una ni a otra.

Los ostiacos tienen también otros ídolos, cuyo origen y culto no son más dignos de nuestra atención que sus adoradores. Se consiguió hacer cristianos a algunos de ellos hacia el año 1712; pero son cristianos como nuestros aldeanos más groseros, sin saber lo que son. Varios autores pretenden que este pueblo es originario de la Gran Permía; pero esta Gran Permía está casi desierta. ¿Por qué sus habitantes se habían de establecer tan lejos y tan mal? Estas obscuridades no valen nuestras investigaciones. Todo pueblo que no ha cultivado las artes debe ser condenado a ser desconocido.

Es aquí, sobre todo, entre los ostiacos, los buratos y los iakutas, sus vecinos, donde se encuentra con frecuencia este marfil cuyo origen no se ha podido conocer nunca; unos lo suponían un

marfil fósil; otros, los dientes de una clase de elefante cuya raza se ha extinguido. ¿En qué país no se encuentran productos de la Naturaleza que asombran y confunden a la filosofía?

Muchas montañas de estos países están llenas de ese amianto, de ese lino incombustible, del cual se hace tan pronto tela, tan pronto una especie de papel.

Al mediodía de los ostiacos están los buratos, otro pueblo que no se ha convertido todavía al cristianismo. Al este hay varias hordas que no se han podido someter completamente. Ninguno de estos pueblos tiene el menor conocimiento del calendario. Cuentan por nieves y no por la marcha aparente del Sol; como nieva regularmente y durante mucho tiempo en cada invierno, dicen: "Mi edad es de tantas nieves", como nosotros decimos: "Tengo tantos años."

Debo referir aquí lo que cuenta el oficial sueco Stralemborg, que, habiendo sido hecho prisionero en Pultava, pasó quince años en Siberia y la recorrió toda entera; dice que hay todavía restos de un pueblo antiguo cuya piel está pintarrajeada y manchada, y que él ha visto hombres de esta raza; y este hecho me ha sido confirmado por rusos nacidos en Tobolsk. Parece que la variedad de las especies humanas ha disminuído mucho; se encuentran pocas de estas razas singulares, que, probablemente, las otras han exterminado; por ejemplo: hay muy pocos moros blancos, o de éstos albinos, uno de los cuales ha sido presentado a la



Academia de Ciencias de París, y que yo he visto. Lo mismo ocurre con muchos animales cuya especie es muy rara.

En cuanto a los borandianos, de quienes se habla frecuentemente en la sabia historia del jardín del rey de Francia, mis Memorias dicen que este pueblo es absolutamente desconocido.

Todo el mediodía de estos países está poblado de numerosas hordas de tártaros. Los antiguos turcos han salido de esta Tartaria para ir a subyugar todos los países que hoy poseen. Los calmucos, los mongoles, son estos mismos escitas que, conducidos por Madies, se apoderaron de la Alta Asia y vencieron al rey de los medos, Ciaxares. Son los que Gengis Khan y sus hijos llevaron después hasta Alemania, y que formaron el imperio del Mogol bajo Tamerlán. Estos pueblos constituyen un gran ejemplo de los cambios ocurridos en todas las naciones. Algunas de sus hordas, lejos de ser temibles, se han convertido en vasallas de Rusia.

Tal es una nación de calmucos que habita entre la Siberia y el mar Caspio. Allí es donde se encontró en 1720 una casa subterránea de piedras, con urnas, lámparas pendientes, una estatua ecuestre de un príncipe oriental, llevando una diadema en la cabeza; dos mujeres sentadas en tronos y un rollo de manuscritos enviados por Pedro el Grande a la Academia de Inscripciones de París, comprobándose estaba en lengua del Tibet; testimonios singulares todos de que las artes han ha-

bitado ese país bárbaro, y pruebas subsistentes de lo que ha dicho Pedro el Grande más de una vez: que las artes habían dado la vuelta al mundo.

*Kamtchatka*.—La última provincia es la de Kamtchatka, el país más oriental del continente. El norte de esta región suministra también hermosas pieles; los habitantes se visten con ellas en el invierno, y andan desnudos durante el verano. Con sorpresa, se han encontrado en la parte meridional hombres con largas barbas, mientras que en la parte septentrional, desde el país de los samoyedos hasta la desembocadura del río Amor, o Amur, los hombres no tienen barba, como los americanos. Así, que en el imperio de Rusia hay más diversidad de especies, más singularidades, más costumbres diferentes que en ningún país del universo.

Documentos recientes me enseñaron que este pueblo salvaje tiene también sus teólogos, que hacen descender a los habitantes de esta península de una especie de ser superior, que ellos llaman *Kouthou*. Estas Memorias dicen que no le rinden ningún culto, que no le aman ni le temen.

Así, tendrían una mitología sin tener religión; esto podría ser verdadero y no es apenas verisímil; el temor es el atributo natural de los hombres. Se supone que entre sus absurdos distinguen cosas permitidas y cosas prohibidas: lo que está permitido es satisfacer todas sus pasiones; lo prohibido es aguzar un cuchillo o un hacha cuando se va de viaje y salvar a un hombre que

se ahoga. Si, en efecto, es un pecado entre ellos salvar la vida a su prójimo, son en esto diferentes de todos los hombres, que corren instintivamente en auxilio de sus semejantes, cuando el interés o la pasión no corrompe en ellos su inclinación natural. Parece que no se puede llegar a convertir en crimen una acción tan común y tan necesaria, que no es siquiera una virtud, más que por una filosofía igualmente falsa y supersticiosa, que sostiene que no hay que oponerse a la Providencia, y que un hombre destinado por el cielo a ser ahogado no debe ser socorrido por un hombre; pero estos bárbaros están muy lejos de tener ni aun una falsa filosofía.

Se dice, sin embargo, que celebran una gran fiesta, que llaman en su lenguaje con una palabra que significa *purificación*; pero ¿de qué se purifican si todo está permitido? ¿Y por qué se purifican si no temen ni aman a su dios *Kouthou*?

Hay, sin duda, contradicciones en sus ideas, como en las de casi todos los pueblos; las suyas son por falta de espíritu; las nuestras, por abuso; nosotros tenemos muchas más contradicciones que ellos, porque nosotros hemos razonado más.

Así como tienen una especie de dios, tienen también demonios; en fin: hay entre ellos hechiceros, como los ha habido siempre en todas las naciones más civilizadas. Son las viejas las que son hechiceras en Kamtchatka, como lo eran entre nosotros antes de que la sana física nos iluminase. ¡En todas partes es un gaje del espíritu hu-

mano el tener ideas absurdas, fundadas en nuestra debilidad y en nuestra flaqueza! Los kamtchadales tienen también profetas que explican los sueños, y no hace mucho tiempo que nosotros hemos dejado de tenerlos.

Desde que la Corte de Rusia ha dominado estos pueblos, construyendo cinco fortalezas en su país, se les ha predicado la religión griega. Un gentil-hombre ruso muy instruído me ha dicho que una de sus grandes objeciones consistía en que este culto no podía ser hecho para ellos, puesto que el pan y el vino son necesarios en nuestros misterios, y ellos no pueden tener ni pan ni vino en su país.

Este pueblo, por otra parte, merece pocas observaciones; no haré más que una: es que si se echa una ojeada sobre las tres cuartas partes de América, sobre toda la parte meridional del Africa, sobre el Norte, desde la Laponia hasta los mares del Japón, se encuentra que la mitad del género humano no está por encima de los pueblos del Kamtchatka.

Primeramente, un oficial cosaco fué por tierra de la Siberia a Kamtchatka en 1701, por orden de Pedro, quien, después de la desgraciada jornada de Narva, todavía extendía sus cuidados de un extremo al otro del continente. En seguida, en 1725, algún tiempo antes de que la muerte le sorprendiese en medio de sus grandes proyectos, envió al capitán Béring, dinamarqués, con orden expresa de ir por el mar Kamtchatka a las tierras de América, si esta empresa era practica-

ble. Béring no pudo lograrlo en su primera navegación. La emperatriz Ana lo envió también allá en 1733. Spengenberg, capitán de barco, asociado a este viaje, partió primero de Kamtchatka; pero no pudo hacerse a la mar hasta 1739: tanto tiempo necesitó para llegar al puerto de embarque y para construir allí navíos, para acomodarlos y proveerlos de las cosas necesarias. Spengenberg penetró hasta el norte del Japón por un estrecho formado por una larga serie de islas, y volvió sin haber descubierto el paso.

En 1741, Béring recorrió este mar, acompañado del astrónomo Lisle de la Croyère, de esta familia de Lisle que ha producido tantos sabios geógrafos; otro capitán iba a su vez a la descubierta. Béring y él alcanzaron las costas de América al norte de la California. Este paso, tanto tiempo buscado por los mares del Norte, fué, pues, al fin, descubierto; pero no se encontró auxilio alguno en estas costas desiertas. Falto el agua dulce; el escorbuto hizo perecer una parte de la tripulación; se exploraron en un espacio de cien millas las costas septentrionales de la California; se vieron botes de cuero que conducían hombres semejantes a los canadienses. Todo fué infructuoso. Béring murió en una isla a la cual dió su nombre. El otro capitán, encontrándose más cerca de la California, hizo bajar a tierra diez hombres de su tripulación; no volvieron a aparecer. El capitán se vió obligado a volver a ganar el Kamtchatka, después de ha-

berlos esperado inútilmente, y De Lisle expiró al bajar a tierra. Estos desastres son el destino de casi todas las primeras tentativas en los mares septentrionales. No se sabe todavía qué fruto se cogerá de estos descubrimientos, tan penosos y tan llenos de peligros.

Hemos mostrado todo lo que compone en general el dominio de Rusia, desde la Finlandia hasta el mar del Japón. Todas las grandes porciones de este imperio han sido fundidas en diversas épocas, como ha ocurrido en todos los demás reinos del mundo. Escitas, hunos, masage-tas, eslavos, cimbrios, getas, sámatas, son hoy los súbditos de los zares; los rusos propiamente dichos son los antiguos roxolanos o eslavos.

Si se reflexiona sobre ello, la mayoría de los demás Estados están igualmente compuestos. Francia es un conglomerado de godos, de dinamarqueses, llamados normandos; de germanos septentrionales, llamados borgoñones; de francos, de alemanes, de algunos romanos mezclados a los antiguos celtas. En Roma y en Italia hay muchas familias descendientes de pueblos del Norte, y no se conoce ninguna que descienda de los antiguos romanos. El Soberano Pontífice es frecuentemente el vástago de un lombardo, de un godo, de un teutón o de un cimbrío. Los españoles son una raza de árabes, de cartagineses, de judíos, de tirios, de visigodos, de vándalos incorporados con los habitantes del país. Cuando las naciones se han mezclado de este modo, tardan

mucho tiempo en civilizarse, y también en formar su lenguaje: unas se civilizan más pronto; otras, más tarde. La civilización y las artes se establecen tan difícilmente, las revoluciones arruinan con tanta frecuencia el edificio comenzado, que si hay que asombrarse de algo es de que la mayoría de las naciones no vivan todavía como los tártaros.

## CAPITULO II

Continuación de la descripción de Rusia.—Población, hacienda, ejército, costumbres, religión.—Estado de Rusia antes de Pedro el Grande.

Cuanto más civilizado está un país, más poblado está. Así, la China y la India son los más poblados de todos los imperios, porque, tras la multitud de revoluciones que han cambiado la faz de la tierra, los chinos y los indios han formado el pueblo civilizado más antiguo que conocemos. Su gobierno tiene más de cuatro mil años de antigüedad; lo que supone, como ya se ha dicho, ensayos y esfuerzos intentados en siglos precedentes. Los rusos han venido tarde, y, habiendo introducido las artes ya completamente perfeccionadas, ha ocurrido que hicieron más progresos en cincuenta años que ninguna nación había conseguido por sí misma en quinientos. El país no está poblado proporcionalmente a su ex-

tensión, ni mucho menos; pero, así y todo, posee tantos súbditos como ningún otro Estado cristiano.

Yo puedo asegurar que, según la lista de la capitación y el registro de comerciantes, artesanos, campesinos varones, hoy contiene Rusia, por lo menos, veinticuatro millones de habitantes. De estos veinticuatro millones de hombres, la mayor parte son siervos, como en Polonia, en varias provincias de Alemania y antiguamente en casi toda Europa. En Rusia y en Polonia se valúan las riquezas de un hidalgo y de un eclesiástico no por su renta en dinero, sino por el número de sus esclavos.

He aquí lo que resulta de un registro hecho en 1747 de los varones que pagaban el impuesto personal:

Comerciantes .....	198.000
Obreros .....	16.500
Campesinos incorporados a los comerciantes y a los obreros.....	1.950
Campesinos llamados <i>odonoskis</i> , que contribuyen al sostenimiento de la milicia .....	430.220
Otros que no contribuyen a ello.....	26.080
Obreros de diferentes oficios, cuyos padres son desconocidos.....	1.000
Otros que no están incorporados a ninguna clase de oficios.....	4.700
Campesinos que dependen inmediata-	



mente de la Corona, aproximadamente .....	555.000
Empleados en las minas de la Corona, tanto cristianos como mahometanos y paganos.....	64.000
Otros campesinos de la Corona, trabajando en las minas y en las fábricas de particulares.....	24.200
Recién convertidos a la Iglesia griega.	57.000
Tártaros y ostiacos paganos.....	241.000
Mourses, tártaros, morduanes y otros, ya paganos, ya griegos, empleados en los trabajos del Almirantazgo.....	7.800
Tártaros contribuyentes, llamados <i>tepteris</i> y <i>bobilitz</i> , etc.....	28.900
Siervos de varios comerciantes y otros privilegiados, los cuales, sin poseer tierras, pueden tener esclavos.....	9.100
Labradores de las tierras destinadas al sostenimiento de la Corte.....	418.000
Labradores de las tierras propiedad de Su Majestad, independientemente del patrimonio de la Corona.....	60.500
Labradores de las tierras confiscadas a la Corona.....	13.600
Siervos de los nobles.....	3.550.000
Siervos que pertenecen a la asamblea eclesiástica y que costean sus gastos.	37.500
Siervos de los obispos .....	116.400
Siervos de los conventos, muy disminuídos por Pedro.....	721.500

Siervos de las iglesias catedrales y parroquiales .....	23.700
Campesinos que trabajan en las obras del Almirantazgo u otras obras públicas, aproximadamente.....	4.000
Trabajadores en las minas y fábricas de particulares.....	16.000
Labradores de las tierras cedidas a los principales manufactureros.....	14.500
Trabajadores en las minas de la Corona .....	3.000
Bastardos educados por sacerdotes.....	40
Sectarios llamados <i>raskolniky</i> .....	2.200
	<hr/>
	6.646.390

He aquí, en números redondos, seis millones seiscientos cuarenta mil varones que pagan el impuesto. En esta relación están contados los niños y los ancianos, pero no lo están las niñas ni las mujeres, como no lo están tampoco los varones que nacen desde el establecimiento de un catastro hasta la confección de otro. Triplicad solamente el número de contribuyentes, contando así a las mujeres y a las niñas, y encontraréis cerca de veinte millones de almas.

Es necesario añadir a este número toda la clase militar, que asciende a trescientos cincuenta mil hombres. Ni la nobleza de todo el imperio ni los eclesiásticos, que son en número de doscientos mil, están sometidos a este impuesto; los

extranjeros en el imperio están todos exentos, de cualquier profesión y de cualquier país que sean. Los habitantes de las provincias conquistadas, a saber: la Livonia, la Estonia, la Ingria, la Carelia y una parte de Finlandia, Ucrania y los cosacos del Tanais, los calmucos y otros tártaros, los samoyedos, los lapones, los ostiacos y todos los pueblos idólatras de la Siberia, país más grande que la China, no están comprendidos en esta enumeración.

Por este cálculo es imposible que el total de habitantes de Rusia no ascendiese, al menos, a venticuatro millones en 1759, cuando me enviaron de Petersburgo estos documentos, sacados de los archivos del imperio. Por esta cuenta hay ocho personas por milla cuadrada. El embajador inglés de que ya he hablado no da más que cinco; pero no tenía, sin duda, documentos tan fieles como estos de que han querido darme noticia.

La tierra de Rusia está, pues, en proporción, cinco veces menos poblada que España; pero tiene cerca del cuádruplo de habitantes; está, aproximadamente, tan poblada como Francia y como Alemania; pero considerando su vasta extensión, el número de habitantes es allí treinta y tres veces más pequeño.

Hay una observación importante que hacer en esta enumeración: que de los seis millones seiscientos cuarenta mil contribuyentes, se encuentran cerca de novecientos mil que pertenecen al clero de Rusia, no comprendiendo en él ni el clero

de los países conquistados ni el de Ucrania y Siberia.

Así, de cada siete personas contribuyentes, el clero tenía una; pero al poseer este séptimo dista mucho de poseer la séptima parte de las rentas del Estado, como en tantos otros reinos, donde tienen, por lo menos, la séptima parte de todas las riquezas, pues sus labradores pagan un impuesto personal al soberano, y es preciso tener muy en cuenta las otras rentas de la Corona de Rusia, de las cuales al clero no le toca nada.

Esta evaluación es muy distinta de la de todos los escritores que se han ocupado de Rusia; los ministros extranjeros que han enviado Memorias a sus soberanos se han equivocado todos en ellas. Es necesario escudriñar en los archivos del imperio.

Es muy verisímil que Rusia haya estado mucho más poblada que hoy en los tiempos en que la viruela, procedente del interior de la Arabia, y la otra enfermedad importada de América no habían todavía hecho estragos en estos climas, en donde han echado raíces. Estas dos plagas, por las cuales el mundo está más despoblado que por la guerra, son debidas, una, a Mahoma; la otra, a Cristóbal Colón. La peste, originaria de Africa, invade raramente los países septentrionales. En fin, respecto a los pueblos del Norte, desde los sármatas hasta los tártaros, que están más allá de la gran muralla, habiendo inundado el mundo con sus invasiones, este antiguo semillero de hom-

bres debe de haber disminuído extraordinariamente.

En la vasta extensión de este país se cuentan cerca de siete mil cuatrocientos frailes y cinco mil seiscientos religiosos, a pesar del cuidado que tuvo Pedro el Grande de reducirlos a un número menor; cuidado digno de un legislador en un imperio donde lo que falta principalmente es la especie humana. Estas trece mil personas, enclaustradas y perdidas para el Estado, tenían, como el lector ha podido observar, setecientos veinte mil siervos para cultivar sus tierras, y esto es evidentemente muy excesivo. Este abuso, tan común y tan funesto en tantos Estados, no ha sido corregido más que por la emperatriz Catalina II. Se ha atrevido a vengar a la Naturaleza y a la religión, privando al clero y a los frailes de las odiosas riquezas; les pagó del tesoro público y quiso obligarles a ser útiles impidiéndoles ser peligrosos.

Respecto al estado de la hacienda del imperio, encuentro que en 1725, contando el tributo de los tártaros, todos los impuestos y todos los derechos en dinero, ascendía el total a trece millones de rublos, lo que equivalía a sesenta y cinco millones de nuestras libras de Francia, independientemente de los tributos en especie. Esta módica suma bastaba entonces para sostener trescientos treinta y nueve mil quinientos hombres, tanto por tierra como por mar. Las rentas y las tropas han aumentado después.

Los usos, los trajes y las costumbres en Rusia

habían sido siempre más parecidos a los del Asia que a los de la Europa cristiana; tal era la antigua costumbre de recibir los tributos de los pueblos en género, de costear los viajes y la estancia de los embajadores y la de no presentarse ni en la iglesia ni ante el trono con una espada: costumbre oriental opuesta a nuestro hábito ridículo y bárbaro de ir a hablar con Dios, a los reyes, a los amigos y a las mujeres con una gran arma ofensiva que desciende a lo largo de las piernas. La larga vestidura, en los días de ceremonia, parecía más noble que el traje corto de las naciones occidentales de Europa. Una túnica forrada de piel, con una larga toga enriquecida con piedras preciosas, y esa especie de altos turbantes que aumentan la estatura, eran de aspecto más imponente que las pelucas y las casacas, y más convenientes para los climas fríos; pero este antiguo traje de todos los pueblos parece menos a propósito para la guerra y menos cómodo para trabajar. Casi todas las demás costumbres eran groseras; pero no hay que suponer que fuesen tan bárbaras como dicen tantos escritores. Alberto Krautz habla de un embajador italiano a quien un zar hizo clavar el sombrero en la cabeza por no haberse descubierto al dirigirle la palabra. Otros atribuyen esta aventura a un tártaro; en fin, se ha referido este mismo cuento a un embajador francés.

Olearius pretende que el zar Miguel Federowitch deportó a Siberia a un marqués de Euxidenil, embajador del rey de Francia Enrique IV; pero nun-

ca, seguramente, envió este monarca ningún embajador a Moscú. Es lo mismo que cuando los viajeros hablan del país de Borandia, que no existe; que han comerciado con los naturales de Nueva Zembla, que apenas está habitada; que han tenido lugar conversaciones con los samoyedos, como si hubiesen podido entenderles. Si se suprimiese de las enormes compilaciones de viajes todo lo que no es cierto ni útil, esas obras y el público ganarían mucho en ello.

El gobierno se parecía al de los turcos por la milicia de los strelitz, la cual, como la de los genzaros, dispuso algunas veces del trono y perturbó al Estado casi siempre tanto como lo sostuvo. Estos strelitz eran en número de cuarenta mil hombres. Los que estaban repartidos por las provincias vivían del pillaje; los de Moscú vivían como burgueses; comerciaban, no servían y llevaban al exceso la insolencia. Para establecer el orden en Rusia era preciso disolverlos; nada más necesario ni más peligroso.

El Estado no poseía en el siglo XVII cinco millones de rublos—cerca de veinticinco millones de Francia—de renta. Esto era bastante, cuando Pedro subió al trono, para permanecer en la antigua mediocridad; no llegaba al tercio de lo necesario para salir de ella y para alcanzar importancia en Europa; pero, además, muchos impuestos eran pagados en especie, costumbre que agobia mucho menos a los pueblos que la de pagar sus tributos en dinero.

En cuanto al título de zar, es posible que provenga de los zares o chares del reino de Kazan. Cuando el soberano de Rusia Juan o Iván Basíli- des, en el siglo XVI, conquistó este reino, subyugado ya por su abuelo, pero perdido en seguida, tomó ese título, que ha subsistido en sus sucesores. Antes de Iván Basíli- des, los soberanos de Rusia llevaban el nombre de *veliki knes*, *gran príncipe*, *gran señor*, *gran jefe*, que las naciones cristianas traducen por el de gran duque. El zar Miguel Federowitch adoptó con la embajada de Holstein los títulos de *gran señor* y *gran knes*, *conservador de todas las Rusias*, *príncipe de Vladimir*, *Moscú*, *Novgorod*, etc.; *zar de Kazan*, *zar de Astracán*, *zar de Siberia*. Este nombre de *zar* era, pues, el título de esos príncipes orientales; es, por lo tanto, verisímil que derivase más bien de los *shas* de Persia que de los *césares* de Roma, de los cuales probablemente los zares siberianos no habían oído hablar nunca en las orillas del río Obi.

Un título, cualquiera que sea, no es nada si los que lo ostentan no son grandes por sí mismos. El nombre de *emperador*, que no significa más que *general de ejército*, llegó a ser el nombre de los soberanos de la república romana; hoy se le aplica a los soberanos de Rusia más justamente que a ningún otro si se considera la extensión y la potencia de sus dominios.

La religión del Estado fué siempre, desde el siglo XI, la que se llama griega, por oposición a la



latina; pero había más naturales mahometanos y paganos que cristianos. La Siberia, hasta la China, era idólatra, y en más de una provincia era desconocido todo género de religión.

• El ingeniero Perri y el barón de Stralemberg, que han estado tanto tiempo en Rusia, dicen que han encontrado más probidad y buena fe en los paganos que en los demás; no era el paganismo quien les hacía virtuosos; pero llevando una vida pastoril, alejados del comercio de los hombres y viviendo como en los tiempos que se llaman la primera edad del mundo, exentos de grandes pasiones, necesariamente eran más hombres de bien.

El cristianismo no llegó sino muy tarde a Rusia, así como a todos los demás países del Norte. Se supone que una princesa llamada Olha lo introdujo allí, como Clotilde, sobrina de un príncipe arriano, lo hizo adoptar entre los francos; la mujer de un Micislas, duque de Polonia, entre los polacos, y la hermana del emperador Enrique II, entre los húngaros. Es el sino de las mujeres ser sensibles a las persuasiones de los ministros de la religión y persuadir a los demás hombres.

Esta princesa Olha, se añade, se hizo bautizar en Constantinopla; se le llamó Elena, y, desde que se hizo cristiana, el emperador Juan Zimisce no dejó de estar enamorado de ella. Probablemente, era viuda. No quiso nada del emperador. El ejemplo de la princesa Olha, u Olga, no hizo al principio un gran número de prosélitos; su hijo,

que reinó mucho tiempo (1), no pensaba completamente como su madre; pero su nieto Vladimiro, nacido de una concubina, había asesinado a su hermano para reinar; y habiendo pretendido la alianza del emperador de Constantinopla, Basilio, no la obtuvo sino a condición de hacerse bautizar. Es en esta fecha, del año 987, cuando la religión griega comenzó, en efecto, a establecerse en Rusia. Un patriarca de Constantinopla, llamado Crisobergo, envió un obispo a bautizar a Vladimiro, para añadir a su patriarcado esta parte del mundo (2).

Vladimiro acabó, pues, la obra comenzada por su abuelo. Un griego fué primer metropolitano de Rusia o patriarca. Desde entonces, los rusos han adoptado en su idioma un alfabeto tomado en gran parte del griego; habrían ganado en ello si el fondo de su lengua, que es la eslava, no hubiese permanecido siempre el mismo, a excepción de algunas palabras referentes a su liturgia y su jerarquía. Uno de los patriarcas griegos, llamado Jeremías, que tenía un proceso en el Diván y había venido a Moscú en demanda de socorros, renunció al fin a su pretensión sobre las iglesias rusas y consagró patriarca al arzobispo de Novgorod, llamado Job, en 1588.

Desde esta fecha, la Iglesia rusa fué tan independiente como su imperio. Era, en efecto, pe-

---

(1) Se llamaba Sowastoslaw.

(2) Tomado de un manuscrito particular, titulado *Del gobierno eclesiástico en Rusia*.

ligroso, vergonzoso y ridículo que la Iglesia rusa dependiese de una Iglesia griega, esclava de los turcos. El patriarca de Rusia fué desde entonces consagrado por los obispos rusos, no por el patriarca de Constantinopla. Siguió en jerarquía en la Iglesia griega al de Jerusalén; pero de hecho fué el único patriarca libre y poderoso, y, por consiguiente, el único real. Los de Jerusalén, Constantinopla, Antioquía y Alejandría no son más que los jefes mercenarios y envilecidos de una Iglesia esclava de los turcos. Los mismos de Antioquía y de Jerusalén no están considerados como patriarcas, y no tienen mayor valimiento que los rabinos de las sinagogas establecidos en Turquía.

De un hombre que ha llegado a ser patriarca de todas las Rusias desciende Pedro el Grande en línea recta. Bien pronto estos primeros prelados quisieron compartir la autoridad de los zares. No bastaba que el soberano desfilase con la cabeza descubierta, una vez al año, ante el patriarca, conduciendo su caballo por la brida. Estos respetos exteriores no sirven más que para irritar la sed de dominio. Este furor de dominar causó grandes desórdenes, como en otras partes.

El patriarca Nicón, a quien los frailes miraban como un santo y que ocupaba la silla desde la época de Alejo, padre de Pedro el Grande, quiso elevar su jerarquía por encima del trono; no solamente usurpaba el derecho de sentarse en el Senado al lado del zar, sino que pretendía que no

podiese hacerse la guerra ni la paz sin su consentimiento. Su autoridad, sostenida por sus riquezas y por sus intrigas, por el clero y por el pueblo, mantenía a su señor en una especie de sujeción. Se atrevió a excomulgar a algunos senadores que se opusieron a sus excesos; y, en fin, Alejo, que no se sentía con bastante fuerza para deponerlo por su sola autoridad, se vió obligado a convocar un sínodo de todos los obispos. Se le acusó de haber recibido dinero de los polacos, se le depuso, se le confinó por el resto de sus días en un claustro y los preladados eligieron otro patriarca.

Hubo siempre, desde el nacimiento del cristianismo en Rusia, algunas sectas, así como en los demás Estados, pues las sectas son con frecuencia el fruto de la ignorancia, tanto como de la supuesta ciencia. Pero Rusia es el único gran Estado cristiano donde la religión no ha provocado guerras civiles, aunque haya producido algunos tumultos.

La secta de los *raskolniky*, compuesta hoy de cerca de dos mil varones, y de la que se ha hecho mención en la relación anterior (1), es la más antigua; fué establecida en el siglo XII por fieles que tenían algún conocimiento del Nuevo Testamento; tenían, y todavía tienen, la pretensión de todos los sectarios: la de seguirlo al pie de la letra, acusando a todos los demás cristianos de

---

(1) Página 48.

relajamiento, no queriendo soportar que un sacerdote que ha bebido aguardiente confiera el bautismo, asegurando, con Jesucristo, que no hay primero ni último entre los fieles, y, sobre todo, que un fiel puede matarse por el amor de su Salvador. Es, según ellos, un pecado muy grande decir *alleluya* tres veces; no hay que decirlo más que dos, y no dar nunca la bendición más que con tres dedos. Ninguna sociedad, por lo demás, es más ordenada ni más severa en sus costumbres; viven como los cuáqueros, pero no admiten, como ellos, a los demás cristianos en sus asambleas; esto es lo que ha hecho que los demás les hayan imputado todas las abominaciones de que han acusado los paganos a los primeros galileos, con que éstos han abrumado a los gnósticos, y los católicos a los protestantes. Se les ha imputado frecuentemente el degollar a un niño, beber su sangre y mezclarse juntos en sus ceremonias secretas, sin distinción de parentesco, de edad ni aun de sexo. Algunas veces se les ha perseguido; entonces ellos se encerraron en sus poblados, o han prendido fuego a sus casas y se arrojaron a las llamas. Pedro siguió con ellos el único partido que podía reducirlos: el de dejarles vivir en paz.

Por lo demás, no hay en un imperio tan vasto más que veintiocho sedes episcopales, y en tiempo de Pedro sólo contaban con veintidós; este pequeño número fué acaso una de las causas que mantuvieron a la Iglesia rusa en paz. Esta Iglesia, por

otra parte, era tan poco instruída, que el zar Fedor, hermano de Pedro el Grande, fué el primero que introdujo el canto llano en ella.

Fedor, y sobre todo Pedro, admitieron indiferentemente en sus ejércitos y en sus consejos a los de rito griego, romano, luterano, calvinista; dejaron a cada uno en libertad de seguir a Dios según su conciencia, siempre que el Estado estuviese bien servido. No había en este imperio, de dos mil leguas de largo, ninguna iglesia latina. Solamente, cuando Pedro hubo establecido nuevas manufacturas en Astracán hubo como unas sesenta familias católicas dirigidas por capuchinos; pero cuando los jesuítas quisieron introducirse en sus Estados, los expulsó mediante un edicto del mes de abril de 1718. Toleraba a los capuchinos como frailes sin consecuencia, y miraba a los jesuítas como políticos peligrosos. Estos jesuítas se habían establecido en Rusia en 1685; fueron expulsados cuatro años después; volvieron otra vez, y fueron también expulsados.

La Iglesia griega se envanece de hallarse extendida en un imperio de dos mil leguas, mientras que la romana no tiene la mitad de este terreno en Europa. Los de rito griego han querido sobre todo conservar en todo tiempo su igualdad con los de rito latino, y han temido siempre al celo de la iglesia de Roma, que ellos han tomado por ambición, porque, en efecto, la Iglesia romana, muy estrecha en nuestro hemis-

ferio, y llamándose universal, ha querido llenar ese gran título.

No hubo jamás en Rusia destino alguno para los judíos, como lo tienen en tantos Estados de Europa, desde Constantinopla hasta Roma. Los rusos han hecho siempre su comercio por sí mismos y por las naciones establecidas entre ellos. De todas las iglesias griegas, la suya es la única que no tiene sinagogas al lado de sus templos.

Rusia, que debe únicamente a Pedro el Grande su gran influjo en los negocios de Europa, no tenía ninguno desde que era cristiana. Se la veía en otro tiempo hacer sobre el mar del Norte lo que los normandos hacían sobre nuestras costas del Océano: armar en tiempo de Heraclius cuarenta mil barcas pequeñas, presentarse ante Constantinopla para sitiarla e imponer un tributo a los césares griegos. Pero el gran knes Vladimiro, ocupado en introducir en su hogar el cristianismo, y fatigado con las disensiones intestinas de su casa, debilitó más aún sus Estados repartiéndolos entre sus hijos. Casi todos fueron presa de los tártaros, que dominaron a Rusia durante doscientos años. Iván Basilides la libertó y la engrandeció; pero después de él, las guerras civiles la arruinaron.

Antes de Pedro el Grande estaba Rusia muy lejos de ser tan potente, de tener tantas tierras cultivadas, tantos súbditos, tantas rentas como en nuestros días. No poseía nada en Finlandia,

nada en Livonia, y la Livonia sola vale más de lo que ha valido en mucho tiempo la Siberia. Los cosacos no estaban sometidos; los naturales de Astracán obedecían mal; el poco comercio que se hacía no era ventajoso. El mar Blanco, el Báltico, el Ponto Eusino, el de Azof y el mar Caspio eran completamente inútiles a una nación que no tenía ni un buque y que hasta en su lengua faltaba la palabra para expresar una flota. Si bastase con ser superior a los tártaros y pueblos del Norte hasta la China, Rusia gozaba de esta ventaja; pero era necesario igualarse a las naciones civilizadas y ponerse en estado de adelantar un día a muchas. Tal empresa parecía impracticable, puesto que no había un solo navío sobre los mares; que se ignoraba absolutamente en tierra la disciplina militar; que apenas se fomentaban las manufacturas más sencillas, y que la agricultura misma, que es el primer móvil de todo, estaba abandonada. Esta exige del gobierno ser atendida y alentada, y es lo que ha hecho encontrar a los ingleses en sus granos un tesoro superior al de sus lanas.

Esta falta de cultura de las artes útiles indica claramente que no había ni idea de las bellas artes, que se convierten en necesarias a su vez cuando se posee todo lo demás. Se hubieran podido enviar a algunos naturales del país a instruirse entre los extranjeros; pero las diferencias de idiomas, de costumbres y de religión se oponían a ello; hasta una ley de Estado y de reli-



gión, igualmente sagrada y perniciosa, prohibía a los rusos salir de su patria, y parecía condenarles a una eterna ignorancia. Poseían los estados más vastos del universo, y todo estaba en ellos por hacer. Al fin, Pedro nació y Rusia fué formada.

Afortunadamente, de todos los grandes legisladores del mundo, Pedro es el único cuya historia sea bien conocida. Las de los Teseos, de los Rómulos, que hicieron mucho menos que él; las de los fundadores de todos los demás Estados civilizados, están mezcladas con fábulas absurdas; y nosotros tenemos aquí la ventaja de escribir verdades que pasarían por fábulas si no estuviesen comprobadas.

### CAPITULO III

#### De los antepasados de Pedro el Grande.

La familia de Pedro ocupaba el trono desde 1613. Rusia, antes de esta época, había sufrido revoluciones que alejaban más aún la reforma y las artes. Es la suerte de todas las sociedades humanas. Jamás hubo desórdenes más crueles en ningún reino. El tirano Boris Godunow hizo asesinar en 1597 al legítimo heredero, Demetri, que nosotros llamamos Demetrio, y usurpó el imperio. Un monje joven tomó el nombre de Demetrio y pretendió ser el príncipe, escapado de los asesinos; y auxiliado por los polacos y por un gran

partido que los tiranos tienen siempre en contra suya, expulsó al usurpador y usurpó a su vez la corona. Se reconoció su impostura en cuanto fué soberano, por lo que se indignaron contra él; fué asesinado. Otros tres falsos Demetrios se erigieron, uno tras otro. Esta serie de imposturas suponía un país completamente en desorden. Cuanto menos civilizados son los hombres, más fácil es imponérseles. Se puede suponer hasta qué punto estos fraudes aumentaban la confusión y el infortunio público. Los polacos, que habían comenzado las revoluciones estableciendo al primer falso Demetri, estuvieron a punto de reinar en Rusia. Los suecos repartieron los despojos por la parte de Finlandia y pretendieron también el trono; el Estado estaba amenazado de una completa ruina.

En medio de estas desgracias, una asamblea, compuesta de los principales boyardos, eligió para soberano, en 1613, a un joven de quince años, lo que no parecía un medio seguro de acabar los desórdenes. Este joven era Miguel Romanov (1), abuelo del zar Pedro, hijo del arzobispo de Rostow, llamado Filareto, y de una religiosa emparentada por la línea femenina con los antiguos zares.

Es necesario saber que este arzobispo era un señor poderoso, a quien el tirano Boris había forzado a hacerse sacerdote. Su mujer, Sheremeto, fué también obligada a tomar el velo; ésta era una

---

(1) Los rusos escriben Romanow; los franceses no emplean la w. Se pronuncia también Romanoff.

antigua costumbre de los tiranos occidentales cristianos latinos; la de los cristianos griegos era saltar los ojos. El tirano Demetri dió a Filareto el arzobispado de Rostow y le envió de embajador a Polonia. Este embajador fué hecho prisionero de los polacos, entonces en guerra con los rusos: tan ignorantes estaban todos estos pueblos del derecho de gentes. Durante su detención, el joven Romanov, hijo de este arzobispo, fué elegido zar. Se canjeó a su padre por prisioneros polacos, y el joven zar hizo a su padre patriarca; este anciano fué soberano de hecho bajo el nombre de su hijo.

Si tal gobierno parecía singular a los extranjeros, el casamiento del zar Miguel Romanov lo parece más todavía. Los monarcas de las Rusias no elegían sus esposas en los otros Estados desde el año 1490. Parece que desde que tuvieron a Kazan y Astracán siguieron en casi todas las costumbres asiáticas, y principalmente la de no casarse sino con súbditas suyas.

Lo que se parece más aún a las costumbres del Asia antigua es que para casarse un zar se hacían venir a la corte las más hermosas jóvenes de provincias; la dama principal de la Corte las recibía en su casa, las alojaba separadamente y les hacía comer todas juntas. El zar las veía, o encubierto con un falso nombre o sin disfraz alguno. Se fijaba el día del casamiento, sin que la elección fuese todavía conocida, y el día fijado se presentaba un vestido de novia a aquella sobre quien había recaído la elección secreta; se repartían otros

vestidos a las pretendientes, que regresaban a sus casas. Hubo cuatro ejemplos de semejantes matrimonios.

De este modo fué como Miguel Romanov se casó con Eudoxia, hija de un pobre hidalgo, llamado Streshneu. Cultivaba él mismo sus campos con sus criados, cuando los chambelanes, enviados por el zar con regalos, le notificaron que su hija había subido al trono. El nombre de esta princesa es amado todavía en Rusia. Todo esto está alejado de nuestras costumbres, y no es menos respetable por ello.

Es preciso decir que, antes de la elección de Romanov, un gran partido había elegido al príncipe Ladislao, hijo del rey de Polonia, Segismundo III. Las provincias vecinas de Suecia habían ofrecido la corona a un hermano de Gustavo Adolfo; así, Rusia se encontraba en la misma situación en que tan frecuentemente se ha visto Polonia, donde el derecho de elegir un monarca ha sido un manantial de guerras civiles. Pero los rusos no imitaron a los polacos, que hacen un contrato con el rey que eligen. Aunque hubiesen experimentado la tiranía, se sometieron a un joven sin exigir nada de él.

Rusia no había sido nunca un reino electivo; pero habiéndose agotado la rama masculina de los antiguos soberanos, y habiendo perecido violentamente en los últimos desórdenes seis zares o pretendientes, fué preciso, como se ha visto, elegir un monarca, y esta elección originó nuevas guerras con Polonia y Suecia, que combatieron por sus

pretendidos derechos al trono de Rusia. Estos derechos a gobernar una nación a pesar de ella no pueden mantenerse nunca durante mucho tiempo. Los polacos, por su parte, después de haber avanzado hasta Moscú, y después del pillaje en que consistían las expediciones militares de aquellos tiempos, concluyeron una tregua de catorce años. Polonia, por esta tregua, quedó en posesión del ducado de Smolensko, donde el Borístenes tiene su fuente. Los suecos hicieron también la paz; quedaron en posesión de la Ingria y privaron a los rusos de toda comunicación con el mar Báltico; de suerte que este imperio quedó más aislado que nunca del resto de Europa.

Miguel Romanov, después de esta paz, reinó tranquilo, y no se hizo en todos sus Estados ningún cambio que corrompiese ni que perfeccionase la administración. Después de su muerte, ocurrida en 1645, su hijo Alejo Miguelwitz, o hijo de Miguel, de diez y seis años de edad, reinó por derecho hereditario. Se debe observar que los zares eran consagrados por el patriarca, según algunos ritos de Constantinopla, y, además, el patriarca de Rusia se sentaba en el mismo estrado con el soberano, afectando siempre una igualdad que menoscababa el poder supremo.

Alejo se casó como su padre, y eligió entre las jóvenes que le presentaron la que le pareció más agradable. Casó con una de las dos hijas del boyardo Miloslawski, en 1647, y después con una Nariskin, en 1671. Su favorito, Morosov, se casó

con la otra. No se puede adjudicar a este Morosov un título más conveniente que el de visir, puesto que era un déspota en el imperio y su poder provocó revoluciones entre los strelitz y el pueblo, como ha ocurrido frecuentemente en Constantinopla.

El reinado de Alejo se vió turbado por sediciones sangrientas, por guerras interiores y extranjeras. Un jefe de los cosacos del Tamais, llamado Stenko-Rasin, quiso erigirse en rey de Astracán; inspiró durante mucho tiempo terror, pero al fin, vencido y hecho prisionero, terminó en el suplicio, como todos sus semejantes, para quienes no hay nunca más que el trono o el cadalso. Cerca de doce mil de sus partidarios fueron colgados—dicen—en el camino real de Astracán. Esta parte del mundo era de aquellas en donde los hombres, apenas gobernados por las costumbres, no lo eran más que por los suplicios, y de estos suplicios horribles nacían la servidumbre y el furor secreto por la venganza.

Alejo sostuvo una guerra con Polonia; fué victoriosa, y terminó por una paz que le aseguró el dominio de Smolensko, de Kiev y de Ucrania; pero fué infortunado con los suecos, y los límites del imperio estuvieron siempre muy reducidos del lado de Suecia.

Los turcos eran más de temer entonces; caían sobre Polonia y amenazaban los países del zar vecinos de la Tartaria Crimea, el antiguo Quersoneso taúrico. En 1671 tomaron la importante

ciudad de Kamienieck y todo lo que dependía de Polonia en Ucrania. Los cosacos de Ucrania, que no habían querido nunca amos, no sabían entonces si pertenecían a Turquía, a Polonia o a Rusia. El sultán Mahomet IV, vencedor de los polacos y que acababa de imponerles un tributo, pidió, con todo el orgullo de un otomano y de un vencedor, que el zar evacuase todo lo que poseía en Ucrania, lo que fué rechazado con la misma soberbia. No se sabía entonces disfrazar el orgullo con las apariencias de la cortesía. El sultán, en su carta, no trataba al soberano de Rusia más que de *hospodar cristiano*, y se titulaba *muy gloriosa majestad, rey de todo el universo*. El zar respondió que él no había sido hecho para someterse a un perro mahometano, y que su cimitarra era mejor que el sable del sultán.

Alejo, entonces, concibió un proyecto, que parecía anunciar el influjo que Rusia debía tener un día en la Europa cristiana. Envió embajadores al Papa y a casi todos los grandes soberanos de Europa, excepto a Francia, aliada de los turcos, para tratar de formar una Liga contra la Puerta otomana. Sus embajadores no consiguieron en Roma ni aun besar los pies del Papa, y no obtuvieron en las demás partes sino promesas ineficaces, pues las querellas de los príncipes cristianos y los intereses que nacían de estas querellas no les permitían reunirse contra el enemigo de la cristiandad.

1674.—Los otomanos, sin embargo, amenazaban subyugar a Polonia, que rehusaba pagar el

tributo. El zar Alejo la socorrió por el lado de la Crimea, y el general de la Corona Juan Sobieski lavó la honra de su país con la sangre de los turcos en la célebre batalla de Choczim, que le abrió el camino al trono. Alejo le disputó el trono y propuso unir sus vastos Estados a Polonia, como los Jagelones habían unido a ella la Lituania; pero, por grande que fuese su oferta, no fué aceptada. Era muy digno—dicen—de este nuevo reino, por la manera de gobernar los suyos; él fué el primero que hizo redactar un código, aunque imperfecto; introdujo manufacturas de tela y de seda, que es verdad que no pudieron sostenerse, pero que él tuvo el mérito de establecer. Pobló los desiertos, hacia el Volga y el Kama, de familias lituanas, polacas y tártaras, apresadas en sus guerras. Todos los prisioneros, hasta entonces, eran esclavos de aquellos a quienes pertenecían; Alejo hizo de ellos cultivadores; llevó la disciplina a sus ejércitos; en fin: era digno de ser el padre de Pedro el Grande; pero no tuvo tiempo de perfeccionar nada de lo que emprendió: una muerte prematura lo arrebató a la edad de cuarenta y seis años, al comienzo de 1679, según nuestro calendario, que avanza siempre once días sobre el de los rusos.

Después de Alejo, hijo de Miguel, todo volvió a caer en el desorden. De su primer matrimonio dejó dos príncipes y seis princesas. El mayor, Fedor, subió al trono a los quince años de edad, príncipe de una complexión débil y valetudinaria y de



un mérito que no correspondía a la debilidad de su cuerpo. Alejo, su padre, lo había hecho reconocer por sucesor un año antes. Así acostumbraban hacer los reyes de Francia, desde Hugo Capeto hasta Luis el Joven, y tantos otros soberanos.

El segundo de los hijos de Alejo era Iván o Juan, todavía menos favorecido por la Naturaleza que su hermano Fedor, casi privado de la vista y de la palabra, así como de la salud, y atacado frecuentemente de convulsiones. De las seis hijas nacidas de este primer matrimonio, la única célebre en Europa fué la princesa Sofía, distinguida por su talento, pero, desgraciadamente, más conocida todavía por el daño que quiso hacer a Pedro el Grande.

Alejo, de su segundo matrimonio con otra de sus súbditas, hija del boyardo Nariskin, dejó a Pedro y la princesa Natalia. Pedro, nacido el 30 de mayo de 1672, y, según el nuevo cómputo, el 10 de junio, tenía cuatro años y medio cuando perdió a su padre. No gustaban entonces los hijos de segundas nupcias, y no se esperaba que pudiese llegar un día a reinar.

La intención de la familia Romanov fué siempre la de civilizar sus Estados; tal fué también el proyecto de Fedor. Ya hemos indicado, al hablar de Moscú, que animó a los ciudadanos a construir varias casas de piedra. Engrandeció esta capital; se le deben algunos reglamentos de policía general; pero al querer reformar a los bo-

yardos disgustó a todos. Por otra parte, ni era bastante instruído, ni activo, ni con audacia suficiente para atreverse a concebir una reforma general. La guerra con los turcos, o, más bien, con los tártaros de Crimea, que continuaba, siempre con resultados oscilantes, no permitía a un príncipe de salud débil acometer esta gran empresa. Fedor se casó, como sus antecesores, con una de sus súbditas, natural de las fronteras de Polonia; y habiéndola perdido al cabo de un año, tomó una segunda mujer en 1592: Marta Mateona, hija del secretario Apraxin. Cayó enfermo algunos meses después, de la enfermedad de que murió, y no dejó hijos. Así como los zares se casaban sin considerar la estirpe de la mujer, también podían, por lo menos entonces, escoger un sucesor sin atender a la primogenitura. Parecía que la jerarquía de esposa y heredero del soberano debía ser únicamente el premio del mérito, y en esto la costumbre de este imperio era muy superior a las de los Estados más civilizados.

*Abril 1682.*—Fedor, antes de expirar, viendo que su hermano Iván, demasiado maltratado por la Naturaleza, era incapaz de reinar, nombró por heredero de las Rusias a su segundo hermano, Pedro, que no tenía más que diez años de edad y que hacía concebir ya grandes esperanzas.

Si la costumbre de elevar alguna súbdita a la categoría de zarina era favorable a las mujeres, había, en cambio, otra muy dura: las hijas de los

zares era raro que se casasen entonces; la mayor parte pasaban su vida en un monasterio.

La princesa Sofía, la tercera de las hijas del primer matrimonio del zar Alejo, princesa de un espíritu tan superior como peligroso, viendo que a su hermano Fedor le quedaba poco tiempo de vida, no quiso tomar la determinación del convento, y encontrándose entre sus otros dos hermanos, que no podían gobernar, uno por su incapacidad, el otro por su niñez, concibió el proyecto de ponerse a la cabeza del imperio; quiso, en la última época de la vida del zar Fedor, renovar el papel que en otro tiempo desempeñó Pulqueria con el emperador Teodosio, su hermano.

#### CAPITULO IV

Iván y Pedro.—Terrible sedición de la milicia de los strelitz.

Apenas hubo expirado Fedor (1), el nombramiento de un príncipe de diez años para ocupar el trono, la exclusión del primogénito y las intrigas de la princesa Sofía, su hermana, excitaron en el cuerpo de los strelitz una de las más sangrientas revoluciones. Ni los genízaros ni los guardias pretorianos fueron nunca tan bárbaros. Primeramen-

---

(1) Tomado todo entero de las Memorias enviadas de Moscú y de Petersburgo.

te, dos días después de los funerales del zar Fedor, corren armados al Kremlin; éste es, como se sabe, el palacio de los zares en Moscú: comienzan por quejarse de nueve de sus coroneles, que no les habían pagado con bastante exactitud. El ministerio se ve obligado a expulsar a los coroneles y a entregar a los strelitz el dinero que pedían. Los soldados no quedan contentos: quieren que les entreguen los nueve oficiales y les condenen, por mayoría de votos, al suplicio que se llama de las *varas*: he aquí cómo se inflige este suplicio:

Se desnuda al paciente; se le acuesta sobre el vientre, y los verdugos le golpean con unas varas en la espalda, hasta que el juez dice: *Es bastante*. Los coroneles, así tratados por sus soldados, se vieron todavía obligados a darles las gracias, según la costumbre oriental de los criminales, que después de haber sido castigados besan la mano de sus jueces; aquéllos añadieron a sus muestras de gratitud una cantidad de dinero, lo que ya se salía de la costumbre.

Mientras que los strelitz comenzaban así a hacerse temer, la princesa Sofía, que les animaba bajo cuerda para conducirles de crimen en crimen, convocaba en su casa una asamblea de princesas, de generales del ejército, boyardos, el patriarca, obispos, y aun de los principales comerciantes; en ella les expuso que el príncipe Iván, por su derecho de primogenitura y por su mérito, debía gobernar el imperio, del cual esperaba ella

en secreto llevar las riendas. Al salir de la asamblea promete a los strelitz un aumento de sueldo y regalos; sus emisarios excitan sobre todo a la soldadesca contra la familia de los Nariskin, y principalmente contra los dos Nariskin hermanos de la joven zarina viuda, madre de Pedro I. Se convence a los strelitz de que uno de estos hermanos, llamado Juan, se ha apoderado de las vestiduras del zar, que ha subido al trono y que ha querido ahogar al príncipe Iván; se añade que un desgraciado médico holandés, llamado Daniel Vangad, ha envenenado al zar Fedor. En fin: Sofía hace poner en sus manos una lista de cuarenta señores, que ella llama enemigos suyos y del Estado, y a quienes deben asesinar. Nada más parecido a las proscripciones de Sila y de los triunviros de Roma. Cristián II las había renovado en Dinamarca y en Suecia. Se ve por esto que tales horrores son de todos los países en las épocas de desorden y anarquía.

Se empieza por tirar por las ventanas a los knes Dolgorouki y Maffen (1); los strelitz los reciben en las puntas de sus picas, los desnudan y los arrastran por la gran plaza. Inmediatamente, entran en el palacio; encuentran allí a uno de los tíos del zar Pedro, Atanasio Nariskin, hermano de la joven zarina; lo asesinan de la misma manera; fuerzan las puertas de una iglesia vecina donde tres proscritos se habían refugiado;

---

(1) O Matheoff: equivale a Mateo en nuestra lengua.

los arrancan del altar, los desnudan y los asesinan a puñaladas.

Su furor era tan ciego, que, al ver pasar a un joven señor de la casa Soltikof, a quien querían, y que no figuraba en la lista de los proscritos, algunos de ellos, tomándole por Juan Nariskin, a quien buscaban, lo mataron inmediatamente. Lo que descubre bien las costumbres de aquel tiempo es que, habiendo reconocido su error, llevaron el cuerpo del joven Soltikof a su padre para enterrarlo; y el desgraciado padre, lejos de atreverse a quejarse, los recompensó por haberle llevado el cuerpo ensangrentado de su hijo. Su mujer, sus hijas y la esposa del muerto lo reprochan su debilidad. “Esperemos el momento de la venganza”—les dice el viejo—. Algunos strelitz oyeron estas palabras; entran furiosos en la habitación, arrastran al padre por los cabellos y lo degüellan a la puerta de su casa.

Otros strelitz van buscando por todas partes al médico holandés Vangad; encuentran a su hijo; le preguntan dónde está su padre; el joven, temblando, responde que lo ignora, y por esta respuesta es degollado. Encuentran otro médico alemán. “Tú eres médico—le dicen—; si tú no has envenenado a nuestro soberano Fedor, has envenenado a otros; bien mereces la muerte.” Y lo matan.

Al fin encuentran al holandés que buscaban; estaba disfrazado de mendigo; lo arrastran ante palacio; las princesas, que querían a este buen

hombre y que tenían confianza en él, piden su perdón a los strelitz, asegurándoles que es un buen médico y que ha tratado muy bien a su hermano Fedor. Los strelitz responden que no sólo merece la muerte como médico, sino también como hechicero, y que han encontrado en él un gran sapo seco y una piel de serpiente. Añaden que les es absolutamente necesario libertar al joven Iván Nariskin, a quien buscan en vano desde hace dos días; que seguramente está oculto en el palacio; que le pegarán fuego si no se les entrega su víctima. La hermana de Iván Nariskin, las demás princesas, espantadas, van adonde Juan Nariskin está escondido: el patriarca lo confiesa, le da el viático y la extremaunción, después de lo cual coge una imagen de la Virgen que pasaba por milagrosa; lleva de la mano al joven y avanza hacia los strelitz, mostrándoles la imagen de la Virgen. Las princesas, anegadas en lágrimas, rodean a Nariskin, se ponen de rodillas delante de los soldados, les conjuran en nombre de la Virgen a conceder la vida a su pariente; pero los soldados lo arrancan de las manos de las princesas; lo arrastran escaleras abajo con Vangad; entonces forman entre ellos una especie de tribunal; tratan de la cuestión de Nariskin y el médico. Uno de ellos, que sabía escribir, instruye un proceso verbal; condenan a los dos infelices a ser descuartizados; éste es un suplicio usado en la China y en Tartaria para los parricidas; se le llama el suplicio de los diez mil

pedazos. Después de haber tratado así a Nariskin y a Vangad exponen sus cabezas, sus pies y sus manos en las puntas de hierro de una balaustrada.

Mientras que éstos saciaban su furor ante los ojos de las princesas, otros asesinaban a todos los que les eran odiosos o sospechosos a Sofía.

*Junio 1682.*—Estas horribles ejecuciones acabaron por proclamar soberanos a los dos príncipes Iván y Pedro, asociándoles su hermana Sofía en calidad de corregente. Entonces ésta aprobó todos sus crímenes y los recompensó, confiscó los bienes de los proscritos y los repartió a los asesinos; los permitió además elevar un monumento, en el cual hicieron grabar los nombres de los asesinados como traidores a la patria; los dió, en fin, cédulas reales en las cuales los agradecía su celo y fidelidad.

## CAPITULO V

**Gobierno de la princesa Sofía.—Singular querrela religiosa.—Conspiración.**

He aquí por qué peldaños la princesa Sofía (1) subió efectivamente al trono de Rusia sin ser declarada zarina, y he aquí los primeros ejemplos que tuvo Pedro I ante sus ojos. Sofía tuvo

---

(1) Tomado todo entero de las Memorias enviadas de Petersburgo.



todos los honores de una soberana: su busto en las monedas, la firma para todas las órdenes, el primer lugar en el Consejo y, sobre todo, el poder supremo. Tenía mucho talento; hasta hacía versos en su lengua, escribía y hablaba bien; una figura agradable realzaba aún más tanto talento; solamente su ambición lo obscurecía.

Casó a su hermano Iván según la costumbre de que ya hemos visto tantos ejemplos. Una joven Soltikof, de la familia de este mismo Soltikof que los strelitz habían asesinado, fué escogida en medio de la Siberia, donde su padre mandaba una fortaleza, para ser presentada al zar Iván en Moscú. Su belleza le hizo triunfar de las intrigas de todas sus rivales; Iván se casó con ella en 1684. A cada casamiento de un zar parece que se está leyendo la historia de Asuero, o la del segundo Teodosio.

En medio de las fiestas de estas bodas, los strelitz provocaron otro levantamiento; y, ¿quién lo creería?, era por cuestión de religión, era por el dogma. Si no hubiesen sido más que soldados, no se hubieran convertido en polemistas; pero eran vecinos de Moscú. Del interior de las Indias hasta los confines de Europa, cualquiera que tenga o se arrogue el derecho a hablar con autoridad al populacho puede fundar una secta; y esto es lo que ha ocurrido en todo tiempo, sobre todo desde que el furor del dogma ha venido a ser el arma de los audaces y el yugo de los imbeciles.

Se habían ya sufrido algunas sediciones en Rusia, en la época en que se disputaba si la bendición debía darse con tres dedos o con dos.

16 julio 1682 n. c.—Un tal Abakum, arcipreste, había dogmatizado sobre el Espíritu Santo, quien, según el Evangelio, debe iluminar a todo fiel; sobre la igualdad de los primeros cristianos y sobre estas palabras de Jesús: *No habrá ni primero ni último*. Varios ciudadanos, varios strelitz, abrazaron las creencias de Abakum; el partido se engrandeció; un tal Raspop fué su jefe. Los sectarios, al fin, entraron en la catedral, donde el patriarca y el clero oficiaban; los echaron de allí a él y a los suyos a pedradas y se pusieron devotamente en su lugar para recibir el Espíritu Santo. Llamaban al patriarca *lobo raptor en el redil*, título que todas las comuniones se han adjudicado generosamente unas a otras. Corrieron a prevenir a la princesa Sofía y a los dos zares de estos desórdenes; se hizo decir a los otros strelitz, a los que sostenían la buena causa, que los zares y la Iglesia estaban en peligro. El partido de los strelitz y burgueses adictos al patriarca vino a las manos con la facción de los abakumistas; pero la carnicería se suspendió en cuanto se habló de convocar un concilio. Inmediatamente se reunió un concilio en una sala del palacio: esta convocatoria no era difícil; se obligó a ir a todos los sacerdotes que se encontraron. El patriarca y un obispo disputaron con Raspop, y al segundo silogismo se

arrojaron piedras a la cara. El concilio acabó por cortarle el cuello a Raspop y a algunos de sus fieles discípulos, que fueron ejecutados solamente por las órdenes de los tres soberanos, Sofía, Iván y Pedro.

En esta época de revuelta había un knes, Chovanskoi, que, habiendo contribuído a la elevación al trono de la princesa Sofía, quería, como premio a sus servicios, participar en el gobierno. Es muy verisímil que Sofía se le mostrase ingrata. Entonces tomó el partido de la devoción y de los raspopitas perseguidos; todavía sublevó una parte de los strelitz y del pueblo en nombre de Dios; la conspiración fué más seria que el entusiasmo de Raspop. Un ambicioso hipócrita va siempre más lejos que un simple fanático. Chovanskoi pretendía nada menos que el imperio; y para no tener nada que temer nunca, resolvió asesinar a los dos zares y a Sofía y a las demás princesas y a todos cuantos estuvieron relacionados con la familia imperial. Los zares y las princesas se vieron obligados a retirarse al monasterio de la Trinidad, a doce leguas de Moscú. Este era a la vez un convento, un palacio y una fortaleza, como Monte Cassino, Corbie, Fulda, Kempten y tantos otros de los cristianos del rito latino. Este monasterio de la Trinidad perteneció a los monjes basilios; está rodeado de anchos fosos y de murallas de ladrillos provistas de numerosa artillería. Los monjes poseían cuatro leguas de terreno a la redonda. La familia imperial estaba allí segura,

más todavía por la fuerza que por la santidad del lugar.

1682.—Desde allí, Sofía negoció con el rebelde, le engañó, le atrajo a la mitad de camino y le hizo cortar la cabeza, así como a uno de sus hijos y a treinta y siete strelitz que le acompañaban.

El cuerpo de los strelitz, al recibir esta noticia, se apresta a ir en son de guerra al convento de la Trinidad; amenaza con exterminarlo todo; la familia imperial se fortifica; los boyardos arman a sus vasallos; todos los hidalgos acuden; una guerra civil sangrienta comenzaba. El patriarca apaciguó un poco a los strelitz; las tropas que venían contra ellos de todas partes los intimidaron; en fin, pasaron del furor al miedo, y del miedo a la más ciega sumisión, cambio corriente en las muchedumbres. Tres mil setecientos de los suyos, seguidos de sus mujeres y sus hijos, se pusieron una cuerda al cuello y partieron en este estado al convento de la Trinidad, que tres días antes querían reducir a cenizas. Estos desgraciados se rindieron ante el monasterio, llevando cada dos un tajo y un hacha; se prosternaron en tierra y esperaron su suplicio: se les perdonó. Se volvieron a Moscú bendiciendo a sus soberanos y prestos, sin saberlo, a renovar sus atentados a la primera ocasión.

Después de estas convulsiones, el Estado volvió a tomar un aspecto tranquilo. Sofía tuvo siempre la autoridad principal, abandonando a Iván a su incapacidad y teniendo a Pedro bajo tutela. Para

aumentar su poder, lo compartió con el príncipe Basilio Gallitzin, a quien hizo generalísimo, administrador del Estado y guardasellos: hombre superior en todo orden a cuanto existía entonces en esta corte tormentosa, culto, elevado, no teniendo más que grandes proyectos, más instruído que ningún ruso, porque había recibido mejor educación; hasta poseyendo la lengua latina, casi totalmente ignorada en Rusia; hombre de un espíritu activo, laborioso, de un genio superior a su siglo, y capaz de transformar a Rusia, si tuviese tiempo y poder como tenía voluntad. Este es el elogio que hace de él La Neuville, diplomático por entonces de Polonia en Rusia, y los elogios de los extranjeros son los menos sospechosos.

Este ministro reprimió a la milicia de los strelitz distribuyendo los más revoltosos en regimientos en Ucrania, en Kazan, en Siberia. Fué bajo su administración cuando Polonia, durante mucho tiempo rival de Rusia, renunció en 1686 a todas sus pretensiones sobre las grandes provincias de Smolensko y Ucrania. Fué el primero que hizo enviar, en 1687, un embajador a Francia, país que estaba desde hacía veinte años en todo su esplendor por las conquistas y las nuevas posesiones de Luis XIV, por su magnificencia y, sobre todo, por la perfección de las artes, sin las cuales no se tiene más que mucha extensión, pero no verdadera gloria. Francia no había tenido todavía ninguna relación con Rusia, no se la conocía, y la Academia de Inscripciones conmemoró

con una medalla esta embajada, como si hubiese venido de las Indias; pero, a pesar de la medalla, el embajador Dolgorouki fracasó; sufrió asimismo violentos disgustos por la conducta de sus criados; se consideró lo mejor tolerar sus faltas; pero la corte de Luis XIV no podía prever entonces que Rusia y Francia contarían un día entre sus ventajas la de estar estrechamente aliadas.

El Estado estaba entonces tranquilo interiormente, siempre oprimido del lado de Suecia, pero extendido del lado de Polonia, su nueva aliada; continuamente en alarma hacia la Tartaria Crimea y en una semiinteligencia con la China respecto a las fronteras.

Lo que resultaba más intolerable a este imperio, y lo que mostraba bien que no había conseguido todavía una administración vigorosa y regular, era que el kan de los tártaros de Crimea exigía un tributo anual de sesenta mil rublos, como el que Turquía había impuesto a Polonia.

La Tartaria Crimea es este mismo Quersoneso Taúrico, célebre en otro tiempo por el comercio de los griegos y más aún por sus fábulas, comarca fértil y siempre bárbara, llamada Crimea, del título de los primeros kans, que se llamaban *crim* antes de las conquistas de los hijos de Gengis.

1687-1688.—Para eximirse y vengarse de la vergüenza de un tributo semejante, el primer ministro, Gallitzin, fué él mismo a Crimea a la cabeza de un numeroso ejército. Estos ejércitos no se parecían en nada a los que el gobierno sostie-

ne hoy; nada de disciplina ni de semejanza con un regimiento bien armado; nada de uniformes, nada de regularidad: una milicia en verdad dura para el trabajo y la escasez, pero una profusión de equipajes que no se ve ni aun en nuestros campos, donde reina el lujo. El número prodigioso de carros que llevaban municiones y víveres por países devastados y desiertos perjudicó a las campañas de Crimea. Se encontraron en vastas soledades sobre el río Samara sin almacenes. Gallitzin hizo en estos desiertos lo que yo creo que no se ha hecho en ninguna parte: empleó treinta mil hombres en edificar sobre el Samara una ciudad que pudiese servir de depósito para la campaña próxima; fué empezada en este año y terminada en tres meses al año siguiente, toda de madera, es verdad, con dos casas de ladrillo y murallas de césped, pero provista de artillería y en estado de defensa.

Esto es todo lo que se hizo de notable en esta ruinosa expedición. Entre tanto, Sofía reinaba; Iván no tenía más que el nombre de zar, y Pedro, de diez y siete años de edad, tenía ya valor para serlo. El enviado de Polonia, La Neuville, residente entonces en Moscú y testigo ocular de lo que pasó, supone que Sofía y Gallitzin indujeron al nuevo jefe de los strelitz a sacrificar al joven zar; parece, por lo menos, que seiscientos de estos strelitz debían apoderarse de su persona. Los documentos secretos que la Corte de Rusia me ha confiado aseguran que se había tomado la deter-

minación de matar a Pedro I; el golpe iba a ser descargado y Rusia privada para siempre de la nueva existencia que después ha recibido. El zar se vió también obligado a salvarse en el convento de la Trinidad, refugio ordinario de la Corte, amenazada por la soldadesca. Allí convoca a los boyardos de su partido, reúne un ejército, hace hablar al capitán de los strelitz, llama a algunos alemanes establecidos en Moscú desde mucho tiempo antes, todos adictos a su persona, porque ya favorecía a los extranjeros. Sofía e Iván, que permanecen en Moscú, conjuran al cuerpo de los strelitz a conservarse fieles; pero el partido de Pedro, que se lamentaba de un atentado meditado contra su persona y contra su madre, vence al de una princesa y un zar cuyo solo aspecto rechazaba los corazones. Todos los cómplices fueron castigados con una severidad a la cual el país estaba tan acostumbrado como a los atentados; algunos fueron decapitados después de haber sufrido el suplicio del knout o de las varas. El jefe de los strelitz pereció de esta manera; se cortó la lengua a otros de quienes se sospechaba. El príncipe Gallitzin, que tenía uno de sus parientes con el zar Pedro, consiguió salvar la vida; pero despojado de todos sus bienes, que eran inmensos, fué desterrado al camino de Arcángel. La Neuville, presente a toda esta catástrofe, dice que se pronunció la sentencia de Gallitzin en estos términos: "Se ha ordenado por el muy clemente zar que se te envíe a Karga, ciudad del Polo, y



que permanezcas allí el resto de tus días. La extrema bondad de Su Majestad te concede tres sueldos diarios."

No hay ciudad alguna en el Polo. Karga está a los sesenta y dos grados de latitud, seis grados y medio solamente más al Norte que Moscú. El que hubiese pronunciado esta sentencia habría sido un mal geógrafo; es de suponer que La Neuville fué engañado por un informe infiel.

1689.—En fin: la princesa Sofía fué conducida a su monasterio de Moscú después de haber reinado tanto tiempo; este cambio era un suplicio ya bastante grande.

Desde este momento, Pedro reinó. Su hermano Iván no tuvo otra participación en el gobierno que la de ver su nombre en los actos públicos; llevó una vida puramente privada, y murió en 1696.

## CAPITULO VI

Reinado de Pedro I.—Comienzo de la gran reforma.

Pedro el Grande era de alta estatura, aire libre y desembarazado, bien formado, el rostro noble, ojos vivos, un temperamento robusto, apto para todos los ejercicios y todos los trabajos; su espíritu era justo, que es la base de todos los verdaderos talentos; y este espíritu de justicia se mezclaba con una inquietud que le llevaba a

emprenderlo todo y a realizarlo todo. Su educación distó mucho de ser digna de su genio: el interés de la princesa Sofía estaba principalmente en recluirle en la ignorancia y abandonarle a los extravíos que la juventud, la ociosidad, la costumbre y su jerarquía le concedían con exceso. Sin embargo, había contraído matrimonio recientemente, casándose, como todos los demás zares, con una de sus súbditas, hija del coronel Lapuchin; pero como era muy joven, y no habiendo obtenido del trono durante algún tiempo más prerrogativa que la de entregarse a sus placeres, los serios lazos del matrimonio no le retuvieron bastante. Los placeres de la mesa con algunos extranjeros, atraídos a Moscú por el ministro Gallitzin, no permitían augurar que llegaría a ser un reformador; sin embargo, a pesar de los malos ejemplos, y aun a pesar de los placeres, se ocupaba en el arte militar y en el gobierno; se podía ya reconocer en él el germen de un gran hombre.

Menos aún se sospecharía que un príncipe dominado por un temor maquinal, que llegaba hasta el sudor frío y las convulsiones cuando necesitaba atravesar un arroyo, llegaría un día a ser el mejor marino del Norte. Comenzó por dominar su naturaleza arrojándose al agua, a pesar de su horror por este elemento; la aversión llegó a trocarse en un gusto dominante.

La ignorancia en que se le educó le hacía enrojecer. Aprendió por sí mismo, y casi sin maes-

tro, bastante alemán y holandés para explicarse y para escribir inteligiblemente en estas dos lenguas. Los alemanes y los holandeses eran para él los pueblos más civilizados, puesto que los unos cultivaban ya en Moscú algunas artes de las que él quería hacer nacer en su imperio, y los otros sobresalían en la marina, que consideraba como el arte más necesario.

Tales eran sus cualidades, a pesar de las inclinaciones de su juventud. Entre tanto, tenía siempre rebeliones que temer, el humor turbulento de los strelitz que reprimir, y una guerra casi continua contra los tártaros de Crimea que sostener. Esta guerra había terminado en 1689, por una tregua que no duró sino muy poco tiempo.

En este intervalo, Pedro se fortificó en el propósito de atraer las artes a su patria.

Su padre, Alejo, había tenido ya las mismas miras; pero ni la fortuna ni el tiempo le secundaron; transmitió su genio a su hijo, pero más desarrollado, más vigoroso, más obstinado en las dificultades.

Alejo había hecho venir de Holanda, a costa de grandes gastos, al constructor Bothler (1), patrón de barco, con carpinteros y marineros, que construyeron en el Volga una gran fragata y un yate; descendieron por el río hasta Astracán; se les debía ocupar en navíos que se iban a cons-

---

(1) Memorias de Petersburgo y de Moscú.

truir para comerciar ventajosamente con Persia por el mar Caspio. Entonces fué cuando estalló la revolución de Stenko-Rasin. Este rebelde hizo destruir los dos navíos, que, por su interés, debió haber conservado; asesinó al capitán; el resto de la tripulación se salvó en Persia, y de allí ganó las tierras de la compañía holandesa de las Indias. Un maestro carpintero, buen constructor, permaneció en Rusia, y allí estuvo mucho tiempo ignorado.

Un día, paseándose Pedro en Ismael-of, una de las casas de recreo de su abuelo, percibió, entre algunas rarezas, una pequeña chalupa inglesa que estaba completamente abandonada; preguntó al alemán Timmerman, su maestro de matemáticas, por qué aquel barco pequeño estaba construido de distinta manera que los que él había visto sobre el Moscova. Timmerman le respondió que estaba hecho para ir a velas y a remos. El joven príncipe quiso incontinenti hacer la prueba; pero era preciso carenarlo, repararlo; se encontró a este mismo constructor Brant; vivía retirado en Moscú; puso en buen estado la chalupa y la hizo navegar por el río de Yauza, que baña los arrabales de la ciudad.

Pedro hizo transportar su chalupa a un gran lago, en las inmediaciones del monasterio de la Trinidad; hizo construir por Brant dos fragatas y tres yates, y él mismo fué su piloto. En fin: mucho tiempo después, en 1694, fué a Arcángel, y habiendo hecho construir un pequeño navío en este

puerto por el mismo Brant, se embarcó en el mar Glacial, que ningún soberano había visto antes que él; iba escoltado por un buque de guerra holandés, mandado por el capitán Jolson y seguido de todos los navíos mercantes llegados a Arcángel. En el momento empezó a aprender la maniobra, y, a pesar del apresuramiento de los cortesanos en imitar a su señor, él fué el único que la aprendió.

El formar un ejército de tierra adicto y disciplinado no era menos difícil que crear una flota. Sus primeros ensayos de marina en un lago antes de su viaje a Arcángel parecían solamente entretenimientos de la infancia del hombre de genio, y sus primeras tentativas para formar tropas no parecieron tampoco más que un juego. Esto ocurría durante la regencia de Sofía, y si se hubiese sospechado lo serio de este juego hubiese podido costarle caro.

Depositó su confianza en un extranjero; fué éste el célebre Le Fort, de una noble y antigua familia del Piamonte, trasplantada desde unos dos siglos antes a Génova, donde había ocupado los principales cargos. Se le quiso educar para el comercio, lo único que devolvió importancia a esta ciudad, en otro tiempo conocida por la controversia.

Su genio, que le llevaba a más altas empresas, le hizo abandonar la casa paterna a la edad de catorce años; sirvió cuatro meses, en calidad de cadete, en la ciudadela de Marsella; de allí pasó a Holanda, sirvió algún tiempo como voluntario,

y fué herido en el sitio de Grave, sobre el Mosa, ciudad bastante fuerte, que el príncipe de Orange, después rey de Inglaterra, había recuperado a Luis XIV en 1674. Buscando en seguida su progreso por dondequiera que la esperanza le guiaba, se embarcó en 1675 con un coronel alemán, llamado Verstin, que había sido encargado por el zar Alejo, padre de Pedro, de la comisión de reclutar algunos soldados en los Países Bajos y conducirlos al puerto de Arcángel. Pero al llegar a él, después de haber sufrido todos los peligros del mar, el zar Alejo no existía; el Gobierno había cambiado; Rusia estaba trastornada; el gobernador de Arcángel dejó mucho tiempo a Verstin, Le Fort y a toda su tropa en la mayor miseria, y les amenazó con enviarles al interior de la Siberia; cada uno se salvó como pudo. Le Fort, careciendo de todo, fué a Moscú y se presentó al residente de Dinamarca, llamado Horn, que le hizo su secretario; aprendió la lengua rusa; algún tiempo después, encontró un medio de ser presentado al zar Pedro. El hermano mayor, Iván, no era lo que él necesitaba; a Pedro le gustó, y le dió primeramente una compañía de infantería. Apenas si Le Fort había servido; no era instruído; no había estudiado a fondo ningún arte, pero había visto mucho, con el talento de saber ver bien; su conformidad con el zar se debía toda a su genio; sabía además el alemán y el holandés, que Pedro aprendía, como lenguas de dos naciones que podían ser útiles a sus proyectos. Todo contribuía

a hacerse agradable a Pedro; se unió a él; los placeres iniciaron su favor, y el talento lo confirmó; fué el confidente del proyecto más peligroso que un zar pudo formar: el de ponerse en situación de licenciar un día sin peligro la milicia sediciosa y bárbara de los strelitz. La vida le había costado al gran sultán o padishá Osmán el haber querido reformar los genízaros. Pedro, a pesar de lo joven que era, se condujo en esto con más habilidad que Osmán. Formó primeramente en su casa de campo Preobazinsky una compañía de cincuenta de sus criados más jóvenes; algunos hijos de boyardos fueron escogidos para ser oficiales; pero, para enseñar a estos boyardos una subordinación que no conocían, les hizo pasar por todos los grados, y él mismo dió el ejemplo sirviendo primero como tambor, después soldado, sargento y teniente en la compañía. Nada más extraordinario ni más útil. Los rusos habían hecho siempre la guerra como nosotros la hacíamos en la época del gobierno feudal, cuando señores sin experiencia conducían al combate a vasallos sin disciplina y mal armados; método bárbaro, suficiente contra ejércitos análogos, impotente contra tropas regulares.

Esta compañía, que había creado Pedro solo, fué bien pronto numerosa, y vino a ser después el regimiento de guardias Preobazinski. Otra compañía, formada tomando a ésta por modelo, se convirtió en el otro regimiento de guardias Semenouski.

Había ya un regimiento de cinco mil hombres, con el cual se podía contar, formado por el general Gordon, escocés, y compuesto casi todo entero por extranjeros. Le Fort, que había profesado las armas poco tiempo, pero que era capaz de todo, se encargó de reclutar un regimiento de doce mil hombres, y llegó a conseguirlo; cinco coroneles fueron puestos bajo su mando; él se encontró de repente general de este pequeño ejército, creado, en efecto, contra los strelitz tanto como contra los enemigos del Estado.

Lo que se debe notar (1), y lo que destruye el error temerario de los que pretenden que la revocación del edicto de Nantes y sus consecuencias habían costado pocos hombres a Francia, es que el tercio de este ejército, llamado regimiento, estaba compuesto de franceses refugiados. Le Fort ejercitó a su nueva tropa como si él no hubiese tenido nunca otra profesión.

Pedro quiso ver una de las imágenes de la guerra, uno de esos simulacros cuyo uso empezaba a introducirse en tiempo de paz. Se construyó un fuerte que una parte de sus nuevas tropas debía defender y que la otra debía atacar. La diferencia entre este simulacro y los otros consistió en que en lugar de la imagen de un combate (2) se dió un combate real, en el cual hubo soldados muertos y muchos heridos. Le Fort, que dirigía el ataque, recibió una importante herida. Estos

---

(1) Manuscritos del general Le Fort.

(2) Manuscritos del general Le Fort.



juegos sangrientos debían aguerrir a las tropas; sin embargo, eran precisos grandes trabajos, y hasta grandes desgracias, para llegar al final. El zar combinó estas fiestas guerreras con los cuidados que él concedía a la marina; y así como había hecho a Le Fort general de tierra sin que hubiese mandado todavía, le hizo también almirante sin que jamás hubiese gobernado un navío; pero él le creía digno de lo uno y lo otro. Es verdad que este almirante estaba sin escuadra y que este general no tenía más ejército que su regimiento.

Se reformaba poco a poco el gran abuso de los militares, esta independencia de los boyardos, que traían al ejército las milicias de sus campesinos; esta era la verdadera organización de los francos, de los hunos, de los godos y de los vándalos, pueblos vencedores del imperio romano en su decadencia y que hubiesen sido exterminados si hubiesen tenido que combatir con las antiguas legiones romanas disciplinadas o con ejércitos tales como los de nuestros días.

Bien pronto el almirante Le Fort dejó de tener un título completamente vano; hizo construir por holandeses y venecianos grandes barcas y hasta dos navíos con cerca de treinta cañones en la embocadura del Veronisa, que se vierte en el Tanais; estos barcos podían descender por el río y tener en jaque a los tártaros de Crimea. Las hostilidades con estos pueblos se renovaban todos los días. El zar tenía que escoger en 1689, entre Turquía, Suecia y la China, a quién hacer la guerra. Es

preciso comenzar por hacer ver en qué estado se encontraba con la China y cuál fué el primer tratado de paz que hicieron los chinos.

## CAPITULO VII

### Congreso y tratado con los chinos (1).

Primeramente se debe indicar cuáles eran los límites del imperio chino y del imperio ruso. Después de salir de la Siberia propiamente dicha y de haber dejado lejos, hacia el Sur, cien hordas de tártaros, calmuco blancos, calmuco negros, mongoles mahometanos, mongoles llamados idólatras, se avanza hacia el grado ciento treinta de longitud y al cincuenta y dos de latitud sobre el río Amur o Amor. Al norte de este río hay una gran cadena de montañas que se extiende hasta el mar Glacial más allá del círculo polar. Este río, que corre por espacio de quinientas leguas en la Siberia y en la Tartaria China, va a perderse después de tantos rodeos en el mar de Kamtchatka. Se asegura que en su desembocadura en este mar se pesca alguna vez un pez monstruoso, mucho más grande que el hipopótamo del Nilo, y cuya mandíbula es de un marfil muy duro y perfecto. Se supone que este marfil constituía

---

(1) Tomado de los documentos enviados de la China, de los de Petersburgo y de las cartas reproducidas en la historia de la China, compilada por Du Halde.

en otro tiempo un objeto de comercio que se transportaba por la Siberia, y ésta es la razón por la cual se encuentran todavía algunos trozos enterados en los campos. Es este marfil fósil del que hemos hablado ya; pero se pretende que antiguamente hubo elefantes en Siberia y que los tártaros, vencedores de los indios, condujeron a la Siberia varios de estos animales, cuyos huesos se han conservado en la tierra.

El río Amor es llamado el río Negro por los tártaros manchúes, y el río del Dragón por los chinos.

En este país (1), desconocido durante tanto tiempo, es en donde la China y Rusia se disputan los límites de sus imperios. Rusia poseía algunos fuertes hacia el río Amor, a trescientas leguas de la gran muralla. Se rompieron muchas veces las hostilidades entre los chinos y los rusos con motivo de estos fuertes; al fin, los dos Estados entendieron mejor sus intereses; el emperador Cam-hi prefirió la paz y el comercio a una guerra inútil. Envió siete embajadores a Nipchou, uno de estos establecimientos. Estos embajadores llevaban cerca de diez mil hombres consigo, contando su escolta. Ese era el fausto asiático; pero lo que es muy notable es que no había ejemplo alguno en los anales del imperio de una embajada enviada a otra potencia; lo que es también único es que los chinos jamás habían hecho un tratado de paz desde la fundación de su imperio. Dos veces

---

(1) Memorias de los jesuitas Pereira y Gerbillon.

subyugados por los tártaros, que los atacaron y los dominaron, no hicieron nunca la guerra a ningún pueblo, excepto a algunas hordas, o bien pronto subyugadas o presto abandonadas a sí mismas, sin ningún tratado. Así, esta nación, tan renombrada por la moral, no conocía lo que nosotros llamamos *derecho de gentes*, es decir: las reglas inciertas de la guerra y la paz, los derechos de los ministros públicos, las fórmulas de los tratados, las obligaciones que de ellos derivan, las disputas sobre la preferencia y el punto de honor.

¿En qué lengua, por lo demás, podían tratar los chinos con los rusos en medio de los desiertos? Dos jesuítas, uno portugués, llamado Pereira; el otro, francés, llamado Gerbillon, salidos de Pequín con los embajadores chinos, les allanaron todas las nuevas dificultades y fueron los verdaderos mediadores. Trataron en latín con un alemán de la embajada rusa que sabía esta lengua. El jefe de la embajada rusa era Gollovín, gobernador de Siberia; ostentó mayor magnificencia que los chinos, y por ello dió una noble idea de su imperio a aquellos que se creían los únicos poderosos sobre la tierra. Los dos jesuítas demarcaron los límites de los dos dominios; fueron llevados al río Kerbechi, cerca del lugar donde se negociaba. El sur quedó para los chinos; el norte, para los rusos. A éstos no les costó más que una pequeña fortaleza, que se encontró construída más allá de los límites; se juró una paz eterna, y, después de algunas discusiones, los rusos y

los chinos la juraron (1), en nombre del mismo Dios, en estos términos: "Si alguien tiene alguna vez el pensamiento secreto de volver a encender el fuego de la guerra, rogamos al soberano Señor de todas las cosas, que conoce los corazones, castigue a estos traidores con una muerte inmediata."

Esta fórmula, común a chinos y a cristianos, puede hacer conocer dos cosas importantes: la primera, que el gobierno chino no es ni ateo ni idólatra, como se ha reprochado tan frecuentemente por imputaciones contradictorias; la segunda, que todos los pueblos que cultivan su razón reconocen en efecto al mismo Dios, a pesar de todos los extravíos de esta razón mal instruída. El tratado fué redactado en latín, en dos ejemplares. Los embajadores rusos firmaron también la suya los primeros, según la costumbre de las naciones de Europa que tratan de Corona a Corona. Se observó otra costumbre de las naciones asiáticas y de las primitivas edades del mundo conocido; el tratado fué grabado sobre dos grandes mármoles, que fueron colocados para servir de lindes a los dos imperios (2). Tres años después, el zar envió al dinamarqués Ilbrand Ide en embajada a la China, y el comercio establecido subsistió después con utilidad hasta una ruptura entre Rusia y la China, en 1722; pero después de esta interrupción volvió a recobrar nuevo vigor.

(1) 1689, 8 septiembre, nuevo cómputo. Memorias de la China.

(2) Estos dos mármoles no existieron nunca, si se cree al autor de la nueva historia de Rusia.

## CAPITULO VIII

Expedición hacia el Palus-Meotide.—Conquista de Azof.—El zar envía jóvenes a instruirse a los países extranjeros.

No fué tan sencillo conseguir la paz con los turcos: parecía llegado el momento de elevarse sobre sus ruinas. Venecia, oprimida por ellos, comenzaba a levantarse. El mismo Morosini, que había entregado Candía a los turcos, les tomaba el Peloponeso, y esta conquista le valió el título de *Peloponesíaco*, honor que recordaba los tiempos de la república romana. El emperador de Alemania, Leopoldo, conseguía algunos triunfos contra el imperio turco en Hungría, y los polacos rechazaban al menos las correrías de los tártaros de Crimea.

Pedro aprovechó estas circunstancias para aguerrir a sus tropas y para conseguir, si podía, el imperio del mar Negro (1694). El general Gordon marchó a lo largo del Tanais, hacia Azof, con su gran regimiento de cinco mil hombres; el general Le Fort, con el suyo de doce mil; un cuerpo de strelitz, mandado por Sheremeto (1) y Shein, oriundo de Prusia; un cuerpo de cosacos y un gran tren de artillería; todo fué preparado para esta expedición.

Este gran ejército avanzó bajo las órdenes del

---

(1) Sheremetow o Sheremetof, o, según otra ortografía, Czeremetoff.

mariscal Sheremeto, al principio del verano de 1695, hacia Azof, a la desembocadura del Tanaís y a la extremidad del Palus-Meotide, que hoy se llama el mar de Zabache. El zar estaba en el ejército, pero en calidad de voluntario, queriendo durante mucho tiempo aprender antes de mandar. Durante la marcha se tomaron por asalto dos torres que los turcos habían construido en las dos orillas del río.

La empresa era difícil; la plaza, bastante bien fortificada, estaba defendida por una numerosa guarnición. Grandes barcas, semejantes a las turcas, construídas por venecianos, y dos pequeños buques de guerra holandeses, salidos de la Veronisa, no estuvieron preparados bastante pronto, y no pudieron entrar en el mar de Azof. En todo comienzo se tropieza siempre con obstáculos. Los rusos no habían hecho todavía un sitio regular. Este ensayo no fué, desde luego, feliz.

Un tal Jacob, natural de Danzig, dirigía la artillería, bajo las órdenes del general Shein; pues apenas había más que extranjeros para los principales cargos de artilleros e ingenieros, como para pilotos. Este Jacob fué condenado al castigo de las varas por su general Shein, prusiano. El mando entonces parecía fortalecido por estos rigores. Los rusos se sometían a ellos a pesar de su inclinación a las sediciones, y después de estos castigos servían como de ordinario. El de Danzig pensaba de otro modo; quiso vengarse; clavó el cañón, huyó a Azof, abrazó la religión mulsuma-

na y defendió la plaza con buen éxito. Este ejemplo muestra que el sentimiento humanitario que se observa hoy en Rusia es preferible a las antiguas crueldades y ata más al deber a los hombres que, con una educación afortunada, han adquirido sentimientos de honor. El rigor extremo era entonces necesario para el pueblo bajo; pero, al cambiar las costumbres, la emperatriz Isabel acabó con la clemencia la obra que su padre comenzó con las leyes. Esta indulgencia ha sido llevada todavía a un punto del que no hay ejemplo en la historia de ningún pueblo. Aquélla había prometido que durante su reinado nadie sería castigado con la muerte, y cumplió su promesa. Fué la primer soberana que respetó así la vida de los hombres. Los malhechores fueron condenados a las minas, a las obras públicas; sus castigos han resultado útiles al Estado, institución tan sabia como humana. En todas partes, además, no se sabía sino matar a un criminal con solemnidad, sin haber impedido nunca los crímenes. El terror de la muerte hace menos impresión acaso sobre los criminales, la mayor parte holgazanes, que el temor de un castigo y de un trabajo penoso que renacen todos los días.

Para volver al sitio de Azof, defendida de aquí en adelante por el mismo hombre que había dirigido los ataques, se intentó en vano un asalto, y después de haber perdido mucha gente se vieron obligados a levantar el sitio.

La constancia en toda empresa constituía el



carácter de Pedro. Volvió a llevar un ejército más considerable todavía contra Azof en la primavera de 1696. El zar Iván, su hermano, acababa de morir. Aunque su autoridad no había estado nunca mermada por Iván, que no tenía de zar más que el nombre, siempre lo estaba algo, solamente por las conveniencias. Los gastos de la casa de Iván se dedicaron a su muerte al sostenimiento del ejército; era una ayuda para un Estado que no tenía entonces rentas tan grandes como hoy. Pedro escribió al emperador Leopoldo, a los Estados generales, al elector de Brandeburgo, para obtener ingenieros, artilleros, gente de mar. Alistó a sueldo a los calmucos, cuya caballería es muy útil contra la de los tártaros de Crimea.

El éxito más lisonjero para el zar fué el de su pequeña escuadra, que, al fin, estuvo completa y bien gobernada. Esta derrotó a los barcos turcos enviados de Constantinopla y tomó algunos de ellos. El sitio fué estrechándose con regularidad por medio de trincheras, no enteramente con arreglo a nuestro método; las trincheras eran tres veces más profundas, y los parapetos tenían altas murallas. Al fin, los sitiados rindieron la plaza el 28 de julio, nuevo cómputo, sin honores de guerra, sin llevar armas ni municiones, y se obligaron a entregar el desertor Jacob a los sitiadores.

El zar se propuso primeramente, fortificando a Azof, cubriéndola de fuertes, construyendo un puerto capaz de contener los mayores navíos, ha-

cerse dueño del estrecho de Caffa, de este Bósforo cimeriano, que da entrada al Ponto Eusino, lugares célebres antiguamente por los armamentos de Mitridates. Dejó treinta y dos barcos armados ante Azof (1) y preparó todo para organizar contra los turcos una flota de nueve navíos de sesenta cañones y cuarenta y uno de treinta a cincuenta piezas de artillería. Exigió que los principales señores, los más ricos comerciantes, contribuyesen a este armamento; y creyendo que los bienes de los eclesiásticos debían servir a la causa común, obligó al patriarca, a los obispos, a los archimandritas, a pagar de su dinero este nuevo esfuerzo que él hacía por el honor de su patria y el beneficio de la cristiandad. Se hizo construir por los cosacos barcos ligeros, a los que están acostumbrados, y que pueden costear fácilmente las orillas de Crimea. Turquía debía estar alarmada con tal armamento, el primero que se intentó sobre el Palus-Meotide. El proyecto era expulsar para siempre a los tártaros y los turcos de Crimea y establecer en seguida un gran comercio fácil y libre con Persia por la Georgia. Es el mismo comercio que hicieron antiguamente los griegos en Colcos y en este Quersoneso taúrico, que el zar parecía deber someter.

Vencedor de los turcos y de los tártaros, quiso acostumbrar a su pueblo a la gloria como a los trabajos. Hizo entrar en Moscú a su ejército bajo arcos de triunfo, en medio de fuegos de ar-

---

(1) Memorias de Le Fort.

tificio y de todo lo que podía embellecer esta fiesta. Los soldados que habían combatido sobre los barcos venecianos contra los turcos, y que constituían una tropa aparte, marchaban los primeros. El mariscal Sheremeto, los generales Gordon y Shein, el almirante Le Fort, los demás oficiales generales, precedieron en esta ceremonia al soberano, quien decía no tener aún categoría en el ejército, y quien quería con este ejemplo mostrar a toda la nobleza que es preciso merecer los grados militares para gozar de ellos.

Este triunfo parecía tener alguna cosa de los antiguos romanos; se parecía, sobre todo, en que los vencedores exponían en Roma a los vencidos a las miradas del pueblo y los entregaban alguna vez a la muerte; los esclavos hechos en esta expedición seguían al ejército, y aquel Jacob que lo había traicionado era llevado en un carro, sobre el cual se había levantado una horca, a la que fué en seguida conducido, después de haber sufrido el suplicio de la rueda.

Se acuñó entonces la primer medalla en Rusia. La leyenda, rusa, es notable: "Pedro I, emperador de Moscovia, siempre agosto." En el reverso está Azof, con estas palabras: "Vencedor a través de las llamas y de los mares."

Pedro estaba afligido, en medio de este éxito, por ver sus navíos y sus galeras del mar de Azof construídas únicamente por manos extranjeras. Tenía además tantos deseos de tener un puerto sobre el mar Báltico como sobre el Ponto Eusino.

En el mes de marzo de 1697 envió sesenta rusos jóvenes del regimiento de Le Fort a Italia, la mayor parte a Venecia, algunos a Liorna, para aprender allí todo lo relativo a la marina y a la construcción de galeras; hizo partir a otros cuarenta (1) a instruirse en Holanda en la fábrica y maniobra de los grandes navíos; otros fueron enviados a Alemania para servir en el ejército de tierra y para formarse en la disciplina alemana. En fin: resolvió alejarse durante algunos años de sus Estados con el intento de aprender a gobernarlos mejor. No podía resistir al violento deseo de instruirse por sus ojos, y aun por sus manos, en la marina y en las artes, que quería establecer en su patria. Se propuso viajar de incógnito por Dinamarca, Brandeburgo, Holanda, Viena, Venecia y Roma. Solamente Francia y España no entraron en su plan: España, porque esas artes que él buscaba estaban en ella demasiado descuidadas, y Francia, porque en ella reinaban con demasiado fausto, y la altura de Luis XIV, que había sorprendido a tantos potentados, convenía mal a la sencillez con que pensaba hacer sus viajes. Además, estaba ligado con la mayoría de las potencias a que pensaba ir, excepto con Francia y con Roma. Se acordaba también, con algún despecho, de las escasas atenciones que Luis XIV había tenido para con la embajada de 1687, que no consiguió tan buen éxito como celebridad, y, por

---

(1) Manuscritos del general Le Fort.

último, era ya partidario de Augusto, elector de Sajonia, a quien el príncipe de Conti disputaba la corona de Polonia.

## CAPITULO IX

### Viajes de Pedro el Grande.

Formado el proyecto de ver tantos Estados y Cortes como un simple particular, se colocó él mismo en el séquito de tres embajadores, como se había puesto en el de sus generales a su entrada triunfal en Moscú (1).

Los tres embajadores eran el general Le Fort, el boyardo Alejo Gollovin, comisario general de guerra y gobernador de la Siberia, el mismo que había firmado el tratado de paz perpetua con los plenipotenciarios de la China en las fronteras de este imperio, y Vonitzin, diak o secretario de Estado, durante mucho tiempo empleado en las Cortes extranjeras. Cuatro primeros secretarios, doce gentileshombres, dos pajes para cada embajador, una compañía de cincuenta guardias con sus oficiales, todos del regimiento Preobazinsky, componían el séquito principal de esta embajada; había en total doscientas personas, y el zar, reservándose por todo servicio un ayuda de cámara, un lacayo de librea y un enano, se confundía en el montón. Era ésta una cosa inaudita en la

---

(1) Memorias de Petersburgo y Memorias de Le Fort.

historia del mundo: un rey de veinticinco años que abandonaba sus Estados para aprender a reinar mejor. Su victoria sobre los turcos y los tártaros, el esplendor de su entrada triunfal en Moscú, las numerosas tropas extranjeras afectas a su servicio, la muerte de Iván, su hermano; la clausura de la princesa Sofía, y, sobre todo, el respeto general a su persona, debían garantizarle la tranquilidad de sus Estados durante su ausencia. Confió la regencia al boyardo Strechnef y al knes Romadonoski, quienes debían, en los asuntos importantes, deliberar con otros boyardos.

Las tropas formadas por el general Gordon permanecieron en Moscú para asegurar la tranquilidad de la capital; los strelitz, que podían turbarla, fueron distribuídos por las fronteras de Crimea para conservar la conquista de Azof y para reprimir las incursiones de los tártaros. Habiendo así atendido a todo, se entregó a su afán de viajar y de instruirse.

Como este viaje fué la ocasión o el pretexto de la sangrienta guerra que durante tanto tiempo se atravesó en todos los grandes proyectos del zar y al fin los secundó; que destronó al rey Augusto de Polonia, dió la corona a Estanislao y se la quitó; que hizo del rey de Suecia, Carlos XII, el primero de los conquistadores durante nueve años y el más infortunado de los reyes durante otros nueve, es necesario, para entrar en los detalles de estos acontecimientos, describir aquí la situación de Europa en aquella época.

El sultán Mustafá II reinaba en Turquía. Su débil gobierno no hacía grandes esfuerzos ni contra el emperador Leopoldo de Alemania, cuyas armas triunfaban en Hungría, ni contra el zar, que acababa de arrebatarle Azof y amenazaba al Ponto Eusino, ni aun contra Venecia, que al fin se había apoderado de todo el Peloponeso.

Juan Sobieski, rey de Polonia, para siempre célebre por la victoria de Choczim y por la liberación de Viena, había muerto el 17 de junio de 1696; y esta corona fué disputada desde entonces por Augusto, elector de Sajonia, que la ganó, y por Armand, príncipe de Conti, que no consiguió sino el honor de ser elegido.

*Abril 1697.*—Suecia acababa de perder, con poco sentimiento, a Carlos XI, primer soberano verdaderamente absoluto en este país, padre de un rey que lo fué más aún, y con quienes se ha extinguido el despotismo. Dejó en el trono a Carlos XII, su hijo, de quince años de edad. Esta era una coyuntura favorable en apariencia a los proyectos del zar; podía extenderse sobre el golfo de Finlandia y hacia la Livonia. No había que inquietarse mucho por los turcos en el mar Negro; sus posesiones sobre el Palus-Meotide y hacia el mar Caspio no bastaban a sus proyectos de marina, de comercio y de poderío; la gloria misma, que todo reformador desea ardientemente, no estaba ni en Persia ni en Turquía; estaba en nuestra parte de Europa donde se inmortalizan los grandes talentos de todo género; en fin:

Pedro no quería introducir en sus Estados ni las costumbres turcas ni las persas, sino las nuestras.

Alemania, en guerra a la vez con Turquía y con Francia, teniendo por aliados a España, Inglaterra y Holanda, contra Luis XIV solo, se hallaba dispuesta a concluir la paz, y los plenipotenciarios estaban ya reunidos en el castillo de Ryswik, cerca de La Haya.

En estas circunstancias, Pedro y su embajada emprendieron su camino en el mes de abril de 1697, por Novgorod la grande; de allí viajaron por la Estonia y la Livonia, provincias disputadas antiguamente entre los rusos, los suecos y los polacos y ganadas al fin por Suecia por la fuerza de las armas.

La fertilidad de la Livonia, la situación de Riga, su capital, podían tentar al zar; tuvo, al menos, curiosidad por ver las fortificaciones de las ciudadelas. El conde de Alberg, gobernador de Riga, sospechó de esto; le rehusó esta satisfacción y pareció testimoniar pocas atenciones a la embajada. Esta conducta no sirvió para enfriar en el corazón del zar el deseo que podía concebir de ser algún día el dueño de estas provincias.

De la Livonia pasó a la Prusia brandeburguesa, una parte de la cual fué habitada por los antiguos vándalos; la Prusia polaca había sido comprendida en la Sarmacia europea; la brandeburguesa era un país pobre, poco poblado, pero donde el elector, que se hizo dar después el título de rey, ostentaba una magnificencia nueva y



ruinosa. Se preci6 de recibir a la embajada en su ciudad de Koenigsberg con un fausto regio. Por una y otra parte se hicieron los m6s magn6ficos regalos. El contraste entre el atavio franc6s que la corte de Berl6n afectaba, con las largas vestiduras asi6ticas de los rusos, sus gorros adornados con perlas y otras piedras preciosas, sus cimitarras pendientes de la cintura, hizo un efecto singular. El zar iba vestido a la alemana; un pr6ncipe de Georgia, que estaba con 6l, vestido a la moda persa, ostentaba otro g6nero de magnificencia; 6ste era el mismo que fu6 hecho prisionero en la jornada de Narva y que muri6 en Suecia.

Pedro despreciaba todo este fausto; habr6a que desear que hubiese despreciado igualmente los placeres de la mesa, en los que Alemania cifraba entonces su gloria. Fu6 (1) en uno de estos banquetes, demasiado a la moda entonces, tan peligrosos para la salud como para las costumbres, cuando sac6 su espada contra su favorito Le Fort; pero mostr6 luego tanto pesar por este arrebatado pasajero como el que Alejandro sinti6 por la muerte de Clitus. Pidi6 perd6n a Le Fort; dec6a que quer6a reformar su naci6n y no pod6a a6n reformarse a s6 mismo. El general Le Fort, en su manuscrito, alaba m6s a6n el fondo del car6cter del zar que lo que vitupera este exceso de c6lera.

La embajada pasa por la Pomerania, por Berl6n; una parte emprende su camino por Magde-

---

(1) Memorias manuscritas de Le Fort.

burgo; la otra, por Hamburgo, ciudad que su gran comercio convertía ya en poderosa, pero no tan opulenta y tan sociable como ha llegado a ser después. Vuelve hacia Minden; pasa a Westfalia, y al fin llega, por Cleves, a Amsterdam.

El zar llegó a esta ciudad quince días antes que la embajada; se instaló primeramente en la casa de la Compañía de las Indias; pero bien pronto escogió un pequeño alojamiento en los astilleros del Almirantazgo. Se puso un traje de piloto, y fué con esta ropa a la ciudad de Sardam, donde se construían entonces muchos más barcos aún que hoy. Esta ciudad es tan grande, tan poblada, tan rica y más limpia que muchas ciudades opulentas. El zar admiró esta multitud de hombres siempre ocupados, el orden, la exactitud de los trabajos, la celeridad prodigiosa en construir un navío y en proveerle de todos sus aparejos, y esta cantidad increíble de almacenes y máquinas que hacen el trabajo más fácil y más seguro. El zar comenzó por comprar una barca, a la que hizo con sus manos un mástil ensamblado, y en seguida trabajó en todas las partes de la construcción de un navío, llevando la misma vida de los artesanos de Sardam, vistiéndose, comiendo con ellos, trabajando en las forjas, en las cordelerías, en esos molinos que en cantidad prodigiosa circundan la ciudad, y en donde se asierra el pino y el roble, se extrae el aceite, se fabrica el papel, se hilan los metales dúctiles. Se hizo inscribir entre los carpinteros con el nombre de Pedro Mi-

gueloff; se le llamaba comúnmente maestro Pedro—Peterbas—, y los obreros, primeramente sobrecogidos por tener a un soberano de compañero, se acostumbraron familiarmente a ello.

Mientras que manejaba en Sardam el compás y el hacha le confirmaron la noticia de la escisión de Polonia y del doble nombramiento del elector Augusto y del príncipe de Conti. El carpintero de Sardam prometió inmediatamente treinta mil hombres al rey Augusto; daba desde su taller órdenes a su ejército de Ucrania, reunido contra los turcos.

*Julio 1697.*—Sus tropas, mandadas por el general Shein y por el príncipe Dolgorouki, acababan de alcanzar una victoria, cerca de Azof, sobre los tártaros y sobre un cuerpo de genízaros que el sultán Mustafá les había enviado. En cuanto a él, persistía en instruirse en más de un arte; iba de Sardam a Amsterdam a trabajar con el célebre anatómico Ruysch; hacía operaciones quirúrgicas, que en caso de necesidad podían ser útiles a sus oficiales o a sí mismo. Se instruía en la física natural en la casa del burgomaestre Vitsen, ciudadano siempre recomendable por su patriotismo y por el empleo de sus inmensas riquezas, que prodigaba como ciudadano del mundo, enviando a todo coste hombres hábiles a buscar lo que hubiese de más raro en todas las partes del universo, y fletando barcos a sus expensas para descubrir nuevas tierras.

Peterbas no suspendió sus trabajos más que

para ir a ver sin ceremonia, en Utrecht y en La Haya, a Guillermo, rey de Inglaterra y estatuder de las Provincias Unidas. El general Le Fort era el único extraño entre los dos monarcas. Asistió en seguida a la ceremonia de recepción de sus embajadores y a su audiencia; presentaron en su nombre a los diputados de los Estados seiscientas martas cibelinas de las más hermosas, y los Estados, además del regalo ordinario que hicieron a cada uno, de una cadena de oro y una medalla, les dieron tres carrozas magníficas. Recibieron las primeras visitas de todos los embajadores plenipotenciarios que estaban en el congreso de Ryswick, excepto de los franceses, a quienes no habían notificado su llegada, no solamente porque el zar era partidario del rey Augusto, contra el príncipe de Conti, sino porque el rey Guillermo, cuya amistad cultivaba, no quería la paz con Francia.

De regreso a Amsterdam, volvió a sus primeras ocupaciones, y acabó con sus manos un navío de sesenta cañones, que había comenzado, y que hizo partir para Arcángel, único puerto que entonces tenía sobre el Océano. No solamente hacía contratar a su servicio refugiados franceses, suizos y alemanes, sino que hacía partir artesanos de todo género para Moscú, y no enviaba más que a los que él mismo había visto trabajar. Fueron muy pocos los oficios y las artes en que no profundizó con detalle; se complacía sobre todo en reformar las cartas de los geógrafos, quienes colocaban entonces al azar todas las posiciones

de las ciudades y los ríos de sus Estados, poco conocidos. Se ha conservado la carta sobre la cual él mismo trazó la comunicación del mar Caspio y el mar Negro, que había proyectado de antemano, y de la cual había encargado a un ingeniero alemán llamado Brakel. La unión de estos dos mares era más fácil que la del Océano y el Mediterráneo, ejecutada en Francia; pero la idea de unir el mar de Azof y el Caspio asustaba entonces a la imaginación. Nuevas posesiones en este país le parecían tanto más convenientes cuanto que sus éxitos le daban nuevas esperanzas.

*11 agosto 1697.*—Sus tropas alcanzaron una victoria contra los tártaros bastante cerca de Azof, y aun, algunos meses después, tomaron la Ciudad de Oro, u Orkapi, que nosotros llamamos Precop. Estos éxitos sirvieron para hacerse respetar en adelante de los que lamentaban que un soberano abandonase sus Estados para ejercer oficios en Amsterdam. Vieron que los negocios del monarca no sufrían por los trabajos del viajero filósofo y artesano.

Prosiguió en Amsterdam sus ocupaciones ordinarias de constructor de barcos, de ingeniero, de geógrafo, de práctico, hasta mediados de enero de 1698, y entonces partió para Inglaterra, siempre en el séquito de su propia embajada.

El rey Guillermo le envió su yate y dos buques de guerra. Su manera de vivir fué la misma que la que se había prescrito en Amsterdam y en Sardam. Se alojó cerca del gran astillero en

Deptford, y apenas se ocupó más que en instruirse. Los constructores holandeses no le habían enseñado más que su método y su rutina: conoció mejor el arte en Inglaterra; los navíos se construían allí según proporciones matemáticas. Se perfeccionó en esta ciencia, y bien pronto llegó a poder dar lecciones de ella. Trabajó según el método inglés en la construcción de un barco, que resultó uno de los mejores veleros del mar. El arte de la relojería, ya perfeccionado en Londres, atrajo su atención; conoció perfectamente toda su teoría. El capitán e ingeniero Perri, que le siguió de Londres a Rusia, dice que, desde la fundición de cañones hasta la hilandería de cuerdas, no hubo ningún oficio que no observase y en el cual no pusiese mano siempre que estaba en los talleres.

Se accedió, para cultivar su amistad, a que contratase obreros, como había hecho en Holanda; pero, además de artesanos, encontró lo que no hubiese hallado tan fácilmente en Amsterdam: matemáticos. Fergusson, escocés, buen geómetra, se puso a su servicio. El fué quien estableció la Aritmética en Rusia en las oficinas del Tesoro, donde anteriormente no se servían más que del método tártaro de contar con bolas ensartadas en alambre, método que suplía a la escritura, pero molesto y defectuoso, porque después del cálculo no se podía conocer si iba equivocado. Nosotros no hemos conocido las cifras indias de que nos servimos sino por los árabes, en el si-

glo IX; el imperio de Rusia no las ha introducido hasta (mil años) después; ésta es la suerte de todas las artes: han dado lentamente la vuelta al mundo. Dos jóvenes de la escuela de Matemáticas acompañaron a Fergusson, y éste fué el principio de la escuela de Marina que Pedro fundó después. Observaba y calculaba los eclipses con Fergusson. El ingeniero Perri, aunque muy descontento por no haber sido recompensado bastante, confiesa que Pedro se había instruído en la Astronomía: conocía bien los movimientos de los cuerpos celestes y aun las leyes de la gravitación que los dirige. Esta fuerza tan evidente, y antes del gran Newton tan desconocida, por la cual todos los planetas pesan los unos sobre los otros y que los retiene en sus órbitas, era ya familiar a un soberano de Rusia, mientras que en otras partes se mantenían los torbellinos quiméricos, y en la patria de Galileo unos ignorantes ordenaban a otros ignorantes la creencia en la inmovilidad de la tierra.

Perri se separó de su lado para ir a trabajar en comunicaciones de ríos, en puentes, en esclusas. El plan del zar consistía en hacer comunicar por medio de canales el Océano, el mar Caspio y el mar Negro.

No debe omitirse que algunos comerciantes ingleses, a la cabeza de los cuales se puso el marqués de Carmarthen, almirante, le dieron quince mil libras esterlinas por obtener el permiso de vender tabaco en Rusia. El patriarca, por una se-

1765  
5 69

veridad mal entendida, había proscrito este objeto de comercio; la Iglesia rusa prohibía el tabaco, como un pecado. Pedro, más instruído, y que, entre todas las mejoras proyectadas, meditaba la reforma de la Iglesia, introdujo este comercio en sus Estados.

Antes de que Pedro dejase Inglaterra, el rey Guillermo le ofreció el espectáculo más digno de tal huésped: el de una batalla naval. No se dudaba entonces de que el zar llegaría a librar un día algunas verdaderas contra los suecos, y que alcanzaría victorias en el mar Báltico. En fin: Guillermo le regaló el barco en el que tenía costumbre de ir a Holanda, llamado el *Royal Transport*, tan bien construído como magnífico. Pedro regresó en este navío a Holanda a fin de mayo de 1698. Llevaba con él tres capitanes de buque de guerra, veinticinco patrones de barco, llamados también capitanes; cuarenta tenientes, treinta pilotos, treinta cirujanos, doscientos cincuenta artilleros y más de trescientos artesanos. Esta colonia de hombres hábiles de todo género pasó de Holanda a Arcángel sobre el *Royal Transport*, y de allí fué distribuída por los lugares donde sus servicios eran necesarios. Los que fueron contratados en Amsterdam tomaron la ruta de Narva, que pertenecía a Suecia.

Mientras hacía transportar de este modo las artes de Inglaterra y de Holanda a su país, los oficiales que había enviado a Roma y a Italia contrataban también algunos artistas. Su gene-



ral Sheremeto, que estaba al frente de su embajada en Italia, iba de Roma a Nápoles, a Venecia, a Malta, y el zar pasó a Viena con los demás embajadores. Tenía que ver la disciplina guerrera de los alemanes después de las flotas inglesas y los talleres de Holanda. La política tomaba también tanta parte en el viaje como la instrucción. El emperador era el aliado necesario del zar contra los turcos. Pedro vió a Leopoldo de incógnito. Los dos monarcas conversaron de pie para evitar las molestias del ceremonial.

No hubo nada de notable durante su estancia en Viena más que la antigua fiesta del *huésped y la huéspedea*, que Leopoldo resucitó para él, y que no se había celebrado durante su reinado. Esta fiesta, que se llama *Wirthschafft*, se celebra de esta manera: el emperador es el hostelero; la emperatriz, la hostelera; el rey de los romanos, los archiduques, las archiduquesas, son de ordinario los ayudantes, y reciben en la hostería a todas las naciones, vestidas a la moda más antigua de su país; los que son invitados a la fiesta sacan a la suerte sus billetes. Sobre cada uno está escrito el nombre de la nación y de la condición que se debe representar. Uno tiene un billete de mandarín chino; otro, de mirza tártaro, de sátrapa persa ó de senador romano; una princesa saca un billete de jardinera o de lechera; un príncipe es labrador o soldado. Se organizan danzas convenientes a todos estos caracteres. El huésped, la huéspedea y su familia sirven a la mesa. Tal es la

antigua institución (1); pero en esta ocasión, el rey de los romanos, José, y la condesa de Traun representaron los antiguos egipcios; el archiduque Carlos y la condesa de Walstein figuraban los flamencos del tiempo de Carlos V. La archiduquesa María Isabel y el conde de Traun estaban de tártaros; la archiduquesa Josefina con el conde de Vorkla iban a la persa; la archiduquesa Mariana y el príncipe Maximiliano de Hannover, de paisanos del norte de Holanda. Pedro se vistió de paisano de Frisa, y no se le dirigió la palabra sino con este carácter, hablándole siempre del gran zar de Rusia. Todas éstas son pequeñas particularidades; pero lo que recuerda las costumbres antiguas puede merecer a los ojos de alguno ser digno de mención.

Pedro estaba a punto de salir de Viena para ir a acabar de instruirse a Venecia, cuando recibió la noticia de una revolución que perturbaba sus Estados.

## CAPITULO X

**Conjuración castigada.—Milicia de los strelitz, abolida.—Reformas en las costumbres, en el Estado y en la Iglesia.**

Había dispuesto todo al partir, hasta los medios de reprimir una rebelión. Lo que él realizaba de

---

(1) Manuscritos de Petersburgo y de Le Fort.

grande y de útil para su país fué la causa misma de esta revolución.

Viejos boyardos a quienes eran caras las antiguas costumbres, sacerdotes a quienes las nuevas parecían sacrílegas, comenzaron los desórdenes. El antiguo partido de la princesa Sofía despertó. Una de sus hermanas—se dice—, encerrada con ella en el mismo monasterio, sirvió no poco para excitar los ánimos; se mostraba por todos lados cuánto había que temer de que viniesen extranjeros a instruir a la nación (1). En fin, ¿quién lo creería?, el permiso que el zar había concedido para vender tabaco en su Imperio, a pesar del clero, fué uno de los grandes motivos de la sedición. La superstición, que en toda la tierra es una plaga tan funesta y tan cara a los pueblos, pasó del pueblo rusó a los strelitz, desparramados por las fronteras de la Lituania; se reunieron, marcharon hacia Moscú con el proyecto de poner a Sofía en el trono y de impedir el regreso de un zar que había violado las costumbres osando instruirse entre los extranjeros. El cuerpo mandado por Shein y por Gordon, mejor disciplinado que ellos, los derrotó a quince leguas de Moscú; pero esta superioridad de un general extranjero sobre la antigua milicia, en la que muchos reinos de Moscú estaban alistados, irritó también a la nación.

*Septiembre 1698.*—Para sofocar estos desórdenes, el zar parte secretamente de Viena, pasa

---

(1) Manuscritos de Le Fort.

por Polonia, ve de incógnito al rey Augusto, con quien toma ya medidas para extenderse por el lado del mar Báltico. Llega al fin a Moscú y sorprende a todo el mundo con su presencia; recompensa a las tropas que han vencido a los strelitz: las prisiones estaban llenas de estos desgraciados. Si su crimen fué grande, el castigo lo fué también. Sus jefes, varios oficiales y algunos sacerdotes fueron condenados a muerte (1); algunos sufrieron el suplicio de la rueda; dos mujeres, enterradas vivas. Se colgó alrededor de las murallas de la ciudad y se hizo perecer en otros suplicios a dos mil strelitz (2); sus cuerpos permanecieron dos días expuestos en las carreteras, y sobre todo alrededor del monasterio donde residían las princesas Sofía y Eudoxia. Se erigieron columnas de piedra, donde fueron grabados el crimen y el castigo. Un número muy grande de los que tenían sus mujeres y sus hijos en Moscú fueron distribuídos con sus familias por la Siberia, el reino de Astracán, el país de Azof; por este lado, al menos, su castigo fué útil al Estado; sirvieron para trabajar y poblar tierras que carecían de habitantes y de cultivo.

Probablemente, si el zar no hubiese tenido necesidad de un ejemplo terrible, hubiese obligado a trabajar en las obras públicas a una parte de los strelitz que mandó ejecutar, y que fueron

---

(1) Memorias del capitán e ingeniero Perri, empleado en Rusia por Pedro el Grande. Manuscritos de Le Fort.

(2) Manuscritos de Le Fort.

perdidos para él y para el Estado, valiendo tanto la vida de los hombres, sobre todo en un país en que la población exigía todos los cuidados de un legislador; pero creyó que debía sobrecoger y subyugar para siempre el espíritu público con la solemnidad y la multitud de los suplicios. El cuerpo entero de los strelitz, que ninguno de sus predecesores hubiera osado ni disminuir siquiera, fué disuelto definitivamente, y su nombre, abolido. Esta gran reforma se hizo sin la menor resistencia, porque había sido preparada. El sultán de los turcos, Osmán, como ya se ha indicado, fué depuesto en el mismo siglo y degollado, nada más que por haber hecho sospechar a los genízaros que intentaba disminuir su número. Pedro tuvo más suerte, por haber tomado mejor sus medidas. No quedaron de toda esta gran milicia de los strelitz más que algunos débiles regimientos que no eran peligrosos, y que, sin embargo, conservando todavía su antiguo espíritu, se sublevaron en Astracán en 1705; pero fueron bien pronto reprimidos.

*12 marzo 1699, n. c.*—Tan grande como la severidad desplegada por Pedro en este asunto de Estado fué el sentimiento de humanidad demostrado cuando perdió, algún tiempo después, a su favorito Le Fort, que murió prematuramente, a la edad de cuarenta y seis años. Le hizo unas honras fúnebres como las de los grandes soberanos. Asistió él mismo al entierro con una lanza en la mano, marchando después de los capita-

nes, por la categoría de teniente que se había adjudicado en el gran regimiento del general, enseñando a la vez a su nobleza a respetar el mérito y los grados militares.

Se comprendió después de la muerte de Le Fort que las reformas preparadas en el Estado no procedían de él, sino del zar. Afirmó sus planes en las conversaciones con Le Fort; pero los había concebido todos, y los ejecutó sin él.

En cuanto disolvió a los strelitz estableció regimientos regulares según el modelo alemán; los dotó de trajes cortos y uniformes, en lugar de los incómodos sayos con que iban vestidos anteriormente; el ejército fué más regular.

Los guardias Preobazinski estaban ya creados; este nombre procedía de aquella primera compañía de cincuenta hombres que el zar, joven aún, había instruído en el retiro de Preobazinski, en la época en que su hermana Sofía gobernaba el Estado; el otro regimiento de guardias estaba también establecido.

Como él mismo había pasado por los grados militares inferiores, quiso que los hijos de sus boyardos y de sus knez comenzasen por ser soldados antes de ser oficiales. Colocó a otros en la escuadra en Veronisa y hacia Azof, exigiéndoles que hiciesen el aprendizaje de marinero. Nadie osaba desobedecer a un maestro que había dado el ejemplo. Los ingleses y los holandeses trabajaban en poner esta escuadra en condiciones, en construir esclusas, en establecer astilleros donde

se pudiesen carenar los navíos en seco, en continuar la gran obra de la unión del Tanais y el Volga, abandonada por el alemán Brakel. Desde entonces comenzaron las reformas en su Consejo de Estado, en la Hacienda, en la Iglesia y en la sociedad misma.

La Hacienda estaba administrada casi como en Turquía. Cada boyardo pagaba por sus tierras una suma convenida, que él cobraba de sus colonos siervos; el zar escogió para recaudadores a burgueses, burgomaestres, que no eran bastante potentes para arrogarse el derecho de no pagar al Tesoro público más que lo que quisieran. Esta nueva administración de la Hacienda fué lo que costó más trabajo; fué preciso ensayar más de un método antes de decidir.

La reforma de la Iglesia, que se creía por todos difícil y peligrosa, no lo fué para él. Los patriarcas habían combatido alguna vez la autoridad del trono, a semejanza de los strelitz: Nicón, con audacia; Joaquín, uno de los sucesores de Nicón, con astucia. Los obispos se habían arrogado el derecho de condenar a penas aflictivas y a muerte, derecho contrario al espíritu de la religión y al gobierno; esta usurpación antigua les fué suprimida. Habiendo muerto al final del siglo el patriarca Adrián, Pedro declaró que ya no habría otro más. Esta dignidad fué completamente abolida; los grandes bienes afectos al patriarca fueron apropiados por el Tesoro público, que los necesitaba. Si el zar no se erigió en jefe de la Igle-

sia rusa, como los reyes de la Gran Bretaña lo son de la Iglesia anglicana, fué de hecho su amo absoluto, porque los sínodos no osaban ni desobedecer a un soberano despótico ni disputar con un príncipe más ilustrado que ellos.

Basta echar una ojeada al preámbulo del edicto de sus reglamentos eclesiásticos, dado en 1721, para ver que obraba como legislador y maestro: "Nos creeríamos culpables de ingratitud hacia el Altísimo si, después de haber reformado el orden militar y el civil, olvidásemos el orden espiritual, etc. Por estas razones, siguiendo el ejemplo de los más antiguos reyes, cuya piedad es célebre, hemos tomado sobre nosotros el cuidado de dar buenos reglamentos al clero." Es verdad que estableció un sínodo para hacer ejecutar sus leyes eclesiásticas; pero los miembros del sínodo debían comenzar su ministerio con un juramento cuya fórmula había escrito y firmado él mismo; este juramento era el de obediencia, en los siguientes términos: "Juro ser fiel y obediente servidor y vasallo de mi natural y verdadero soberano, de los augustos sucesores que él tenga a bien nombrar en virtud del poder incontestable que para ello tiene. Reconozco que es el juez supremo del gremio espiritual; juro por el Dios que lo ve todo que comprendo y explico este juramento en toda la fuerza y el sentido que las palabras presentan a los que lo leen o lo escuchan." Este juramento es todavía más fuerte que el de supremacía en Inglaterra. El monarca ruso no



era, ciertamente, uno de los padres del sínodo, pero él dictaba sus leyes; no tocaba el incensario, pero dirigía las manos que lo llevaban.

En el desarrollo de esta gran empresa, creyó que en sus Estados, que tenían necesidad de ser poblados, el celibato de los monjes era contrario a la Naturaleza y al bien público. La antigua costumbre de la Iglesia rusa es que los sacerdotes seculares se casen al menos una vez; hasta están obligados a ello, y antiguamente, cuando habían perdido a su mujer, dejaban de ser sacerdotes; pero una multitud de hombres y mujeres jóvenes que hacen voto en un claustro de ser inútiles y de vivir a expensas de los demás le pareció peligrosa; ordenó que no se pudiese entrar en un claustro hasta los cincuenta años, es decir, a una edad en que no se tiene esta tentación casi nunca, y prohibió que se recibiese en ellos, cualquiera que fuese la edad, a una persona que desempeñase un cargo público.

Este reglamento ha sido abolido después de él, cuando se creyó deber tener más condescendencia con los monasterios; pero la dignidad de patriarca no volvió a ser nunca restablecida, habiendo sido empleadas las grandes rentas del patriarcado en el pago de las tropas.

Estos cambios excitaron primeramente algunas murmuraciones: un sacerdote escribió que Pedro era el Anticristo, porque no quería patriarca; y el arte de la imprenta, que el zar fomentaba, sirvió para hacer imprimir libelos contra él; pero

también otro sacerdote respondió que este príncipe no podía ser el Anticristo, porque el número 666 no se encontraba en su nombre y carecía además del signo de la bestia. Las quejas fueron reprimidas bien pronto. Pedro, en efecto, dió a su Iglesia mucho más de lo que le quitó, pues hizo al clero, poco a poco, más ordenado y más sabio. Fundó en Moscú tres colegios, donde se enseñaban lenguas y donde los que se dedicaban al sacerdocio estaban obligados a estudiar.

Una de las reformas más necesarias era la abolición o, al menos, la atenuación de cuatro grandes cuaresmas, antigua obligación de la Iglesia griega, tan perniciosa para los que trabajan en las obras públicas, y sobre todo para los soldados, como lo fué la antigua superstición de los judíos de no combatir el día del sábado. Así, el zar dispensó, al menos, a sus tropas y sus obreros de esas cuaresmas, en las cuales, por lo demás, si no estaba permitido comer, era costumbre emborracharse. Les dispensó también de la abstinencia los días de vigilia; los capellanes de barco y de regimiento estaban obligados a dar el ejemplo, y lo dieron sin repugnancia.

El calendario era un objeto importante. El año fué antiguamente ordenado en todos los países de la tierra por las autoridades religiosas, no solamente a causa de las fiestas, sino porque en aquellos tiempos la astronomía no era apenas conocida más que por los sacerdotes. El año comenzaba entre los rusos el primero de septiembre; el zar

ordenó que en adelante el año comenzase el primero de enero, como en nuestra Europa. Este cambio fué indicado para el año 1700, al principio del siglo, que hizo celebrar con un jubileo y grandes solemnidades. El vulgo admiraba que el zar hubiese podido cambiar el curso del Sol. Algunos obstinados, persuadidos de que Dios había creado el mundo en septiembre, continuaron con su antiguo cómputo, pero cambió en las oficinas, en las cancillerías, y muy pronto en todo el imperio. Pedro no adoptó el calendario gregoriano, que los matemáticos ingleses rechazaban, y que es muy necesario se admita un día en todos los países.

Desde el siglo V, en el que se conoció el uso de las letras, se escribía sobre rodillos, ya de corteza, ya de pergamino, y luego sobre papel. El zar se vió obligado a dar un edicto por el cual se ordenaba no escribir sino según nuestro procedimiento.

La reforma se extendió a todo. Los matrimonios se hacían en otro tiempo como en Turquía y en Persia, donde no se veía a la novia hasta que el contrato estaba firmado, y ya no podía deshacerse. Esta costumbre es buena en los pueblos en que la poligamia está establecida y donde las mujeres están encerradas; es mala para los países en que hay que limitarse a una sola mujer y donde el divorcio es raro.

El zar quiso introducir en su nación los usos y costumbres de los países por donde había viajado, y de los que había sacado todos los maestros que instruían entonces al suyo.

Era conveniente que los rusos no fuesen vestidos de distinta manera que los que les enseñaban las artes, por ser demasiado natural en los hombres el odio hacia los extranjeros y demasiado mantenido por la diferencia de las vestiduras. El traje de ceremonia, que tenía entonces algo de polaco, de tártaro y del antiguo húngaro, era, como se ha dicho, muy noble; pero el traje de los burgueses y del pueblo bajo se parecía a estos sayos plegados en la cintura que se dan todavía a ciertos pobres en algunos de nuestros hospitales. En general, la bata fué antiguamente el traje de todas las naciones; este traje exigía menos elegancia y menos arte; se dejaba crecer la barba por la misma razón. Al zar no le costó trabajo introducir en su Corte el traje de nuestras naciones y la costumbre de afeitarse; pero el pueblo fué más difícil; se vió obligado a crear un impuesto sobre las vestiduras largas y sobre las barbas. Se colgaban en las puertas de la ciudad modelos de casacas; se cortaba los vestidos y las barbas a los que no querían pagar. Todo esto se ejecutaba alegremente, y esta alegría misma evitó las sediciones.

La atención de todos los legisladores se dirigió siempre a hacer sociables a los hombres; pero para serlo no basta con estar juntos en una ciudad, es preciso comunicarse con cortesía; esta comunicación endulza en todas partes las amarguras de la vida. El zar introdujo las *reuniones*, en italiano *ridotti*, palabra que los periodistas han

traducido con el término impropio de *reductos*. Hizo invitar a estas reuniones a las damas con sus hijas, vestidas a la moda de las naciones meridionales de Europa; llegó a dar reglamentos para estas pequeñas fiestas de sociedad. Así, hasta la cortesía de sus súbditos, todo fué obra suya y de su tiempo.

Para que agradasen más estas innovaciones, abolió la palabra *golut, esclavo*, de que se servían los rusos cuando querían hablar a los zares y cuando presentaban solicitudes; ordenó que se sirviesen de la palabra *raad*, que significa *súbdito*. Este cambio no mermaba en nada la obediencia y debía conciliar el afecto. Cada mes veía una fundación o un cambio nuevos. Llevó su atención hasta hacer colocar en el camino de Moscú a Veroneye postes pintados que servían de columnas miliares de versta en versta, es decir, a la distancia de setecientos cincuenta pasos, e hizo construir una especie de posadas, para caravanas, de veinte en veinte verstas.

Extendiendo así sus cuidados sobre el pueblo, sobre los comerciantes, sobre los viajeros, quiso introducir algo de pompa en su Corte, odiando el fausto en su persona y creyéndolo necesario en los demás. Instituyó la Orden de San Andrés (1), a imitación de esas Ordenes de que todas las cortes de Europa están llenas. Gollowin, sucesor de Le Fort en la dignidad de gran almi-

(1) 10 de septiembre de 1698. Se sigue siempre el nuevo cómputo.

rante, fué el primer caballero de esta Orden. Se consideró el honor de ser admitido en ella como una gran recompensa. Es una muestra que se lleva sobre sí de ser respetado por el pueblo: esta marca de honor no cuesta nada a un soberano y lisonjea el amor propio de un súbdito, sin convertirlo en poderoso.

Tantas innovaciones útiles eran recibidas con el aplauso de la parte más sana de la nación; y las protestas de los partidarios de las antiguas costumbres eran sofocadas por las aclamaciones de los hombres razonables.

Mientras Pedro iniciaba esta creación en el interior de sus Estados, una tregua ventajosa con el imperio turco le colocaba en libertad de extender sus fronteras por otro lado. Mustafá II, vencido por el príncipe Eugenio en la batalla de Zenta, en 1697, habiendo perdido la Morea, conquistada por los venecianos, y no habiendo podido defender Azof, se vió obligado a hacer la paz con todos sus enemigos vencedores: fué concluída en Carlowitz, entre Petervaradin y Salankemen, lugares que han llegado a ser célebres por sus derrotas. Temisvar fué el límite de las posesiones alemanas y de los dominios otomanos. Kamienieck fué devuelto a los polacos; la Morea y algunas ciudades de la Dalmacia, tomadas por los venecianos, quedaron en poder de éstos por algún tiempo, y Pedro I quedó como dueño de Azof y de algunos fuertes construídos en las inmediaciones. Apenas le era posible al zar engrande-

cerse a expensas de los turcos, cuyas fuerzas, hasta entonces divididas, y reunidas ahora, hubieran caído sobre él. Sus proyectos de marina eran demasiado grandes para el Palus-Meotide. Las posiciones sobre el mar Caspio no soportaban una escuadra guerrera; volvió, pues, sus planes hacia el mar Báltico, sin abandonar la marina del Tanais y del Volga.

## CAPITULO XI

### Guerra contra Suecia.—Batalla de Narva.

Se abría entonces un gran escenario hacia las fronteras de Suecia. Una de las principales causas de todas las revoluciones acontecidas desde la Ingria hasta Dresde, y que desolaron tantos Estados durante diez y ocho años, fué el abuso del poder supremo en Carlos XI, rey de Suecia, padre de Carlos XII. No se repetirá nunca demasiado este hecho; interesa a todos los tronos y a todos los pueblos. Casi toda la Livonia, con Estonia entera, había sido abandonada por Polonia al rey de Suecia Carlos XI, que sucedió a Carlos X, precisamente durante el tratado de Oliva; fué cedida, como es costumbre, bajo reserva de todos sus privilegios. Carlos XI los respetó poco. Juan Reginold Patkul, gentilhombre livoniano, vino a Estocolmo en 1692, a la cabeza de seis diputados de la provincia, para hacer llegar al

pie del trono quejas respetuosas y enérgicas (1); por toda respuesta, se encerró a los seis diputados en la cárcel y se condenó a Patkul a perder *el honor y la vida*: no perdió ni el uno ni la otra; se escapó, y permaneció algún tiempo en el país de Vaud, en Suiza. Cuando supo después que Augusto, elector de Sajonia, había prometido, a su subida al trono de Polonia, recobrar las provincias arrebatadas al reino, corrió a Dresde a demostrar la facilidad de recobrar la Livonia y de vengarse en un rey de diez y siete años de las conquistas de sus antepasados.

En aquella misma época, el zar Pedro pensaba en apoderarse de la Ingria y de la Carelia. Los rusos habían poseído antiguamente estas provincias. Los suecos se apoderaron de ellas, por derecho de conquista, en tiempo de los falsos Demetrios; luego las habían conservado mediante tratados. Una nueva guerra y nuevos tratados podían devolvérselas a Rusia. Patkul fué de Dresde a Moscú, y, alentando a dos monarcas en su propia venganza, cimentó su unión y activó sus preparativos para apoderarse de todo lo que está al oriente y al sur de Finlandia.

Precisamente en el mismo tiempo, el nuevo rey de Dinamarca, Federico IV, se aliaba con el zar y el rey de Polonia contra el joven Carlos, que

---

(1) Norberg, capellán y confesor de Carlos XII, dice en su *Historia*: "que tuvo la insolencia de quejarse de los agravios y que se le condenó a perder el honor y la vida". Esto es hablar con despotismo de clérigo. Debía saber que no se puede quitar el honor a un ciudadano que cumple su deber.



parecía tener que sucumbir. Patkul tuvo la satisfacción de sitiar a los suecos en Riga, capital de Livonia, y apretar el cerco en calidad de general en jefe.

*Septiembre 1700.*—El zar hizo marchar hacia la Ingria cerca de sesenta mil hombres. Es verdad que en este gran ejército apenas si había más que doce mil soldados aguerridos, que él mismo había disciplinado, tales como sus dos regimientos de guardias y algunos otros; el resto lo constituían milicias mal armadas; había algunos cosacos y tártaros circasianos; pero llevaban consigo ciento cuarenta y cinco cañones. Puso sitio a Narva, pequeña ciudad en Ingria, que tiene un puerto cómodo, y parecía muy probable que la plaza fuese tomada muy pronto.

Toda Europa sabe cómo Carlos XII, no habiendo cumplido aún los diez y ocho años, atacó a todos estos enemigos, uno tras otro; descendió a Dinamarca, acabó la guerra de Dinamarca en menos de seis semanas, envió socorros a Riga, hizo levantar el sitio y marchó contra los rusos ante Narva, en medio de los hielos, en el mes de noviembre.

*18 noviembre 1700.*—El zar, seguro de la conquista de la ciudad, se había ido a Novgorod, llevando consigo a su favorito Menzikoff, entonces teniente en la compañía de granaderos del regimiento Preobazinsky, que llegó después a feldmariscal y príncipe, hombre cuya fortuna singular merece que se hable de él en otra parte con más atención.

Pedro dejó su ejército y sus instrucciones para el sitio al príncipe de Croi, oriundo de Flandes, que poco antes había pasado a su servicio (1). El príncipe Dolgorouki era el comisario del ejército. La rivalidad entre estos dos jefes y la ausencia del zar fueron, en parte, causa de la derrota inaudita de Narva. Carlos XII, que había desembarcado en Pernau, en Livonia, con sus tropas, en el mes de octubre, avanza al Norte de Revel y derrota en estos lugares a un destacamento avanzado de los rusos. Prosigue su marcha, y todavía vence a otro. Los fugitivos regresan al campamento de Narva, llevando a él el espanto. Entre tanto, corría ya el mes de noviembre. Narva, aunque mal cercada, estaba ya a punto de rendirse. El joven rey de Suecia no tenía entonces consigo nueve mil hombres y no podía oponer más que diez piezas de artillería a ciento cuarenta y cinco cañones que guarnecían las trincheras de los rusos. Todas las narraciones de aquel tiempo, todas las historias, sin excepción, hacen ascender el ejército ruso ante Narva a ochenta mil combatientes. Las Memorias que se han proporcionado dicen sesenta; otras, cuarenta mil; sea lo que quiera, lo cierto es que Carlos no tenía nueve mil, y que esta jornada es una de las que prueban que las grandes victorias han sido frecuentemente obtenidas por el menor número desde la batalla de Arbelas.

30 noviembre 1700.—Carlos no titubeó en atacar con su reducida tropa a este ejército tan su-

---

(1) Véase la *Historia de Carlos XII*.

perior, y, aprovechando un violento viento y una espesa nevada que el viento llevaba contra los rusos, cayó sobre sus trincheras ayudado por algunos cañones ventajosamente apostados. Los rusos no tuvieron tiempo de reconocer, en medio de esta nube de nieve, quién les atacaba, aniquilados por los cañones, que no veían, y no sospechando el reducido número de los que les combatían.

El duque de Croi quiso dar órdenes, y el príncipe Dolgorouki no quiso recibirlas. Los oficiales rusos se sublevan contra los oficiales alemanes; asesinan al secretario del duque, al coronel Lyón, y a otros varios. Todos abandonan su puesto; el tumulto, la confusión, el pánico, se extienden por todo el ejército. Las tropas suecas no tuvieron que hacer sino matar soldados que huían. Unos corren a arrojar al río Narva, donde se ahogaron multitud de soldados; otros tiran sus armas y se arrodillan ante los suecos. El duque de Croi, el general Allarf, los oficiales alemanes, que temían más a los rusos sublevados contra ellos que a los suecos, vinieron a rendirse al conde Steinbock; el rey de Suecia, dueño de toda la artillería, ve treinta mil vencidos a sus pies arrojando las armas, desfilando ante él con la cabeza descubierta. El knes Dolgorouki y todos los demás generales moscovitas se le rinden como los generales alemanes, y sólo después de haberse rendido conocieron que habían sido vencidos por ocho mil hombres. Entre los prisioneros se encontró al hijo del rey de Georgia, que fué enviado a Esto-

colmo; se le llamaba Mitelleski, zarevitz, hijo del zar, lo que constituye una nueva prueba de que este título de zar o tzar no traía su origen de los césares romanos.

Por parte de Carlos XII apenas si hubo más de mil doscientos soldados muertos en esta batalla. El diario del zar que me han enviado de Petersburgo dice que, contando los soldados que perecieron durante el sitio de Narva y en la batalla y los que se ahogaron en la huída, no se perdieron más que seis mil hombres. La indisciplina y el temor lo hicieron, pues, todo en esta jornada. Los prisioneros de guerra eran cuatro veces más numerosos que los vencedores; y, si se cree a Norberg (1), el conde Piper, que fué después prisionero de los rusos, les reprochó de que en esta batalla el número de prisioneros había excedido ocho veces al del ejército sueco. Si esto fuese verdad, los suecos habrían hecho setenta y dos mil prisioneros. Se ve por esto lo raro que es el estar enterado de los detalles. Lo que es indudable y singular es que el rey de Suecia permitió a la mitad de los soldados rusos que regresasen desarmados, y a la otra mitad, pasar el río con sus armas. Esta extraña confianza devolvió al zar tropas que, después de disciplinadas, llegaron a ser formidables (2).

Todas las ventajas que se pueden obtener de

---

(1) Página 439, tomo primero, edición in 4.º, en La Haya.

(2) El capellán Norberg pretende que, inmediatamente después de la batalla de Narva, el gran turco escribió una

una victoria las obtuvo Carlos XII: almacenes inmensos, barcos mercantes cargados de provisiones, lugares evacuados o tomados, todo el país a disposición de los suecos: he aquí el fruto de la victoria. Libertada Narva, desaparecidos los restos del ejército ruso, todo el país abierto hasta Pleskou, parecía el zar sin recursos para sostener la guerra; y el rey de Suecia, vencedor en menos de un año de los monarcas de Dinamarca, de Polonia y de Rusia, fué considerado como el primer hombre de Europa, en una edad en que los demás no osan todavía aspirar a la fama. Pero Pedro, que tenía un carácter de una constancia inquebrantable, no desfalleció en ninguno de sus proyectos.

Un obispo de Rusia compuso una plegaria (1) a San Nicolás con motivo de esta derrota; se recitó en toda Rusia. Esta composición, que muestra el espíritu del tiempo y de qué ignorancia libró Pedro a su país, decía que los feroces y espantables suecos eran hechiceros; se lamentaba en ella de haber sido abandonados por San Nicolás. Los obispos rusos de hoy no escribirían semejantes cosas, y, sin agraviar a San Nicolás, se comprende fácilmente que era a Pedro a quien había que dirigirse.

---

carta de felicitación al rey de Suecia en estos términos: "*El sultán bajá, por la gracia de Dios, al rey Carlos XII*", etcétera. La carta lleva fecha de la era de la creación del mundo.

(1) Se halla impresa en la mayoría de los diarios y escritos de aquel tiempo y se encuentra en la *Historia de Carlos XII, rey de Suecia*.

## CAPITULO XII (1)

Remedios después de la batalla de Narva; el desastre, enteramente reparado.—Conquista de Pedro cerca del mismo Narva.—Sus trabajos en su imperio.—La persona que fué después emperatriz, cogida en el saqueo de una ciudad.—Éxitos de Pedro: su triunfo en Moscú.

El zar, que había dejado su ejército delante de Narva, hacia el fin de noviembre de 1700, para concertarse con el rey de Polonia, supo en el camino la victoria de los suecos. Su constancia era tan inquebrantable como el valor de Carlos XII era intrépido y tenaz. Difirió sus conferencias con Augusto para llevar un rápido remedio al desorden de sus asuntos. Las tropas dispersas se reunieron en Novgorod la Grande, y de allí fueron a Pleskou, sobre el lago Peipus.

Ya era mucho mantenerse a la defensiva después de tan rudo golpe. “Sé muy bien—decía—que los suecos serán durante mucho tiempo superiores; pero al fin ellos nos enseñarán a vencerlos.”

Pedro, después de haber atendido a las primeras necesidades, después de haber ordenado levadas en todas partes, corrió a Moscú a hacer fundir cañones. Había perdido todos los suyos ante Narva; como faltaba el bronce, recurre a

---

(1) Tomado todo entero, así como los siguientes, del Diario de Pedro el Grande, enviado de Petersburgo.

las campanas de las iglesias y de los monasterios. Este rasgo no era un signo de superstición, pero tampoco de impiedad. Se fabrican entonces con estas campanas cien cañones grandes, ciento cuarenta y tres piezas de campaña, de proyectil de tres a seis libras; morteros, obuses; se envían a Pleskou. En otros países, un jefe ordena, y se ejecuta; pero entonces era necesario que el zar hiciese todo por sí mismo. Mientras apresura estos preparativos negocia con el rey de Dinamarca, que se compromete a proporcionarle tres regimientos de infantería y tres de caballería; promesa que este rey no osó cumplir.

*27 febrero 1701.*—Apenas se firmó este Tratado, vuela al teatro de la guerra: va a encontrar al rey Augusto en Birzan, en la frontera de Curlandia y Lituania. Era preciso fortalecer a este príncipe en la resolución de sostener la guerra contra Carlos XII; era preciso comprometer a la Dieta polaca en esta guerra. Es bien sabido que un rey de Polonia no es más que el jefe de una república. El zar tenía la ventaja de ser obedecido siempre; pero un rey de Polonia, un rey de Inglaterra, y hoy un rey de Suecia, negocian siempre con sus súbditos. Patkul y los polacos partidarios de su rey asistieron a estas conferencias. Pedro prometió subsidios y veinte mil soldados. La Livonia debía ser devuelta a Polonia en el caso de que la Dieta quisiera unirse a su rey y ayudarle a recobrar esta provincia; pero las proposiciones del zar produjeron sobre

la Dieta menos efecto que el miedo. Los polacos temieron verse a la vez enemistados con los sajones y con los rusos, y todavía temían más a Carlos XII. Así, el partido más numeroso acordó no servir a su rey y no combatir.

Los partidarios del rey de Polonia se irritaron contra la facción contraria, y, en fin, del deseo de Augusto de devolver a Polonia una gran provincia resultó en este reino una guerra civil.

Pedro no tenía, pues, en el rey Augusto sino un aliado poco poderoso, y en las tropas sajonas más que un débil auxilio. El temor que inspiraba por todas partes Carlos XII decidía a Pedro a no sostenerse sino con sus propias fuerzas.

*1 marzo 1701.*—Habiendo corrido de Moscú a Curlandia para entrevistarse con Augusto, vuela después de Curlandia a Moscú para apresurar el cumplimiento de sus promesas. Hace, en efecto, marchar al príncipe Repuin con cuatro mil hombres hacia Riga, a orillas del Duna, donde los sajones estaban atrincherados.

*Julio 1701.*—Este terror general aumentó cuando Carlos, pasando el Duna, a pesar de los sajones, acampados ventajosamente en la orilla opuesta, alcanzó una victoria completa; cuando, sin detenerse un momento, sometió la Curlandia, se le vió avanzar en Lituania, y que la facción polaca enemiga de Augusto fué alentada por el vencedor.

Pedro no dejó por ello de proseguir todos sus proyectos. El general Patkul, que había sido el



alma de las conferencias de Birzan, y que había pasado a su servicio, le proporcionaba oficiales alemanes, disciplinaba sus tropas y llenaba el vacío del general Le Fort; perfeccionaba lo que el otro había comenzado. El zar concedía licencias a todos los oficiales y aun a los soldados alemanes, o livonios, o polacos que venían a servir en sus ejércitos; entraba en los detalles de su armamento, de su equipo, de su alimentación.

En los confines de Livonia y Estonia, y al occidente de la provincia de Novgorod, está el gran lago Peipus, que recibe del mediodía de Livonia el río Velika, y del que sale hacia el norte el río Naiova, que baña los muros de esta ciudad de Narva, cerca de la cual los suecos habían alcanzado su célebre historia. Este lago tiene treinta de nuestras leguas comunes de largo; por unos lados, doce; por otros, quince de ancho: era necesario mantener en él una escuadra para impedir que los barcos suecos atacasen a la provincia de Novgorod, para estar en situación de entrar en sus costas, pero, sobre todo, para formar marineros. Pedro, durante todo el año 1701, hizo construir sobre este lago cien medias galeras, que llevaban alrededor de cincuenta hombres cada una; otros barcos fueron armados en guerra en el lago Ladoga. El mismo dirigió todas las obras e hizo maniobrar a sus nuevos marineros. Los que habían sido empleados en 1697 en el Palus-Meotide, lo estaban entonces cerca del Báltico. Dejaba con frecuencia sus obras para ir a Moscú y en sus

demás provincias afirmar todas las innovaciones comenzadas y crear otras nuevas.

Los príncipes que han empleado sus épocas de paz en construir obras públicas han conseguido un nombre; pero que Pedro, después del desastre de Narva, se ocupase en unir con canales el mar Báltico, el mar Caspio y el Ponto Eusino merece mayor cantidad de gloria que si ganase una batalla. Fué en 1702 cuando empezó a construir el profundo canal que va del Tanais al Volga. Otros canales debían hacer comunicar por los lagos al Tanais con el Duna, cuyas aguas recibe el mar Báltico en Riga; pero este segundo proyecto estaba todavía muy lejano, pues Pedro estaba también muy lejos de tener a Riga en su poder.

Carlos asolaba a Polonia, y Pedro hacía venir de Polonia y de Sajonia a Moscú pastores y rebaños para tener lanas con que poder fabricar buenas telas; establecía manufacturas de lienzo, fábricas de papel; se hacía venir por orden suya obreros en hierro, en latón, armeros, fundidores; se explotaban minas en la Siberia. Trabajaba en enriquecer sus estados y en defenderlos.

Carlos proseguía el curso de sus victorias y dejaba hacia los Estados del zar tropas bastantes, en su opinión, para conservar todas las posesiones de Suecia. Estaba ya trazado el plan de destronar al rey Augusto y perseguir en seguida al zar hasta Moscú con sus armas victoriosas.

Hubo este año algunos pequeños combates entre los rusos y los suecos. Estos no fueron siem-

pre superiores, y en los mismos encuentros en que tenían ventaja, los rusos se veían muy aguerridos. En fin, un año después de la batalla de Narva, el zar tenía tropas tan bien disciplinadas, que vencieron a uno de los mejores generales de Carlos.

*11 enero 1702.*—Pedro estaba entonces en Pleskou, y desde allí enviaba de todas partes numerosas tropas para atacar a los suecos. No fué un extranjero, sino un ruso, quien los provocó. Su general, Sheremeto, tomó cerca de Derpt, en las fronteras de la Livonia, varios campamentos al general sueco Slipenbak, mediante una maniobra hábil, y en seguida le derrotó él mismo. Por primera vez se ganaron banderas suecas, en número de cuatro, y ya era esto mucho entonces.

Los lagos de Peipus y de Ladoga fueron algún tiempo después teatro de batallas navales; los suecos tenían allí la misma ventaja que en tierra: la de la disciplina y una gran práctica; sin embargo, los rusos combatieron algunas veces con buen éxito en sus medias galeras (mayo 1702); y en un combate general en el lago Peipus, el feldmariscal Sheremeto apresó una fragata sueca.

*Junio y julio.*—Por este lago Peipus era por donde tenía el zar continuamente en alarma a Livonia y Estonia; sus galeras desembarcaban en ellas frecuentemente varios regimientos; se reembarcaban cuando los éxitos no eran favorables; y si lo eran, se proseguían sus ventajas. Se venció a los suecos dos veces en estos lugares cercanos

a Derpt, mientras ellos eran los victoriosos en todas las demás partes.

Los rusos, en todas estas acciones, eran siempre superiores en número; esto es lo que hizo que Carlos XII, que combatía tan felizmente en otras partes, no se inquietase nunca con los triunfos del zar; pero debió considerar que este gran número diariamente se hacía más aguerrido, y que podía llegar a ser formidable por sí mismo.

Mientras se combate por tierra y por mar hacia Livonia, Ingria y Estonia, averigua el zar que una escuadra sueca está preparada para ir a destruir a Arcángel; marcha hacia allá. Todos se asombran al saber que está en las costas del mar Glacial, cuando se le creía en Moscú. Pone todo en situación de defenderse, previene el desembarco, traza él mismo el plano de una ciudadela, llamada la nueva Dwina, coloca la primera piedra, regresa a Moscú, y desde allí al teatro de la guerra.

Carlos avanzaba en Polonia, pero los rusos avanzaban en Ingria y en Livonia. El feldmariscal Sheremeto va al encuentro de los suecos, mandados por Slipenbak; le presenta batalla cerca del pequeño río Embac, y la gana: toma diez y seis banderas y veinte cañones. Norberg pone como fecha de este combate el 1.º de diciembre de 1701, y el Diario de Pedro el Grande lo coloca el 19 de julio de 1702.

*Agosto 1702.*—Avanza; pone todo a contribución; toma la pequeña ciudad de Marienbourg, en los confines de la Livonia y de la Ingria. Hay

en el Norte muchas ciudades de este nombre; pero ésta, aunque no existe ya, es, sin embargo, más célebre que todas las demás, por la aventura de la emperatriz Catalina.

Habiéndose rendido a discreción esta pequeña ciudad, los suecos, ya por inadvertencia, ya con intención, prendieron fuego a los almacenes. Los rusos, irritados, destruyeron la ciudad y cogieron cautivos a todos los habitantes que encontraron. Entre ellos estaba una joven livoniana, criada en casa del ministro luterano del lugar, llamado Gluk; formaba parte de los cautivos; es la misma que llegó después a ser la soberana de los que la habían apresado, y que gobernó las Rusias con el nombre de emperatriz Catalina.

Anteriormente se habían visto simples ciudadanas subir al trono; nada más común en Rusia y en todos los reinos del Asia que los matrimonios de los soberanos con sus súbditas; pero que una extranjera cogida en las ruinas de una ciudad saqueada llegue a ser la soberana absoluta del imperio adonde fué llevada cautiva, esto es lo que la fortuna y el mérito no han hecho ver sino esta vez en los anales del mundo.

La serie de estos triunfos no disminuyó en la Ingria; la flota de las semigaleras rusas en el lago Ladoga obligó a la de los suecos a retirarse a Viborg, a un extremo de este gran lago; desde allí pudieron ver al otro extremo el sitio de la fortaleza de Notebourg, que el zar mandó realizar al general Sheremeto. Esta era una empresa

mucho más importante de lo que se creía. Podía proporcionar una comunicación con el mar Báltico, objeto constante de los proyectos de Pedro.

Notebourg era una plaza muy fuerte, construída en una isla del lago Ladoga, la cual, dominando este lago, hace a su poseedor dueño del curso del Neva, que se vierte en el mar; fué combatida noche y día, desde el 18 de septiembre hasta el 12 de octubre. Al fin, los rusos se lanzaron al asalto por tres brechas. La guarnición sueca estaba reducida a cien soldados que pudiesen defenderse, y, lo que es bien asombroso, se defendieron y consiguieron en la brecha misma una capitulación honrosa; todavía el coronel Slipenbak, que mandaba la plaza, no quiso rendirse sino a condición de que se le permitiese hacer venir dos oficiales suecos del puesto más próximo, para examinar las brechas y para dar cuenta al rey su señor de que ochenta y tres combatientes que quedaban entonces y ciento cincuenta y seis heridos o enfermos no se habían rendido a un ejército entero sino cuando fué imposible combatir por más tiempo y conservar la plaza. Este solo rasgo hace ver a qué clase de enemigos tenía el zar que hacer frente y cuán necesarios le habían sido sus esfuerzos y su disciplina militar.

Distribuyó medallas de oro a los oficiales y recompensó a todos los soldados; pero también hizo castigar a algunos que habían huído en un asalto: sus camaradas les escupieron en la cara y

en seguida los fusilaron, para unir la vergüenza al suplicio.

Notebourg fué restaurado; se cambió su nombre por el de Shlusselbourg, *ciudad de la llave*, porque esta plaza es la llave de Ingria y Finlandia. El primer gobernador fué el mismo Menzikoff, que había llegado a ser un buen oficial y que, habiéndose distinguido, mereció este honor. Su ejemplo alentaba a todo el que tenía méritos y no tenía alta alcurnia.

17 diciembre 1702.—Después de esta campaña de 1702, el zar quiso que Sheremeto y todos los oficiales que se habían distinguido entrasen en triunfo en Moscú. Todos los prisioneros hechos en esta campaña marcharon a continuación de los vencedores; delante de ellos iban las banderas y estandartes de los suecos, con el pabellón de la fragata tomada en el lago Peipus. Pedro trabajó él mismo en los preparativos de la ceremonia, como había trabajado en las empresas que ésta festejaba.

Estas solemnidades debían excitar emulación, sin lo cual hubiesen sido vanas. Carlos las desdeñaba, y desde el día de Narva despreció a sus enemigos, sus esfuerzos y sus triunfos.

### CAPITULO XIII

Reformas en Moscú.—Nuevos triunfos.—Fundación de Petersburgo.—Pedro toma a Narva, etc.

La breve parada que el zar hizo en Moscú al principio del invierno de 1703 fué empleada en

hacer ejecutar todos estos nuevos reglamentos y en perfeccionar así lo civil como lo militar; sus mismas diversiones fueron consagradas a hacer gustar el nuevo género de vida que introducía entre sus súbditos. Fué con esta intención con la que hizo invitar a todos los boyardos y a las señoras a la boda de uno de sus bufones; exigió que todo el mundo acudiese vestido a la moda antigua. Se sirvió una comida tal como se hacía en el siglo XVI (1). Una antigua superstición prohibía que se encendiese fuego el día de un matrimonio, aun durante los fríos más rigurosos; esta costumbre fué severamente observada el día de la fiesta. Los rusos no bebían vino antiguamente, sino hidromiel y aguardiente; no se permitió aquel día otra bebida; se protestaba inútilmente; el zar respondía, bromista: "Vuestros antepasados lo usaban así; las costumbres antiguas son siempre las mejores." Esta broma contribuyó mucho a corregir a los que preferían siempre los tiempos pasados al presente, o, por lo menos, a desacreditar sus murmuraciones; todavía hay naciones que necesitarían un ejemplo análogo.

Un establecimiento más útil fué el de una imprenta con caracteres rusos y latinos, cuyos aparatos habían sido traídos todos de Holanda, y donde se comenzó desde entonces a imprimir traducciones rusas de algunos libros sobre moral y artes. Fergusson creó escuelas de geometría, astronomía y navegación.

---

(1) Tomado del Diario de Pedro el Grande.



Una fundación no menos necesaria fué la de un vasto hospital; no de estos hospitales que fomentan la holgazanería y perpetúan la miseria, sino tal como el zar los había visto en Amsterdam, donde se hacía trabajar a los viejos y a los niños, y donde todo el que vive en él resulta útil.

Estableció varias manufacturas, y en cuanto hubo puesto en marcha todas las nuevas artes que hizo nacer en Moscú corrió a Veroneye y mandó comenzar dos barcos de ochenta cañones, con grandes compartimientos, herméticamente cerrados bajo las varengas, para levantar el navío y hacerle pasar sin riesgo sobre las barras y bancos de arena que se encuentran cerca de Azof; artificio muy semejante al que se emplea en Holanda para franquear el Pampus.

*30 marzo 1703.* — Preparados sus proyectos contra los turcos, vuelve contra los suecos; va a ver los barcos que hacía construir en los astilleros de Olonitz, entre el lago Ladoga y el de Onega. Había establecido en esta ciudad fábricas de armas; en todo se respiraba allí la guerra, mientras él hacía florecer en Moscú las artes y la paz; un manantial de aguas minerales descubierto después en Olonitz aumentó su celebridad. De Olonitz marchó a fortificar Shlusselbourg.

Ya hemos dicho que había querido pasar por todos los grados militares: era teniente de Artillería, a las órdenes del príncipe Menzikoff, antes de que este favorito fuese nombrado gobernador de

Shlusselbourg. Ascendió entonces a capitán y sirvió bajo el feldmariscal Sheremeto.

Había una fortaleza junto al lago Ladoga, llamada Niantz o Nya, cerca del Neva. Era preciso hacerse dueño de ella para asegurar sus conquistas y favorecer sus proyectos. Fué necesario sitiarse por tierra y evitar que recibiese socorros por mar. El zar mismo se encargó de conducir barcos llenos de soldados y de impedir los convoyes de los suecos. Sheremeto dirigió las trincheras; la ciudadela se rindió. Dos barcos suecos llegaron demasiado tarde para socorrerla; el zar los atacó con sus buques y se hizo dueño de ellos. Su Diario contiene que para recompensar este servicio, "el capitán de Artillería fué hecho caballero de la Orden de San Andrés por el almirante Gollowin, primer caballero de la Orden".

Después de la conquista del fuerte de Nya resolvió al fin edificar su ciudad de Petersburgo en la desembocadura del Neva, en el golfo de Finlandia.

Los asuntos del rey Augusto iban desastrosamente: las victorias consecutivas de los suecos en Polonia habían enardecido al partido contrario, y sus mismos amigos le habían obligado a devolver al zar cerca de veinte mil rusos en que su ejército se había engrandecido. Pretendían con este sacrificio quitar a los descontentos el pretexto de unirse al rey de Suecia; pero no se desarma a los enemigos más que por la fuerza, y se les alienta con la debilidad. Estos veinte mil hombres, que

Patkul había disciplinado, sirvieron útilmente en la Livonia y en la Ingria, mientras Augusto perdía sus Estados. Este refuerzo, y, sobre todo, la posesión de Nya, pusieron al zar en condiciones de fundar su nueva capital.

Fué entonces, en este terreno desierto y pantanoso, que no comunica con la tierra firme más que por un solo camino, cuando echó (1) los primeros cimientos de Petersburgo, a los 60 grados de latitud y a los 44 1/2 de longitud. Los restos de algunos baluartes de Niantz fueron las primeras piedras de esta fundación. Se comenzó por elevar un pequeño fuerte en una de las islas que hoy está en medio de la ciudad. Los suecos no temían a esta fundación en una laguna donde los grandes buques no podían atracar; pero muy poco después vieron avanzar las fortificaciones, formarse una ciudad y, en fin, la pequeña isla de Cronslot, que está delante de ella, convertirse, en 1704, en una fortaleza inexpugnable, bajo cuyos cañones pueden estar al abrigo las mayores escuadras.

Estas obras, que parecen exigir una época de paz, se ejecutaron en medio de la guerra, y obreros de todo género venían de Moscú, de Astracán, de Kazan, de Ucrania, a trabajar a la ciudad nueva. La dificultad del terreno, que era necesario afirmar y elevar; lo alejado de los auxilios; los obstáculos imprevistos que surgían a cada paso en toda clase de trabajos; en fin: las enfermeda-

---

(1) 1703. \ 27 de mayo, día de Pentecostés, fundación de Petersburgo.

des epidémicas, que arrebataron un número prodigioso de obreros, nada desalentó al fundador: tuvo una ciudad en cinco meses. No era más que un conjunto de cabañas, con dos casas de ladrillos, rodeadas de murallas, y esto era lo que se necesitaba entonces; la constancia y el tiempo han hecho lo demás.

*Noviembre 1703.*—No hacía todavía más que cinco meses que Petersburgo estaba fundado, cuando un barco holandés llegó a él a comerciar; el patrón recibió gratificaciones, y los holandeses aprendieron bien pronto el camino de Petersburgo.

Pedro, que dirigía esta colonia, la ponía diariamente en condiciones de seguridad mediante la conquista de los puestos vecinos. Un coronel sueco, llamado Croniort, se había apostado sobre el río Sestra y amenazaba a la naciente ciudad.

*9 julio 1703.*—Pedro corre hacia él con sus dos regimientos de guardias, lo derrota y le hace repasar el río. Teniendo ya así a su ciudad segura, va a Olonitz a disponer la construcción de varios buques pequeños, y regresa a Petersburgo, sobre una fragata que había hecho construir, con seis embarcaciones de transporte, esperando que se acaben las demás.

*Noviembre 1703.*—Durante todo este tiempo sigue ayudando al rey de Polonia; le envía doce mil hombres de infantería y un subsidio de trescientos mil rublos, que equivalen a más de un millón quinientos mil francos de nuestra moneda. Ya hemos indicado que no tenía más que unos

cinco millones de rublos de renta; los gastos de sus escuadras, sus ejércitos y todas sus nuevas fundaciones debían agotarla. Había fortificado casi a la vez Novgorod, Pleskou, Kiev, Smolensko, Azof, Arcángel. Fundaba una capital. Sin embargo, todavía tenía para socorrer a su aliado con hombres y dinero. El holandés Corneille Le Bruyn, que viajaba por esta época por Rusia, y con quien Pedro se entrevistó, como hacía con todos los extranjeros, refiere que el zar dijo que tenía todavía trescientos mil rublos de sobra en sus arcas, después de haber atendido a todos los gastos de la guerra.

Para poner su naciente ciudad de Petersburgo libre de todo ataque, va él mismo a sondar la profundidad del mar, designa el lugar donde debe elevarse el fuerte de Cronslot, hace de él un modelo en madera y encarga a Menzikoff el cuidado de hacer ejecutar la obra según su modelo. Desde allí va a pasar el invierno en Moscú para establecer en él insensiblemente todos los cambios que introducía en las leyes, en los usos y costumbres. Arregla y pone en orden su hacienda; activa las obras emprendidas en el Veroneye, en Azof, en un puerto que establecía en el Palus-Meotide, bajo el fuerte de Taganrok.

*Enero 1704.*—La Puerta, a'armada, le envió un embajador para quejarse de tantos preparativos; le respondió que él era el amo en sus Estados, como el sultán en los suyos, y que no era alterar la paz el hacer a Rusia respetable en el Ponto Eusino.

30 marzo.—De regreso a Petersburgo, encuentra su nueva fortaleza de Cronslot fundada en el mar y acabada; la dotó de artillería. Se hacía preciso, para afirmarse en la Ingría y para reparar completamente el desastre sufrido ante Narva, tomar al fin esta ciudad. Mientras hacía los preparativos de este sitio, una pequeña flota de bergantines suecos apareció sobre el lago Peipus para oponerse a sus proyectos. Las semigaleras rusas van a su encuentro, la atacan y la toman toda entera; llevaba noventa y ocho cañones. Entonces se sitia a Narva por tierra y por mar, y, lo que es más singular, se cerca al mismo tiempo la ciudad de Derpt, en Estonia.

¿Quién creería que hubiese una Universidad en Derpt? Gustavo Adolfo la había fundado, pero ésta no había hecho a la ciudad más célebre. Derpt no es conocida más que por la época de sus dos sitios. Pedro va incesantemente de uno a otro a activar los ataques y dirigir todas las operaciones. El general sueco Slipenbak estaba cerca de Derpt con unos dos mil quinientos hombres.

Los sitiados esperaban el momento de llegar auxilios a la plaza. Pedro imaginó un ardid de guerra que no se emplea lo bastante. Dió a dos regimientos de infantería y a uno de caballería uniforme, estandartes, banderas suecas. Estos supuestos suecos atacan las trincheras. Los rusos fingen huir; la guarnición, engañada por las apariencias, hace una salida; entonces, los falsos atacantes y los atacados se reúnen, caen sobre la

guarnición, de la que matan una mitad, y la otra mitad entra en la plaza.

*27 junio 1704.*—Slipenbak llega en seguida, en efecto, para socorrerla, y es completamente derrotado. En fin, Derpt se ve obligada a capitular en el momento en que Pedro iba a dar un asalto general.

Un revés bastante grande que el zar sufre al mismo tiempo en el camino de su nueva ciudad de Petersburgo no le impide ni continuar la edificación de esta ciudad ni estrechar el sitio de Narva. Había enviado, como se ha visto, tropas y dinero al rey Augusto, que perdía su trono; estos dos auxilios fueron igualmente inútiles.

*31 julio.*—Los rusos, unidos a los lituanos del partido de Augusto, fueron absolutamente derrotados en Curlandia por el general sueco Levenhaupt. Si los vencedores hubiesen dirigido sus esfuerzos hacia la Livonia y la Ingria, podían aniquilar los trabajos del zar y hacerle perder todo el fruto de sus grandes empresas. Pedro minaba día a día el antemural de Suecia, y Carlos no se oponía a ello lo bastante; buscaba una gloria menos útil y más brillante.

Desde el 12 de julio de 1704, un simple coronel sueco, al frente de un destacamento, había hecho elegir un nuevo rey por la nobleza polaca en el campo de elección, llamado Kolo, cerca de Varsovia. Un cardenal primado del reino y varios obispos se sometían a la voluntad de un príncipe luterano, a pesar de todas las amenazas y las excomuniones del Papa; todo cedía a la fuerza. Na-

die ignora cómo fué hecha la elección de Estanislao Leczinsky, y cómo Carlos XII lo hizo reconocer en gran parte de Polonia.

Pedro no abandonó al rey destronado; redobló sus auxilios a medida que fué más desgraciado; y mientras que su enemigo hacía reyes, él derrotaba separadamente a los generales suecos en la Estonia y la Ingria; corría al sitio de Narva y hacía dar asaltos. Había tres baluartes famosos, al menos por sus nombres: se les llamaba *la Victoria, el Honor y la Gloria*. El zar se apoderó de los tres espada en mano. Los asaltantes entran en la ciudad, la saquean y realizan en ella todas las crueldades, que no eran sino demasiado corrientes entre los suecos y los rusos.

20 agosto 1704.—Pedro dió entonces un ejemplo que debió conquistarle los corazones de sus nuevos súbditos: corre a todas partes para detener el saqueo y el asesinato; arrebató mujeres de las manos de sus soldados; y habiendo matado a dos de éstos que no obedecían sus órdenes, entra en el Ayuntamiento, donde los ciudadanos se refugiaban en montón; allí, poniendo su espada ensangrentada sobre la mesa: “No es con sangre de los habitantes—dijo—con la que esta espada está teñida, sino con la sangre de mis soldados, que yo he vertido para salvaros la vida.”

N. B.—Los capítulos precedentes y todos los siguientes están tomados del Diario de Pedro el Grande y de las Memorias enviadas de Petersburgo, confrontadas con todas las demás Memorias.



## CAPITULO XIV

Toda la Ingria pertenece a Pedro el Grande, mientras Carlos XII triunfa en otras partes.—Elevación de Menzikoff.—Petersburgo, en seguridad.—Planes siempre realizados, a pesar de las victorias de Carlos.

Dueño de toda la Ingria, Pedro confirmó su gobierno a Menzikoff y le dió el título de príncipe y la categoría de jefe del Estado Mayor General. El orgullo y el prejuicio podían en otra parte encontrar mal que un muchacho pastelero llegase a general, gobernador y príncipe; pero Pedro había ya acostumbrado a sus súbditos a no asombrarse de ver conceder todo al talento y nada a la simple nobleza. Menzikoff, sacado de su primitiva posición en su infancia por un azar feliz que le llevó a la casa del zar, había aprendido varias lenguas, se había formado en los negocios y las armas; y habiendo sabido al principio hacerse agradable a su señor, supo después hacerse necesario: activaba los trabajos de Petersburgo; se construían allí ya varias casas de ladrillo y piedra, un arsenal, almacenes; se terminaban las fortificaciones; los palacios no vinieron hasta después.

19 agosto 1704.—Apenas establecido Pedro en Narva, ofreció nuevos auxilios al rey destronado de Polonia; le prometió todavía tropas, además de los doce mil hombres que había ya enviado, y, en efecto, hizo partir para las fronteras de Li-

tuania al general Repnin, con seis mil hombres de caballería y seis mil de infantería. No perdió de vista un solo momento su colonia de Petersburgo: la ciudad se edificaba, la marina se engrandecía, se construían navíos y fragatas en los astilleros de Olonitz; fué a hacerlos terminar y los condujo a Petersburgo.

Todo regreso a Moscú se celebraba con entradas triunfales; así ocurrió este año (30 diciembre), y no partió de allí sino para ir a lanzar al agua su primer buque de ochenta cañones, cuyas dimensiones había dado el año anterior en el Veroneye.

*Mayo 1705.*—En cuanto pudo comenzar la campaña en Polonia, corrió al ejército que había enviado a las fronteras de Lituania en socorro de Augusto; pero mientras él ayudaba así a su aliado, una escuadra sueca avanzaba para destruir Petersburgo y Cronslot, apenas construídas; estaba compuesta de veintidós navíos de cincuenta y cuatro a sesenta y cuatro cañones, de seis fragatas, dos galeotas bombardas y dos brulotes. Las tropas de transporte hicieron su desembarco en la pequeña isla de Kotin. Un coronel ruso, llamado Tolboguin, que había hecho tender a su regimiento boca abajo mientras los suecos desembarcaban en la orilla, les hizo levantar de repente; y el fuego fué tan vivo y tan bien dirigido, que los suecos, desordenados, se vieron obligados a ganar sus barcos, abandonar sus muertos y a dejar trescientos prisioneros.

Sin embargo, su flota permanecía siempre en estos parajes y amenazaba a Petersburgo. Hicieron todavía otro desembarco, y fueron rechazados igualmente: tropas de tierra avanzaban de Viborg, mandadas por el general sueco Meidel; marchaban por la parte de Shlusselbourg; ésta fué la mayor empresa que hubo hasta entonces realizado Carlos XII sobre los Estados que Pedro había conquistado o creado; los suecos fueron rechazados por todas partes, y Petersburgo quedó tranquilo.

*25 junio 1705.*—Pedro, por su parte, avanzaba hacia Curlandia, y quería penetrar hasta Riga. Su plan consistía en apoderarse de Livonia, mientras Carlos XII acababa de someter Polonia al nuevo rey que él había dado. El zar estaba entonces en Vilna y Lituania, y su mariscal Shermeto se aproximaba a Mittau, capital de Curlandia; pero encontró allí al general Levenhaupt, ya célebre por más de una victoria. Se dió una batalla en un lugar llamado Gemavershof o Gemavers.

*28 julio 1705.*—En estas empresas, en que la experiencia y la disciplina imperan, los suecos, aunque inferiores en número, llevaban siempre la ventaja: los rusos fueron completamente derrotados; toda su artillería, cogida. Pedro, después de tres batallas así perdidas, en Gemavers, en Jacobstadt y en Narva, reparaba siempre sus pérdidas y aun sacaba de ellas ventaja.

*14 septiembre 1705.*—Marcha con fuerzas a Curlandia después de la jornada de Gemavers;

llega ante Mittau, se apodera de la ciudad, sitia la ciudadela y entra en ella por capitulación.

Las tropas rusas tenían entonces la fama de señalar todos sus triunfos con saqueos, costumbre demasiado antigua en todas las naciones. Pedro, en la conquista de Narva, había cambiado de tal manera esta costumbre, que los soldados rusos enviados para guardar en el castillo de Mittau las criptas donde estaban inhumados los grandes duques de Curlandia, viendo que los cuerpos habían sido sacados de sus tumbas y despojados de sus ornamentos, rehusaron tomar posesión de ellas, y exigieron que primeramente se hiciese venir un coronel sueco a reconocer el estado de aquellos lugares: vino, en efecto, uno, que les expidió un certificado en el cual confesaba que los suecos eran los autores de tal desorden.

El rumor, que corrió por todo el imperio, de que el zar había sido completamente derrotado en la jornada de Gemavers le hizo todavía más daño que la batalla misma. Algunos antiguos strelitz, de guarnición en Astracán, se decidieron, con esta falsa noticia, a sublevarse; mataron al gobernador de la ciudad, y el zar se vió obligado a enviar allí al mariscal Sheremeto con tropas para someterlos y castigarlos.

Todo conspiraba contra él: la fortuna y el valor de Carlos XII, las desgracias de Augusto, la neutralidad forzada de Dinamarca, las revoluciones de los antiguos strelitz, las murmuraciones de un pueblo que no sentía entonces más que

las molestias de la reforma y no la utilidad, el descontento de los grandes, sometidos a la disciplina militar, el agotamiento del Tesoro; nada desalentó a Pedro ni un solo momento: él sofocó la revolución; y habiendo puesto en seguridad la Ingria, asegurado la ciudadela de Mittau, a pesar de Levenhaupt, vencedor, que no tenía bastantes tropas para oponerse a él, tuvo entonces libertad para atravesar la Samogitia y la Lituania.

Compartió con Carlos XII la gloria de dominar en Polonia; avanzó hasta Tykoczin; allí fué donde vió por segunda vez al rey Augusto; le consoló de sus infortunios, le prometió vengarle, le regaló algunas banderas tomadas por Menzikoff a las tropas de su rival; fueron en seguida a Grodno, capital de Lituania, y allí permanecieron hasta el 15 de diciembre.

*30 diciembre.*—Pedro, al partir, le dejó dinero y ejército, y, según su costumbre, fué a pasar una parte del invierno a Moscú, para hacer florecer allí las artes y las leyes, después de haber hecho una campaña muy difícil.

## CAPITULO XV

Mientras que Pedro se sostiene en sus conquistas y civiliza sus Estados, su enemigo Carlos gana batallas, domina en Polonia y en Sajonia.—Augusto, a pesar de una victoria de los rusos, obedece a Carlos XII.—Renuncia a la corona; entrega a Patkul, embajador del zar.—Muerte de Patkul, condenado a la rueda.

Apenas llegado a Moscú, Pedro supo que Carlos XII, en todas partes victorioso, avanzaba por el lado de Grodno para combatir a su ejército. El rey Augusto se había visto obligado a huir de Grodno y se retiraba precipitadamente hacia Sajonia con cuatro regimientos de dragones rusos; así debilitaba el ejército de su protector y le desalentaba con su retirada; el zar encontró todos los caminos de Grodno ocupados por los suecos y su ejército dispersado.

Mientras que reunía sus destacamentos con extremo trabajo en Lituania, el célebre Schullembourg, que era el último recurso de Augusto, y que adquirió después tanta gloria por la defensa de Corfú contra los turcos, avanzaba del lado de la gran Polonia con unos doce mil sajones y seis mil rusos, sacados de las tropas que el zar había confiado a este desgraciado príncipe. Schullembourg tenía una razonada esperanza de sostener la fortuna de Augusto; veía a Carlos XII ocupado entonces del lado de Lituania; no había más

que unos diez mil suecos, a las órdenes del general Renschild, que pudiesen detener su marcha; avanzaba, pues, con confianza hacia las fronteras de la Silesia, que es el paso de Sajonia a la alta Polonia. Cuando estuvo cerca del burgo de Fraustadt, en las fronteras de Polonia, encontró al mariscal Renschild, que venía a presentarle batalla.

Por más esfuerzos que haga para no repetir lo que ya he dicho en la historia de Carlos XII, tengo que volver a decir aquí que había en el ejército sajón un regimiento francés que, hecho prisionero todo entero en la famosa batalla de Hochstett, fué obligado a servir en las tropas sajonas. Mis Memorias dicen que se le había confiado la defensa de la artillería; añaden que, admirados de la gloria de Carlos XII, y descontentos del servicio de Sajonia, rindieron las armas en cuanto vieron a los enemigos y pidieron ser admitidos entre los suecos, a quienes sirvieron después, en efecto, hasta el fin de la guerra. Este fué el comienzo y la señal de una derrota completa; no se salvaron ni tres batallones rusos, y todavía todos los soldados que escaparon estaban heridos; todo el resto fué muerto, sin que se diese cuartel a nadie. El capellán Norberg pretende que la frase de los suecos en esta batalla era: *En el nombre de Dios*; y la de los rusos: *¡Destrozad todo!* Pero fueron los suecos quienes destrozaron todo en el nombre de Dios. El zar mismo asegura en uno de sus manifiestos (1) que muchos prisioneros rusos, cosa-

---

(1) Manifiesto del zar en Ucrania, 1709.

cos y calmuco, fueron muertos tres días después de la batalla. Las tropas irregulares de los dos ejércitos habían acostumbrado a los generales a estas crueldades; jamás se han cometido otras mayores en los tiempos bárbaros. El rey Estanislao me ha hecho el honor de decirme que en uno de estos combates que se libraban con tanta frecuencia en Polonia, un oficial ruso, que había sido su amigo, vino, después de la derrota de un cuerpo que él mandaba, a ponerse bajo su protección, y que el general sueco Steimbock lo mató de un pistoletazo entre sus brazos.

He aquí cuatro batallas perdidas por los rusos contra los suecos, sin contar las otras victorias de Carlos XII en Polonia. Las tropas del zar que estaban en Grodno corrían el riesgo de sufrir un desastre mayor y ser envueltas por todos lados: era necesario procurar a la vez la seguridad de este ejército y la de sus conquistas en la Ingria. Hizo marchar a su ejército, mandado por el príncipe Menzikoff, hacia el Oriente, y de allí, al Mediodía, hasta Kiev.

*Agosto 1706.*—Mientras marchaba, él se vuelve a Shlusselbourg, a Narva, a su colonia de Petersburgo; pone todo en seguridad, y de las orillas del mar Báltico corre a las del Borístenes, para entrar por Kiev en Polonia, dedicándose siempre a hacer inútiles las victorias de Carlos XII, que no había podido impedir, y aun preparado una conquista nueva: la de Viborg, capital de la Carelia, sobre el golfo de Finlandia (octubre). Fué a



sitiarla, pero esta vez resistió a sus armas; los socorros llegaron a punto, y tuvo que levantar el sitio. Su rival, Carlos XII, no hacía realmente conquista alguna ganando batallas; perseguía entonces al rey Augusto en Sajonia, siempre más ocupado en humillar a este príncipe y agobiarle bajo el peso de su poder y de su gloria que en recuperar la Ingria a un enemigo vencido que se la había arrebatado.

Sembraba el terror en la alta Polonia, en Silesia, en Sajonia. Toda la familia del rey Augusto—su madre, su mujer, su hijo—y las familias principales del país se retiraban al corazón del imperio. Augusto imploraba la paz; deseaba más entregarse a discreción del vencedor que en los brazos de su protector. Negociaba un tratado que le arrebatava la corona de Polonia y le cubría de vergüenza; este tratado era secreto; era preciso ocultarlo a los generales del zar, con los que estaba entonces como refugiado en Polonia, mientras Carlos XII dictaba leyes en Léipzig y reinaba en todo su electorado.

*14 septiembre 1706.*—Ya estaba firmado por sus plenipotenciarios el fatal tratado por el cual renunciaba a la corona de Polonia, prometía no ostentar nunca el título de rey en este país, reconocía a Estanislao, renunciaba a la alianza del zar, su protector, y, para colmo de humillaciones, se comprometía a entregar a Carlos XII el embajador del zar, Juan Reginold Patkul, general de las tropas rusas, que combatía por su defensa. Había

hecho algún tiempo antes detener a Patkul, contra el derecho de gentes, por falsas sospechas, y, contra este mismo derecho de gentes, lo entregaba a su enemigo. Valía más morir con las armas en la mano que concluir tal tratado: no solamente perdía con él su corona y su gloria, sino que arriesgaba además su libertad, puesto que estaba entonces en las manos del príncipe Menzikoff, en Posnania, y los pocos sajones que tenía con él recibían entonces su sueldo con dinero de los rusos.

El príncipe Menzikoff tenía enfrente, en estos campamentos, un ejército sueco, reforzado con polacos del partido del nuevo rey Estanislao, mandado por el general Maderfeld; e ignorando que Augusto trataba con sus enemigos, le propuso atacarlos. Augusto no se atrevió a rehusar; la batalla se dió cerca de Kalish, en el palatinado mismo del rey Estanislao.

*19 octubre 1706.*—Esta fué la primer batalla campal que los rusos ganaron a los suecos; el príncipe Menzikoff tuvo esta gloria: se mataron al enemigo cuatro mil hombres; se le tomaron dos mil quinientos noventa y ocho.

Es difícil comprender cómo Augusto pudo, después de esta victoria, ratificar un tratado que le privaba de todo su fruto; pero Carlos estaba en Sajonia, y allí era omnipotente; su nombre imprimía de tal modo el terror, se tenían en tan poco los triunfos obtenidos por parte de los rusos, el partido polaco contra el rey Augusto era tan fuerte, y, en fin, Augusto estaba tan mal aconse-

jado, que firmó este tratado funesto. No se detuvo aquí: escribió a su enviado, Finkstein, una carta, más triste que el mismo tratado, en la cual pedía perdón por su victoria, "protestando de que la batalla se había dado a pesar suyo; que los rusos y los polacos de su partido le habían obligado a ello; que en esta empresa él había hecho maniobras para abandonar a Menzikoff; que Maderfeld hubiera podido vencerle si hubiese aprovechado la ocasión; que él devolvería todos los prisioneros suecos, o rompería con los rusos, y que, en fin, daría al rey de Suecia todas las satisfacciones convenientes..." por haberse atrevido a derrotar sus tropas.

Todo esto es único, inconcebible, y, sin embargo, la verdad más exacta. Cuando se piensa que con esta debilidad Augusto era uno de los príncipes más bravos de Europa, se ve bien que es el valor espiritual el que hace perder o conservar los Estados, quien los eleva o los rebaja.

Dos nuevos rasgos que acaban de destacar el infortunio del rey de Polonia, elector de Sajonia, y el abuso que Carlos XII hacía de su fortuna: el primero fué una carta de felicitación que Carlos obligó a Augusto a escribir, dirigida al nuevo rey Estanislao; el segundo fué horrible: el mismo Augusto fué forzado a entregarle a Patkul, el embajador, el general del zar. Europa sabe muy bien que este ministro fué después muerto en la rueda, en Casimir, en el mes de septiembre de 1707. El capellán Norberg confiesa que todas

las órdenes para esta ejecución fueron escritas por la propia mano de Carlos.

No hay ningún jurisconsulto en Europa, no hay siquiera ningún esclavo, que no sienta todo el horror de esta injusticia bárbara. El primer crimen de este infortunado fué el haber defendido respetuosamente los derechos de su patria a la cabeza de seis nobles livonianos, diputados del Estado; condenado por haber cumplido el primero de los deberes, el de servir a su país según las leyes, esta sentencia inicua le había colocado en el pleno derecho natural que tienen todos los hombres de escoger una patria. Llegado a embajador de uno de los más grandes monarcas del mundo, su persona era sagrada. El derecho del más fuerte violó en él el derecho de la naturaleza y el de las naciones. En otro tiempo, el brillo de la gloria cubría tales crueldades; hoy, éstas obscurecen a aquélla.

## CAPITULO XVI

Se quiere hacer un tercer rey en Polonia.—Carlos XII parte de Sajonia con un ejército floreciente y atraviesa Polonia vencedor.—Crueldades realizadas.—Conducta del zar.—Triunfos de Carlos, que avanza al fin hacia Rusia.

Carlos XII gozaba de sus triunfos en Altrabsdad, cerca de Léipzig. Los principales protestantes del imperio de Alemania venían en tropel a

ofrecerle sus homenajes y pedirle su protección. Casi todas las potencias le enviaban embajadores. El emperador José I accedía a todos sus deseos. Pedro, entonces, viendo que el rey Augusto había renunciado a su protección y al trono, y que una parte de Polonia reconocía a Estanislao, escuchó las proposiciones que le hizo Yolkova de elegir un tercer rey.

*Enero 1707.*—Se propusieron varios palaciegos en una dieta en Lublín; se puso en lista el príncipe Ragotski; éste era el mismo Ragotski, mucho tiempo recluso en prisión en su juventud por el emperador Leopoldo, y que luego fué su competidor al trono de Hungría, después de haberse procurado la libertad. Esta negociación fué llevada muy lejos, y poco faltó para que se viesen tres reyes de Polonia a la vez. No habiendo podido conseguirlo el príncipe Ragotski, Pedro quiso dar el trono al gran general de la república, Siniawski, hombre poderoso, acreditado, jefe de un tercer partido, que no quería reconocer ni a Augusto destronado ni a Estanislao elegido por un partido contrario.

En medio de esta confusión, se habló de paz, como se hacía siempre. Buzenval, enviado de Francia en Sajonia, se entremetió para reconciliar al zar y al rey de Suecia. Se creía entonces en la corte de Francia que Carlos, no teniendo ya que combatir ni a los rusos ni a los polacos, podría volver sus armas contra el emperador José, de quien estaba descontento, y a quien im-

ponía leyes duras durante su estancia en Sajonia; pero Carlos respondió que él trataría de la paz con el zar en Moscú. Entonces fué cuando Pedro dijo: "Mi hermano Carlos quiere hacer de Alejandro; pero no encontrará en mí un Darío."

Sin embargo, los rusos estaban todavía en Polonia, y hasta en Varsovia, mientras que el rey dado a los polacos por Carlos XII era apenas reconocido por ellos, y que Carlos enriquecía su ejército con los despojos de los sajones.

*22 agosto 1707.*—Al fin partió de su cuartel de Altrabstad al frente de un ejército de cuarenta y cinco mil hombres, al cual le parecía que su enemigo no podría resistir nunca, puesto que le había derrotado completamente con ocho mil en Narva.

*27 agosto.*—Fué al pasar ante los muros de Dresde cuando hizo al rey Augusto esta extraña visita "que debe causar admiración a la posteridad", como dice Norberg; por lo menos, puede causar algún asombro. Era mucho arriesgar el ponerse en las manos de un príncipe a quien había quitado un reino. Volvió a pasar por la Siberia y entró en Polonia.

Este país estaba completamente devastado por la guerra, arruinado por las facciones y presa de todas las calamidades. Carlos avanzaba por la Masovia y escogía el camino menos practicable. Los habitantes, refugiados en pantanos, quisieron, al menos, cobrarle el paso. Seis mil campesinos le enviaron un viejo como representante

suyo: este hombre, de figura extraordinaria, todo vestido de blanco, y armado de dos carabuias, arengó a Carlos; y como no se entendía demasiado bien lo que decía, se tomó la resolución de matarlo a la vista del príncipe, en medio de su arenga. Los campesinos, desesperados, se retiraron y se armaron. Se capturó a todos los que se pudo encontrar; se les obligaba a ahorcarse unos a otros, y al último se le forzaba a pasarse él mismo la cuerda al cuello y ser su propio verdugo. Es el capellán Norberg quien certifica este hecho, del que fué testigo; no se puede ni recusarlo ni dejar de estremecerse.

*26 febrero 1708.*—Carlos llega a algunas leguas de distancia de Grodno, en Lituania; se le dice que el zar en persona está en esta ciudad con algunas tropas; sin deliberar, toma consigo ochocientos guardias solamente y corre a Grodno. Un oficial alemán, llamado Mulfels, que mandaba un destacamento en una puerta de la ciudad, no duda, al ver a Carlos XII, que no venga seguido de su ejército; le entrega el paso, en lugar de defenderlo; la alarma se extiende por la ciudad; todo el mundo cree que ha entrado el ejército sueco; los pocos rusos que quieren resistir son despedazados por la guardia sueca; todos los oficiales confirman al zar que un ejército victorioso se hace dueño de todos los puestos de la ciudad. Pedro se retira más allá de las murallas y Carlos pone una guardia de treinta hombres en la puerta misma por donde el zar acaba de salir.

En esta confusión, algunos jesuítas, a quienes habían tomado la casa para alojar al rey de Suecia, porque era la más hermosa de Grodno, llegan por la noche junto al zar y le enseñan esta vez la verdad. Inmediatamente Pedro vuelve a entrar en la ciudad; fuerza la guardia sueca; se combate en las calles, en las plazas; pero ya el ejército del rey llegaba. El zar se vió, al fin, obligado a ceder y dejar la ciudad en poder del vencedor, que hacía temblar a Polonia.

Carlos había aumentado sus tropas en Livonia y en Finlandia, y todo era de temer en esta parte para las conquistas de Pedro, como del lado de Lituania para sus antiguos Estados y para el mismo Moscú. Era, pues, preciso fortificarse en todas estas partes, tan alejadas unas de otras. Carlos no podía hacer progresos rápidos yendo hacia Oriente por la Lituania, en medio de una estación cruda, en países pantanosos, infectados de enfermedades contagiosas, que la pobreza y el hambre habían extendido de Varsovia a Minski. Pedro apostó sus tropas en destacamentos sobre los pasos de los ríos, guarneció los puestos importantes, hizo todo lo que pudo para detener paso a paso la marcha de su enemigo (abril 1708) y corrió en seguida a poner orden en todo hacia Petersburgo.

Carlos, dominando a los polacos, no obtenía de ellos nada; pero Pedro, haciendo uso de su nueva marina, desembarcando en Finlandia (21 mayo 1708), tomando a Borgo, que destruyó, y cogien-



do un gran botín a sus enemigos, conseguía ventajas útiles.

Carlos, detenido mucho tiempo en la Lituania por lluvias continuas, avanzó al fin por el pequeño río Berezine, a algunas leguas del Borístenes. Nada pudo resistir a su actividad; tendió un puente a la vista de los rusos; derrotó el destacamento que guardaba este paso, y llegó a Hollosin, sobre el río Vabis. Allí era donde el zar había puesto un núcleo considerable que debía detener la impetuosidad de Carlos. El pequeño río Vabis (1) no es más que un arroyo durante las sequías; pero entonces era un torrente impetuoso, profundo, engrosado por las lluvias. Más allá había un pantano, y detrás de este pantano los rusos habían construído un atrincheramiento de un cuarto de legua, defendido por un ancho foso y cubierto por un parapeto provisto de artillería. Nueve regimientos de caballería y once de infantería estaban ventajosamente dispuestos en estas líneas. El paso del río parecía imposible.

Los suecos, según los usos de guerra, prepararon pontones para pasar y dispusieron baterías de cañones para favorecer la marcha; pero Carlos no esperó a que los pontones estuviesen preparados; su impaciencia por combatir no sufría nunca el menor retraso. El mariscal de Shwerin, que ha servido mucho tiempo a sus órdenes, me ha confirmado varias veces que un día de acción decía a sus generales, ocupados del detalle de estas

---

(1) En ruso, Bibitsch.

disposiciones: “¿Habréis acabado pronto esas ba-  
galetas?”; y entonces avanzaba el primero a la  
cabeza de sus drabanes; esto es lo que hizo sobre  
todo en esta memorable jornada.

Se lanzó al río seguido de su regimiento de  
guardias. Esta multitud conseguía romper la im-  
petuosidad de la corriente; pero le llegaba el  
agua hasta los hombros y no podía servirse de  
sus armas. Por poco bien servida que hubiese es-  
tado la artillería del parapeto y los batallones  
hubiesen tirado oportunamente, no se hubiera es-  
capado ni un solo sueco.

*25 julio 1708.*—El rey, después de haber atra-  
vesado el río, pasó todavía el pantano a pie. En  
cuanto el ejército hubo franqueado estos obstácu-  
los a la vista de los rusos, comenzó la batalla;  
siete veces atacaron las trincheras, y los rusos  
no cedieron hasta la séptima. No les cogieron  
más que doce piezas de campaña y veinticuatro  
morteros de granadas, según confesión propia de  
los historiadores suecos.

Era, pues, bien visible que el zar había logrado  
formar tropas aguerridas; y esta victoria de Hol-  
losin, llenando a Carlos XII de gloria, podía ha-  
cerle sentir todos los peligros que iba a correr  
al penetrar en países tan alejados; no se podía  
marchar más que en grupos separados, de bosque  
en bosque, de pantano en pantano y teniendo que  
combatir a cada paso; pero los suecos, acostum-  
brados a derribar todo cuanto se les pusiese de-  
lante, no temieron ni al peligro ni a la fatiga.

## CAPITULO XVII

Carlos XII pasa el Borístenes, se introduce en Ukrania, toma mal sus medidas; uno de sus ejércitos es derrotado por Pedro el Grande; pierde sus municiones.—Avanza en estos desiertos.—  
Aventuras en Ukrania.

Al fin, Carlos llegó a orillas del Borístenes, a una pequeña ciudad llamada Mohilov (1). En este fatal lugar era donde había de saberse si se dirigiría al Oriente, hacia Moscú, o al Mediodía, hacia Ukrania. Su ejército, sus enemigos, sus amigos, esperaban que marcharía a la capital. Cualquiera que fuese el camino que tomase, Pedro le seguía desde Smolensko con un fuerte ejército; no se esperaba que tomase el camino de Ukrania; esta extraña resolución le fué inspirada por Mazeppa, hetmán de los cosacos; era un viejo de setenta años, quien, no teniendo hijos, parece que no debía pensar más que en acabar tranquilamente su vida; el agradecimiento también debía unirle al zar, a quien debía su puesto; pero sea que tuviese, en efecto, motivos de queja de este príncipe, sea que la gloria de Carlos XII le hubiese deslumbrado, sea más bien que tratase de hacerse independiente, él había traicionado a su bienhechor y se había entregado en secreto al rey de Suecia, lisonjeándose de hacer con él sublevar a toda la nación.

---

(1) En ruso, Mogillew.

Carlos no dudó ya de triunfar en todo el imperio ruso cuando sus victoriosas tropas fuesen secundadas por un pueblo tan belicoso. El debía recibir de Mazeppa los víveres, las municiones, la artillería que pudieran faltarle; a este valioso auxilio debía unirse un ejército de diez y seis a diez y ocho mil combatientes, que llegaría de Livonia, conducido por el general Levenhaupt, llevando tras de él una prodigiosa cantidad de provisiones de boca y guerra. A Carlos no le inquietaba si el zar estaría en situación de caer sobre este ejército y privarle de un auxilio tan necesario. No se informaba de si Mazeppa estaba en condiciones de mantener todas sus promesas, si este cosaco tenía bastante crédito para hacer cambiar una nación entera que no se aconseja sino consigo misma, y si, en fin, en un desastre le quedarían bastantes recursos a su ejército; y en caso de que Mazeppa careciese de fidelidad o de poder, él contaba con su valor y su fortuna. El ejército sueco avanzó entonces más allá de Borístenes, hacia el Desna; entre estos dos ríos era donde Mazeppa estaría esperando. El camino era penoso, y los grupos rusos que recorrían estos lugares hacían la marcha peligrosa.

*11 septiembre 1708.*—Menzikoff, al frente de algunos regimientos de caballería y de dragones, atacó la vanguardia del rey, la puso en desorden, mató muchos suecos, perdió aún más de los suyos, pero no se desanimó. Carlos, que acudió al campo de batalla, no rechazó a los rusos sino

muy difícilmente, arriesgando mucho tiempo su vida y combatiendo contra varios dragones que le rodeaban. Entre tanto, Mazeppa no venía; los víveres empezaban a faltar. Los soldados suecos, viendo a su rey compartir todos sus peligros, sus fatigas y su penuria, no se desalentaban; pero, admirándole, le vitupéraban y murmuraban.

La orden enviada por el rey a Levenhaupt para que saliese con su ejército y condujese municiones con prontitud había llegado con doce días de retraso, y éste era mucho tiempo en tales circunstancias. Levenhaupt marchaba al fin; Pedro le dejó pasar el Borístenes, y cuando este ejército estuvo encajonado entre este río y los pequeños que a él afluyen, pasó el río después de él y le atacó con sus tropas reunidas, que se sucedían casi en escalones. La batalla se dió entre el Borístenes y el Sossa (1).

El príncipe Menzikoff venía con el mismo cuerpo de Caballería que se había batido con Carlos XII; el general Bauer le seguía, y Pedro conducía, por su parte, lo más escogido de su ejército. Los suecos creyeron habérselas con cuarenta mil combatientes, y esto se ha creído durante mucho tiempo bajo la fe de su narración. Mis Memorias recientes me enseñan que Pedro no tenía más de veinte mil hombres en esta jornada; ese número no era muy superior al de sus enemigos. La actividad del zar, su paciencia, su

---

(1) En ruso, Socza.

obstinación, la de sus tropas, animadas por su presencia, decidieron la suerte, no de esta jornada, sino de tres jornadas consecutivas, durante las cuales se combatió repetidamente.

Primeramente se atacó la retaguardia del ejército sueco cerca de la ciudad de Lesnau, que ha dado nombre a esta batalla. Este primer choque fué sangriento, sin ser decisivo. Levenhaupt se retiró a un bosque y conservó su bagaje. Al día siguiente fué necesario echar a los suecos de este bosque (7 octubre 1708); el combate fué más mortífero y más afortunado; fué allí donde el zar, viendo a sus tropas en desorden, gritó que se tirase sobre los fugitivos, y sobre él mismo si él se retiraba. Los suecos fueron rechazados, pero no derrotados.

Al fin llegó un refuerzo de cuatro mil dragones; se volvió a caer sobre los suecos por tercera vez; éstos se retiraron hacia un burgo llamado Prospok; todavía se les atacó allí; marcharon hacia el Desna, y allí se les persiguió. Nunca fueron completamente derrotados; pero perdieron más de ocho mil hombres, diez y siete cañones, cuarenta y cuatro banderas; el zar hizo prisioneros a cincuenta y seis oficiales y cerca de novecientos soldados. Todo el gran convoy que se enviaba a Carlos quedó en poder del vencedor.

Esta fué la primera vez que el zar desafió personalmente, en una batalla campal, a los que se habían distinguido por tantas victorias sobre sus tropas; daba gracias a Dios por este triunfo,

cuando supo que su general Apraxin acababa de obtener ventajas en Ingria, a algunas leguas de Narva (17 septiembre 1708); ventajas, ciertamente, menos considerables que la victoria de Lesnau; pero este concurso de acontecimientos felices fortificaba sus esperanzas y el valor de su ejército.

Carlos XII se enteró de todas estas funestas noticias cuando estaba a punto de pasar el Desna, en Ucrania. Mazeppa vino al fin a su encuentro; debía traerle treinta mil hombres y provisiones inmensas, pero no llegó más que con dos regimientos, y más bien como fugitivo que pide socorros que como príncipe que viene a darlos. Este cosaco había marchado, en efecto, con quince o diez y seis mil de los suyos, habiéndoles dicho primeramente que iban contra el rey de Suecia, que tendrían la gloria de detener a este héroe en su marcha y que el zar les quedaría eternamente obligado por un servicio tan grande.

A algunas millas del Desna les declaró al fin su proyecto; pero a estos bravos les horrorizó; no quisieron hacer traición a un monarca de quien no tenían ninguna queja, para servir a un sueco que entraba a mano armada en su país, quien, después de haberlo abandonado, no podría ya defenderles, y les dejaría a discreción de los rusos, irritados, y de los polacos, en otro tiempo sus señores y siempre sus enemigos; se volvieron a sus casas y dieron aviso al zar de la defección de su jefe. No quedaron con Mazeppa más que unos

dos regimientos, cuyos oficiales iban a sus expensas.

Todavía era dueño de algunas plazas en Ukraina, y sobre todo de Bathurin, lugar de su residencia, considerado como la capital de los cosacos; está situado junto a los bosques de la orilla del Desna, pero muy lejos del campo de batalla donde Pedro había vencido a Levenhaupt. Había siempre algunos regimientos rusos por estos sitios. El príncipe Menzikoff fué destacado del ejército del zar: llegó allí con grandes rodeos. Carlos no podía guardar todos los pasos; ni siquiera los conocía; no se había cuidado de apoderarse del importante puesto de Starodoub, que lleva derecho a Bathurin, a través de siete u ocho leguas del bosque que el Desna atraviesa. Su enemigo tenía siempre sobre él la ventaja de conocer el país.

4 noviembre 1708.—Menzikoff pasó fácilmente con el príncipe Gallitzin; se presentó delante de Bathurin, lo tomó casi sin resistencia, lo saqueó y lo redujo a cenizas. Se apoderó de un almacén destinado para el rey de Suecia y de los tesoros de Mazeppa. Los cosacos eligieron otro hetmán, llamado Skoropasky, que el zar aprobó; quiso que una ceremonia imponente hiciese sentir al pueblo la enormidad de la traición; el arzobispo de Kiev y otros dos excomulgaron públicamente a Mazeppa (22 noviembre); fué ahorcado en efigie, y algunos de sus cómplices murieron en el suplicio de la rueda.



Entre tanto, Carlos XII, al frente de veinticinco o veintisiete mil suecos, habiendo recibido además los restos del ejército de Levenhaupt, aumentado con dos o tres mil hombres que Mazeppa le había traído, y siempre seducido por la esperanza de atraerse toda la Ucrania, pasó el Desna lejos de Bathurin y cerca del Borístenes, a pesar de las tropas del zar, que le rodeaban por todos lados, de las cuales unas seguían su retaguardia, y las otras, extendidas más allá del río, se oponían a su paso.

Avanzaba, pero por desiertos, y no encontraba más que ciudades arruinadas e incendiadas. El frío se hizo sentir desde el mes de diciembre con un rigor tan excesivo, que, en una de sus marchas, cerca de dos mil hombres cayeron muertos a su vista; las tropas del zar sufrían menos porque tenían más recursos; las de Carlos, careciendo casi de ropas, estaban más expuestas a los rigores de la estación.

En este estado deplorable, el conde Piper, canceller de Suecia, que nunca dió sino buenos consejos a su soberano, le conjuró para que se quedase, para que pasase al menos la época más rigurosa del invierno en una pequeña ciudad de Ucrania, llamada Romna, donde podría fortificarse y hacer algunas provisiones con el auxilio de Mazeppa. Carlos respondió que él no era hombre que se encerrase en una ciudad. Piper, entonces, le conjuró para volver a pasar el Desna y el Borístenes; volver a entrar en Polonia; dar allí a

sus tropas cuarteles, de que tenían necesidad; ayudarse de la caballería ligera de los polacos, que le era absolutamente precisa; sostener al rey, que él había hecho nombrar, y contener al partido de Augusto, que comenzaba a levantar la cabeza. Carlos replicó que eso sería huir ante el zar, que la estación llegaría a ser más favorable, que era necesario subyugar a Ukrania y marchar a Moscú (1).

Los ejércitos rusos y suecos estuvieron algunas semanas inactivos: tanto fué el frío violento del mes de enero de 1709; pero en cuanto el soldado pudo servirse de sus armas, Carlos atacó a todos los pequeños puestos que se encontraron a su paso. Era preciso enviar por todos lados partidas para buscar víveres, es decir, para ir a arrebatar a veinte leguas a la redonda las subsistencias de los campesinos. Pedro, sin apresurarse, vigilaba sus marchas y les dejaba consumirse.

Es imposible al lector seguir la marcha de los suecos por estos países; varios de los ríos que pasaron no se encuentran en los mapas; no se debe creer que los geógrafos conocen estos países como nosotros conocemos a Italia, Francia y Alemania; la Geografía es todavía, de todas las artes, la que tiene más necesidad de ser perfeccionada; y la ambición, hasta ahora, ha tenido más cuidado de devastar la tierra que de describirla.

Contentémonos con saber que Carlos, al fin,

---

(1) Declarado por el capellán Norberg, tomo II, pág. 263.

atravesó toda la Ukrania en el mes de febrero, incendiando ciudades por todas partes y encontrando las que los rusos habían quemado. Avanzó hacia el Sudeste hasta los áridos desiertos circundados por las montañas que separan los tártaros Nogais de los cosacos de Tanais; al oriente de estas montañas es donde están los altares de Alejandro. Se encontraba entonces más allá de Ukrania, en el camino que siguen los tártaros para ir a Rusia, y cuando llegó allí tuvo necesidad de volver sobre sus pasos para poder subsistir; los habitantes se ocultaban en cuevas con sus ganados; se resistían algunas veces a entregar sus víveres a los soldados que venían a arrebatárselos; los campesinos que pudieron ser cogidos fueron condenados a muerte: ¡esos son, se dice, los derechos de la guerra! Debo transcribir aquí algunas líneas del capellán Norberg (1). *Para hacer ver—dice—cuánto amaba el rey la justicia, insertaremos una carta de su propia mano al coronel Hielmen: “Señor coronel: Me alegro mucho de que hayan cogido a los campesinos que se habían apoderado de un sueco; cuando se les haya convencido de su crimen se les castigará, según lo exige el caso, condenándolos a morir. Carlos; y más abajo, Budis.”* Tales son los sentimientos de justicia y de humanidad del confesor de un rey; pero si los campesinos de Ukrania hubiesen podido hacer ahor-

---

(1) Tomo II, pág. 279.

car a los campesinos de Ostrogodia militarizados que se creyesen con derecho a venir de tan lejos a arrebatárles el alimento de sus mujeres y de sus hijos, los confesores y los capellanes de esos ucranianos ¿no habrían podido bendecir su justicia?

Mazeppa negociaba desde mucho antes con los zaporogos que viven en las dos orillas del Borístenes, y una parte de los cuales habita las islas de este río (1). Esta parte es la que compone ese pueblo sin mujeres y sin familias, viviendo de la rapiña, amontonando sus provisiones en sus islas durante el invierno y yéndolas a vender en la primavera a la pequeña ciudad de Pultava; los otros habitan los burgos a derecha e izquierda del río. Todos juntos eligen un hetmán especial, y este hetmán está subordinado al de Ucrania. El que estaba entonces al frente de los zaporogos fué a encontrarse con Mazeppa; estos dos bárbaros se reunieron, haciendo llevar cada uno delante de sí una cola de caballo y una maza.

Para dar a conocer lo que era este hetmán de los zaporogos y su pueblo, no creo indigno de la historia referir cómo se verificó este tratado. Mazeppa dió un gran banquete, servido con vajilla de plata, al hetmán zaporogo y a sus principales oficiales; cuando los jefes estuvieron borrachos de aguardiente, juraron en la mesa, sobre el Evangelio, que proporcionarían hombres y víveres a Carlos XII; después de lo cual se apoderaron de

---

(1) Véase el capítulo I.

la vajilla y de todos los muebles. El mayordomo de la casa corrió hacia ellos, y demostró que esta conducta no estaba de acuerdo con el Evangelio, sobre el cual habían jurado; los criados de Mazepa quisieron recuperar la vajilla; los zaporogos se reunieron; vinieron en corporación a quejarse a Mazepa de la afrenta inaudita que se hacía a estos bárbaros, y pidieron que se les entregase al mayordomo, para castigarle según las leyes; se les entregó, y los zaparogos, según las leyes, lanzaron unos a otros a este pobre hombre, como se hace con un balón, después de lo cual se le clavó un cuchillo en el corazón.

Tales eran los nuevos aliados que se vió obligado a recibir Carlos XII; formó con ellos un regimiento de dos mil hombres; el resto marchó por grupos separados contra los cosacos y los calmucos del zar, distribuídos por estos lugares.

La ciudad de Pultava, en la que estos zaporogos trafican, estaba llena de provisiones, y podía servir a Carlos de plaza de armas; está situada sobre el río Vorskla, bastante cerca de una cadena de montañas que la dominan por el Norte; el lado de Oriente es un vasto desierto; el de Occidente es más fértil y más poblado. El Vorskla va a perderse a quince leguas largas más abajo, en el Borístenes. Se puede ir de Pultava al Norte a ganar el camino de Moscú por los desfiladeros que sirven de paso a los tártaros; este camino es difícil; las precauciones del zar lo habían hecho casi impracticable; pero nada parecía imposible

a Carlos, y contaba siempre con tomar el camino de Moscú después de haberse apoderado de Pultava; puso sitio a esta ciudad al principio de mayo.

## CAPITULO XVIII

### Batalla de Pultava.

Allí era donde Pedro le esperaba; había dispuesto sus cuerpos de ejército en condiciones de reunirse y marchar todos juntos contra los sitiadores. Había visitado todas las regiones que rodean a Ucrania; el ducado de Severia, que riega el Desna, que se hizo célebre por su victoria, y donde este río es ya profundo; el país de Balcho, en el que el Oca toma su origen; los desiertos y las montañas que conducen al Palus-Meotide; él estaba, en fin, cerca de Azof, y allí hacía limpiar el puerto, construir navíos, fortificar la ciudadela de Taganrok, utilizando así en provecho de sus Estados el tiempo transcurrido entre las batallas de Desna y de Pultava.

En cuanto sabe que esta ciudad está sitiada, reúne sus destacamentos. Su caballería, sus dragones, su infantería, cosacos, calmuco, avanzan de veinte lugares diferentes; nada falta a su ejército: ni cañones grandes, ni piezas de campaña, ni municiones de ningún género, ni víveres, ni medicamentos; ésta era todavía una superioridad que él se había procurado sobre su rival.

El 15 de junio de 1709 llega ante Pultava con un ejército de cerca de setenta mil combatientes.

El río Vorskla estaba entre él y Carlos; los sitiadores, al Noroeste; los rusos, al Sudeste.

3 julio 1709.—Pedro remonta el río por encima de la ciudad; tiende sus puentes, hace pasar su ejército y construye una gran trinchera, que se empieza y se acaba en una sola noche, frente a frente del ejército enemigo. Carlos pudo juzgar entonces si aquel a quien despreciaba y esperaba destronar en Moscú entendía el arte de la guerra (6 julio). Dispuesto todo esto, Pedro apostó su caballería entre dos bosques y la cubrió con varios reductos provistos de artillería. Tomadas así todas las medidas, va a reconocer el campo de los sitiadores para planear su ataque.

Esta batalla iba a decidir el destino de Rusia, de Polonia, de Suecia y de los monarcas sobre quienes Europa tenía puestos sus ojos. No se sabía, en la mayor parte de las naciones atentas a estos grandes intereses, ni dónde estaban estos dos príncipes ni cuál era su situación; pero después de haber visto partir de Sajonia a Carlos XII victorioso a la cabeza del ejército más formidable, después de haber sabido que perseguía por todas partes a su enemigo, no se dudaba de que pudiese exterminarlo, y que, habiendo dictado leyes en Dinamarca, en Polonia, en Alemania, no fuese a dictar también, en el Kremlin de Moscú, las condiciones de paz y hacer un zar después de haber hecho un rey de Polonia. Yo he visto cartas de muchos ministros que confirmaban sus creencias en esta opinión general.

El riesgo no era igual entre los dos rivales. Si Carlos perdía una vida tantas veces prodigada, esto, después de todo, sólo significaba un héroe menos. Las provincias de Ucrania, las fronteras de Lituania y de Rusia dejarían de ser devastadas; Polonia recobraría, con su tranquilidad, su rey legítimo, ya reconciliado con el zar, su bienhechor. Suecia, en fin, agotada de hombres y dinero, podía encontrar motivos de consuelo; pero si el zar perecía, inmensas empresas útiles a todo el género humano serían sepultadas con él, y el más vasto imperio de la tierra volvería a caer en el caos, del que apenas había empezado a salir.

*27 junio 1709.*—Algunos cuerpos suecos y rusos habían venido más de una vez a las manos bajo los muros de la ciudad. Carlos, en uno de esos encuentros, había sido herido de un tiro de carabina que le fracturó los huesos del pie; sufrió operaciones dolorosas, que soportó con su valor ordinario, y se vió obligado a guardar cama algunos días. En este estado, supo que Pedro iba a atacarle; sus ideas de gloria no le permitieron esperarle en sus trincheras; salió de ellas haciéndose llevar en una camilla. El Diario de Pedro el Grande confiesa que los suecos atacaron con un valor tan obstinado los reductos guarnecidos de cañones que protegían su caballería, que, a pesar de su resistencia y no obstante un fuego continuo, se hicieron dueños de dos reductos. Se ha escrito que la infantería sueca, dueña de dos reductos, creyó la batalla ganada y gritó: ¡victo-



ria! El capellán Norberg, que estaba lejos del campo de batalla, en la ambulancia—donde debía estar—, pretende que esto es una calumnia; pero hayan gritado o no victoria los suecos, lo cierto es que no la obtuvieron. El fuego de los demás reductos no disminuyó y los rusos resistieron en todas partes con una firmeza tan grande como el valor con que se les atacaba. No hicieron ningún movimiento irregular. El zar dispuso su ejército en batalla, fuera de sus trincheras, con orden y rapidez.

La batalla se hizo general. Pedro desempeñaba en su ejército las funciones de jefe de Estado Mayor general; el general Bauer mandaba la derecha; Menzikoff, la izquierda; Sheremeto, el centro. La acción duró dos horas. Carlos, con la pistola en la mano, iba de fila en fila en su camilla, llevado por sus drabanes; un cañonazo mató a uno de los guardias que lo conducían e hizo pedazos la camilla. Carlos se hizo llevar entonces sobre lanzas, pues es difícil, diga lo que quiera Norberg, que en una acción tan viva se hubiese encontrado una nueva camilla preparada. Pedro recibió varios balazos en su traje y en su sombrero: los dos príncipes estuvieron continuamente en medio del fuego durante toda la acción. Al fin, después de dos horas de combate, los suecos fueron arrollados en todas partes; cundió entre ellos el desorden, y Carlos XII se vió obligado a huir ante aquel a quien había despreciado tanto. Se puso a caballo en su huída el mismo héroe

que no había podido montar en él durante la batalla: la necesidad le dió un poco de fuerza; corrió, sufriendo agudos dolores, todavía más acerbos por añadirse el de estar vencido sin remedio. Los rusos contaron nueve mil doscientos veinticuatro suecos muertos sobre el campo de batalla; hicieron durante la acción de dos a tres mil prisioneros, sobre todo en la caballería.

Carlos XII precipitaba su fuga con unos catorce mil combatientes, muy poca artillería de campaña, víveres, municiones y pólvora. Marchó hacia el Borístenes, al Mediodía, entre los ríos Vorskla y Sol (1), en el país de los zaporogos. Más allá del Borístenes hay en este lugar grandes desiertos, que conducen a las fronteras de Turquía. Norberg asegura que los vencedores no se atrevieron a perseguir a Carlos; sin embargo, confiesa que el príncipe Menzikoff se presentó en las alturas con diez mil hombres de caballería y un tren de artillería considerable cuando el rey pasaba el Borístenes (12 julio 1709). Catorce mil suecos se entregaron como prisioneros de guerra a estos diez mil rusos; Levenhaupt, que los mandaba, firmó esta fatal capitulación, por la cual entregaba al zar los zaporogos que, combatiendo por su rey, se encontraban en este ejército fugitivo. Los principales prisioneros hechos en la batalla, y por la capitulación, fueron el conde Piper, primer ministro, con dos secretarios de Es-

---

(1) O Psol.

tado y dos de gabinete; el feldmariscal Renschild, los generales Levenhaupt, Slipenbuk, Rosen, Stakelber, Creutz y Hámilton; tres ayudantes generales, el auditor general del ejército, cincuenta y nueve oficiales de Estado Mayor, cinco coroneles, entre los cuales estaba un príncipe de Wirtemberg; diez y seis mil novecientos cuarenta y dos soldados o suboficiales; en fin, comprendiendo en ellos los criados del rey y otras personas que seguían al ejército, un total de diez y ocho mil setecientos cuarenta y seis en poder del vencedor; lo que, unido a los nueve mil doscientos veinticuatro que murieron en la batalla, y a cerca de dos mil hombres que pasaron el Borístenes siguiendo al rey, hace ver que había, en efecto, veintisiete mil combatientes a sus órdenes en esta memorable jornada (1).

Había partido de Sajonia con cuarenta y cinco mil combatientes; Levenhaupt le había traído más de diez y seis mil de Livonia; nada quedaba de este brillante ejército y de una numerosa artillería, perdida en las marchas, enterrada en los pantanos; no había conservado más que diez y ocho cañones fundidos, dos obuses y doce morteros. Con estas débiles fuerzas fué con las que emprendió el sitio de Pultava y el ataque a un

---

(1) Se han impreso en Amsterdam, en 1730, las Memorias de Pedro el Grande, por el supuesto boyardo Iván Nesturanoy. Dice en las Memorias que el rey de Suecia, antes de pasar el Borístenes, envió un oficial general a ofrecer la paz al zar. Los cuatro tomos de estas Memorias son un tejido de falsedades y de necedades parejas o de gacetillas coleccionadas.

ejército provisto de una artillería formidable; así se le acusa de haber demostrado desde su salida de Alemania más valor que prudencia. Por parte de los rusos no hubo más muertos que cincuenta y dos oficiales y mil doscientos noventa y tres soldados: esta es una prueba de que su posición era mejor que la de Carlos y que su fuego fué infinitamente superior.

Un ministro enviado a la corte del zar pretende en sus Memorias que, habiendo sabido Pedro el proyecto de Carlos de acogerse a los turcos, le escribió para conjurarle no tomase esta resolución desesperada y se entregase antes en sus manos que en las del enemigo natural de todos los príncipes cristianos. Le daba su palabra de honor de no retenerle prisionero y terminar sus diferencias con una paz razonable. La carta fué llevada por un enviado especial hasta el río Bug, que separa los desiertos de Ucrania de los Estados del sultán. Llegó cuando Carlos estaba ya en Turquía y volvió a llevar la carta a su soberano. El ministro añade que él conoce este (1) suceso por el mismo que había sido encargado de la carta. Esta anécdota no es nada inverisímil; pero no se halla en el Diario de Pedro el Grande ni en ninguno de los documentos que se me han confiado. Lo más importante en esta batalla es que, de todas las que ensangrentaron la tierra, es la única que, en lugar de no producir más que la

---

(1) Este suceso se encuentra también en una carta impresa al principio de las *Anécdotas de Rusia*.

destrucción, haya servido para la felicidad del género humano, puesto que ha dado al zar libertad para civilizar una gran parte del mundo.

Se han dado en Europa más de doscientas batallas campales desde el comienzo de este siglo hasta el año en que escribo. Las victorias más famosas y más sangrientas no han tenido otras consecuencias que la conquista de algunas pequeñas provincias, cedidas en seguida mediante tratados y vueltas a tomar en otras batallas. Ejércitos de cien mil hombres han combatido con frecuencia; pero los más violentos esfuerzos no han tenido más que éxitos débiles y pasajeros; se han realizado las cosas más pequeñas con los mayores medios. No hay ejemplo en nuestras naciones modernas de ninguna guerra que haya compensado con un pequeño bien el mal que haya hecho; pero de la jornada de Pultava ha resultado la felicidad del más vasto imperio de la tierra.

## CAPITULO XIX

**Consecuencias de la victoria de Pultava.—Carlos XII, refugiado entre los turcos.—Augusto, destronado por él, vuelve a entrar en sus Estados.—  
Conquistas de Pedro el Grande.**

Entre tanto, se presentaban al vencedor todos los principales prisioneros; el zar les hizo entregar sus espadas y les invitó a su mesa. Ya es

muy sabido que al brindar les dijo: "Bebo a la salud de mis maestros en el arte de la guerra"; pero la mayor parte de sus maestros, por lo menos todos los oficiales subalternos y todos los soldados, fueron bien pronto enviados a Siberia. No había tratado alguno para el canje de prisioneros entre los rusos y los suecos; el zar había propuesto uno antes del sitio de Pultava; Carlos lo rechazó, y sus suecos fueron totalmente las víctimas de su indomable fiereza.

Fué esta misma fiereza, siempre fuera de sazón, la que causó todas las aventuras de este príncipe en Turquía y todas sus calamidades, más dignas de un héroe del *Ariosto* que de un rey juicioso, pues en cuanto estuvo cerca de Bender se le aconsejó que escribiese al gran visir, según la costumbre, y él creyó que eso sería rebajarse demasiado. Semejante obstinación le malquistó con todos los ministros de la Puerta sucesivamente; no sabía acomodarse ni al momento ni a los lugares (1).

A las primeras noticias de la batalla de Pultava, hubo una revolución general en los espíritus y en los negocios en Polonia, en Sajonia, en Suecia, en Silesia. Carlos, cuando imponía las leyes, había exigido del emperador de Alemania, José I, que se despojase a los católicos de ciento cinco

---

(1) La Motraye, en el relato de sus viajes, copia una carta de Carlos XII al gran visir; pero esta carta es falsa, como la mayor parte de las referencias de este viajero mercenario, y el mismo Norberg confiesa que el rey de Suecia no quiso nunca escribir al gran visir.

iglesias en favor de los silesianos de la confesión de Augsburgo; los católicos recuperaron casi todos los templos luteranos en cuanto se informaron del desastre de Carlos. Los sajones no pensaron más que en vengarse de las extorsiones de un vencedor que les había costado, según decían, veintitrés millones de escudos. Su elector, rey de Polonia, protestó inmediatamente contra la abdicación, que se le había arrancado a la fuerza; y, habiendo recobrado la gracia del zar, se apresuró a subir al trono de Polonia. Suecia, consternada, creyó por mucho tiempo a su rey muerto, y el Senado, indeciso, no sabía qué partido tomar.

Pedro tomó incontinenti el de aprovechar su victoria: hizo partir al mariscal Sheremeto con un ejército a la Livonia, en cuyas fronteras ese general se había distinguido tantas veces. El príncipe Menzikoff fué enviado aceleradamente, con numerosa caballería, a las pocas tropas dejadas en Polonia, para alentar a toda la nobleza del partido de Augusto, para expulsar al competidor, que no se le consideraba más que como un rebelde, y para dispersar algunas tropas suecas que todavía quedaban bajo el general sueco Crassan.

Pedro mismo parte inmediatamente, pasa por Kiev, por los palatinados de Chelm y de la Alta Volinia, llega a Lublín, se pone de acuerdo con el general de Lituania (18 septiembre 1709); ve en seguida las tropas de la Corona que prestan juramento de fidelidad al rey Augusto (7 octu-

bre); de allí se vuelve a Varsovia, y goza en Thorn del más hermoso de los triunfos: el de recibir las demostraciones de gratitud de un rey al cual le devolvía sus Estados. Allí concluyó un tratado contra Suecia con los reyes de Dinamarca, de Polonia y de Prusia. Se trataba ya de recuperar todas las conquistas de Gustavo Adolfo. Pedro hacía revivir las antiguas pretensiones de los zares sobre la Livonia, la Ingria, la Carelia y sobre una parte de Finlandia; Dinamarca reclamaba la Escania; el rey de Prusia, la Pomerania.

El valor desdichado de Carlos desmoronaba así todo el edificio que el valor, con fortuna, de Gustavo Adolfo había elevado. La nobleza polaca venía en montón a confirmar sus juramentos a su rey o a pedirle perdón por haberle abandonado; casi todos reconocían a Pedro por su protector.

A las armas del zar, a sus tratados, a esta revolución súbita, Estanislao no pudo oponer más que su resignación; hizo propagar un escrito, que se llama *Universal*, en el que dice que está dispuesto a renunciar a la corona si la república lo exige.

Pedro, después de haber concertado todo con el rey de Polonia, y habiendo ratificado el tratado con Dinamarca, partió incontinenti para concluir su negociación con el rey de Prusia. No era costumbre todavía entre los soberanos ir a hacer ellos mismos las funciones de sus embajadores; fué Pedro quien introdujo esta costumbre nueva



y poco seguida. El elector de Brandeburgo, primer rey de Prusia, fué a conferenciar con el zar a Marienberder, pequeña ciudad situada en la parte occidental de la Pomerania, fundada por los caballeros teutónicos y enclavada en la raya de Prusia, convertida en reino. Este reino era pequeño y pobre; pero su nuevo rey ostentaba en él cuando viajaba la pompa más fastuosa; con este brillo había recibido a Pedro en su primera visita, cuando este príncipe dejó su imperio para ir a instruirse entre los extranjeros (20 octubre 1709). Recibió ahora al vencedor de Carlos XII todavía con más magnificencia. Pedro no concertó primeramente con el rey de Prusia más que un tratado defensivo, pero que consumó en seguida la ruina de los asuntos de Suecia.

*21 noviembre 1709.*—No se perdía ni un instante. Pedro, después de haber concluído rápidamente las negociaciones, que en todas las demás partes son tan largas, va a reunir su ejército delante de Riga, la capital de Livonia; comienza por bombardear la plaza, dispara él mismo las tres primeras bombas, establece en seguida un bloqueo, y, en cuanto ve que Riga no puede ya escapársele, va a vigilar las obras de su ciudad de Petersburgo, la construcción de casas, su flota; pone con sus propias manos la quilla de un buque de cincuenta y cuatro cañones, y parte en seguida para Moscú. Se recreó en trabajar en los preparativos del triunfo, que ostentó en esta capital; ordenó toda la fiesta, trabajó él mismo, dispuso todo.

*1 enero.*—El año 1710 comenzó con esta solemnidad, necesaria entonces a sus pueblos, a los cuales inspiraba sentimientos de grandeza, y agradable a quienes habían temido ver entrar como vencedores por sus muros a aquellos de quienes se había triunfado; se vió pasar bajo siete arcos magníficos la artillería de los vencidos, sus banderas, sus estandartes, la camilla de su rey, los soldados, los oficiales, los generales, los ministros prisioneros, todos a pie, al son de las campanas, de las trompetas, de cien piezas de artillería y de las aclamaciones de innumerable gente, que se hacía oír cuando los cañones callaban. Los vencedores, a caballo, cerraban la marcha; los generales, a la cabeza, y Pedro, en su puesto de jefe del Estado Mayor general. En cada arco de triunfo había representantes de los diferentes órdenes del Estado, y en el último, un grupo escogido de jóvenes hijos de boyardos, vestidos a la romana, que presentaban laureles al monarca victorioso.

A esta fiesta pública sucedió una ceremonia no menos halagüena. Había ocurrido en 1708 una aventura tanto más desagradable cuanto que Pedro era entonces poco afortunado. Mateof, su embajador en Londres cerca de la reina Ana, con licencia para ausentarse, fué detenido con violencia por dos alguaciles, en nombre de algunos comerciantes ingleses, y conducido ante un juez de paz para el cobro de sus deudas. Los comerciantes ingleses pretendían que las leyes del comer-

cio debían prevalecer sobre los privilegios de los ministros; el embajador del zar y todos los ministros públicos que se unieron a él decían que su persona debía ser siempre inviolable. El zar pidió enérgicamente justicia en sus cartas a la reina Ana; pero ella no podía hacérsela, porque las leyes de Inglaterra permiten a los comerciantes perseguir a sus deudores, y ninguna ley exceptúa a los ministros públicos de esta persecución. La muerte de Patkul, embajador del zar, ejecutado el año precedente por orden de Carlos XII, alentó al pueblo de Inglaterra a no respetar una jerarquía tan cruelmente profanada; los demás ministros que estaban entonces en Londres se vieron obligados a responder por el del zar; y, al fin, todo lo que pudo hacer la reina en su favor fué recomendar al Parlamento aprobase un decreto por el cual en lo sucesivo no fuese posible detener a un embajador por deudas; pero después de la batalla de Pultava era necesario dar una satisfacción más auténtica. La reina le presentó públicamente sus excusas por medio de una embajada solemne (16 febrero 1710). Míster De Widworth, designado para esta ceremonia, comenzó su arenga con estas palabras: *Muy alto y muy poderoso emperador*. Le dijo que se había encarcelado a los que se habían atrevido a detener a su embajador y se les había declarado infames; no había nada de esto, pero bastaba con decirlo; y el título de emperador, que la reina no le daba antes de la batalla de Pulta-

va, mostraba bien la consideración de que gozaba en Europa. Se le daba ya comúnmente este título en Holanda, y no sólo los que le habían visto trabajar con ellos en los astilleros de Sardam, y que se interesaban más en su gloria, sino todos los principales del Estado, le llamaban a porfía con el nombre de emperador y celebraban su victoria con fiestas en presencia del ministro de Suecia.

Esta consideración universal de que gozaba por su victoria la aumentó no perdiendo un momento para aprovecharse de ella. Elbing es sitiado desde luego; ésta es una ciudad anseática de la Prusia real en Polonia; los suecos tenían todavía en ella una guarnición (11 marzo 1710.) Los rusos asaltan la ciudad, entran en ella, y toda la guarnición cae prisionera de guerra; esta plaza era uno de los grandes almacenes de Carlos XII; se encontraron allí ciento ochenta y tres cañones de bronce y ciento cincuenta y siete morteros. Inmediatamente, Pedro se apresura a ir de Moscú a Pétersburgo; apenas llegado se embarca bajo su nueva fortaleza de Cronslot, bordea las costas de la Carelia, y, a pesar de una violenta tempestad, conduce su flota ante Viborg, la capital de la Carelia en Finlandia, mientras que su ejército de tierra se aproxima sobre pantanos helados; la ciudad es cercada y se estrecha el bloqueo de la capital de la Livonia (23 junio). Viborg se rinde bien pronto después de abierta la brecha, y una guarnición, compuesta de unos cuatro mil hombres, capitula; pero sin poder obtener los honores

de la guerra, fué hecha prisionera, a pesar de la capitulación. Pedro se quejaba de varias infracciones por parte de los suecos; prometió devolver la libertad a estas tropas cuando los suecos hubiesen satisfecho sus quejas; era necesario en este asunto obtener las órdenes del rey de Suecia, siempre inflexible; y estos soldados, que Carlos hubiera podido libertar, permanecieron cautivos. Así fué cómo el príncipe de Orange, rey de Inglaterra, Guillermo III, había detenido en 1695 al mariscal Boufflers, a pesar de la capitulación de Namur. Hay varios ejemplos de estas violaciones, y sería de desear que no volviese a haberlas.

Después de la conquista de esta capital, el sitio de Riga se convirtió bien pronto en un sitio regular, llevado con ardimiento; era necesario romper el hielo en el río Duna, que baña por el Norte los muros de la ciudad. La epidemia que desolaba desde algún tiempo antes estos lugares entró en el ejército sitiador y le arrebató nueve mil hombres; sin embargo, el sitio no aflojó por esto; fué largo, y la guarnición obtuvo los honores de guerra (15 julio 1710); pero se estipuló en la capitulación que todos los oficiales y soldados livonianos entrasen al servicio de Rusia como ciudadanos de un país que había sido desmembrado de ella y que los antepasados de Carlos XII habían usurpado; los privilegios de que su padre había despojado a los livonianos les fueron devueltos, y todos los oficiales entraron al servicio del zar; ésta fué la venganza más noble que pudo tomar de la muerte del livo-

niano Patkul, su embajador, condenado por haber defendido esos mismos privilegios. La guarnición estaba compuesta de unos cinco mil hombres. Poco tiempo después, la ciudadela de Pennamunde fué conquistada; se encontró, tanto en la ciudad como en el fuerte, más de ochocientas bocas de fuego.

Faltaba, para ser completamente dueño de la Carelia, la ciudad fuerte de Kexholm, sobre el lago Ladoga, situado en una isla, y que se consideraba como inexpugnable (19 septiembre 1710); fué bombardeada algún tiempo después, y bien pronto rendida (23 septiembre.) La isla de Oesel, en el mar que baña el Norte de la Livonia, fué sometida con la misma rapidez.

Por la parte de Estonia, en la provincia de Livonia, hacia el Septentrión, y sobre el golfo de Finlandia, están las ciudades de Pernau y de Revel; al hacerse dueño de ellas, la conquista de Livonia estaba acabada (25 agosto 1710). Pernau se rindió, después de un sitio de pocos días (10 septiembre), y Revel se sometió, sin que se disparase contra la ciudad un solo cañonazo; pero los sitiados hallaron modo de escapar del vencedor, al mismo tiempo que caían prisioneros de guerra; algunos barcos de Suecia atracaron a la rada durante la noche; la guarnición se embarcó, así como la mayoría de los vecinos, y los sitiadores, al entrar en la ciudad, se asombraron de encontrarla desierta. Cuando Carlos XII ganó la victoria de Narva no esperaba que sus tropas tuviesen un día necesidad de recurrir a semejantes ardides de guerra.

En Polonia, Estanislao, viendo su partido aniquilado, se había refugiado en la Pomerania, que aun le quedaba a Carlos XII; Augusto reinaba, y era difícil decidir si Carlos había alcanzado más gloria al destronarlo que Pedro al reponerlo.

Los Estados del rey de Suecia eran todavía más desgraciados que él; esta enfermedad contagiosa que había assolado toda la Livonia pasó a Suecia y arrebató a treinta mil personas sólo en la ciudad de Estocolmo; arrasó las provincias, ya demasiado despobladas de habitantes, pues durante diez años consecutivos la mayor parte había salido del país para ir a perecer en pos de su soberano.

Su mala fortuna le perseguía en la Pomerania. Sus tropas de Polonia se habían retirado allí, en número de once mil combatientes; el zar, el rey de Dinamarca, el de Prusia, el elector de Hannóver, el duque de Holstein, se unieron para inutilizar todos juntos este ejército y para forzar al general Crassan, que lo mandaba, a la neutralidad. La regencia de Estocolmo, no habiendo recibido noticias de su rey, se consideró muy feliz, en medio de la epidemia que devastaba la ciudad, por firmar esta neutralidad, que parecía, al menos, deber librar de los horrores de la guerra a una de sus provincias. El emperador de Alemania favoreció este singular tratado: se estipuló que el ejército sueco que estaba en Pomerania no pudiera salir de ella para ir a defender en otra parte a su monarca; se decidió además en el imperio de Alemania reclutar un ejér-

cito para hacer ejecutar este convenio, que no tenía ejemplo; y es que el emperador, que estaba entonces en guerra con Francia, esperaba hacer entrar el ejército sueco a su servicio. Toda esta negociación fué conducida mientras Pedro se apoderaba de la Livonia, la Estonia y la Carelia.

Carlos XII, que durante todo ese tiempo hacía tocar, desde Bender a la Puerta Otomana, todos los resortes posibles para comprometer al Diván a declarar la guerra al zar, recibió esta noticia como uno de los más funestos golpes que le deparaba la fortuna; no pudo soportar que su Senado de Estocolmo hubiese atado las manos a su ejército: fué entonces cuando escribió que enviaría una de sus botas para gobernarlo.

Los dinamarqueses, entre tanto, preparaban un desembarco en Suecia. Todas las naciones de Europa estaban entonces en guerra: España, Portugal, Italia, Francia, Alemania, Holanda, Inglaterra, combatían todavía por la sucesión del rey de España Carlos II, y todo el Norte estaba armado contra Carlos XII. Sólo faltaba una querrela con la Puerta Otomana para que no hubiese ninguna ciudad de Europa que no estuviese expuesta a estos estragos. Esta querrela llegó cuando Pedro estaba en el punto más alto de su gloria, y precisamente por estar en él.



## INDICE DEL TOMO I

---

	<u>Págs.</u>
Primera parte. — Prólogo. . . . .	9
Capítulo I.—Descripción de Rusia. . . . .	10
Cap. II.—Continuación de la descripción de Rusia.— Población, hacienda, ejército, costumbres, religión. Estado de Rusia antes de Pedro el Grande. . . . .	45
Cap. III.—De los antepasados de Pedro el Grande. . . . .	63
Cap. IV.—Iván y Pedro.—Terrible sedición de la mi- licia de los strelitz. . . . .	73
Cap. V.—Gobierno de la princesa Sofía.—Singular querrela religiosa.—Conspiración. . . . .	78
Cap. VI.—Reinado de Pedro I.—Comienzo de la gran reforma . . . . .	87
Cap. VII.—Congreso y tratado con los chinos. . . . .	96
Cap. VIII.—Expedición hacia el Palus-Meotide.—Con- quistista de Azof.—El zar envía jóvenes a instruirse a los países extranjeros. . . . .	100
Cap. IX.—Viajes de Pedro el Grande. . . . .	107
Cap. X.—Conjuración castigada.—Milicia de los stre- litz, abolida.—Reformas en las costumbres, en el Estado y en la Iglesia. . . . .	120
Cap. XI.—Guerra contra Suecia.—Batalla de Narva. . . . .	133
Cap. XII.—Remedios después de la batalla de Nar- va; el desastre, enteramente reparado.—Conquista de Pedro cerca del mismo Narva.—Sus trabajos en su imperio.—La persona que fué después empera- triz, cogida en el saqueo de una ciudad.—Exitos de Pedro: su triunfo en Moscú. . . . .	140
Cap. XIII.—Reformas en Moscú.—Nuevos triunfos. Fundación de Petersburgo.—Pedro toma a Nar- va, etcétera. . . . .	149
Cap. XIV.—Toda la Ingria pertenece a Pedro el Gran- de, mientras Carlos XII triunfa en otras partes. Elevación de Menzikoff.—Petersburgo, en seguridad. Planes siempre realizados, a pesar de las vic- torias de Carlos . . . . .	159

Cap. XV.—Mientras que Pedro se sostiene en sus conquistas y civiliza sus Estados, su enemigo Carlos gana batallas, domina en Polonia y en Sajonia. Augusto, a pesar de una victoria de los rusos, obedece a Carlos XII.—Renuncia a la corona; entrega a Patkul, embajador del zar.—Muerte de Patkul, condenado a la rueda. . . . .	164
Cap. XVI.—Se quiere hacer un tercer rey en Polonia. Carlos XII parte de Sajonia con un ejército floreciente y atraviesa Polonia vencedor.—Crueldades realizadas.—Conducta del zar.—Triunfos de Carlos, que avanza al fin hacia Rusia. . . . .	170
Cap. XVII.—Carlos XII pasa el Borístenes, se introduce en Ucrania, toma mal sus medidas; uno de sus ejércitos es derrotado por Pedro el Grande; pierde sus municiones.—Avanza en estos desiertos.—Aventuras en Ucrania. . . . .	177
Cap. XVIII.—Batalla de Pultava. . . . .	188
Cap. XIX.—Consecuencias de la victoria de Pultava. Carlos XII, refugiado entre los turcos.—Augusto destronado por él, vuelve a entrar en sus Estados. Conquistas de Pedro el Grande. . . . .	195



